DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

EL PAÍS DE LA NOCHE ETERNA



El país de la noche eterna

Kenneth Robeson
Doc Savage/25

CAPÍTULO I

REVOLOTEO DE MUERTE

ES un poco absurdo decir que una mano humana pueda parecerse a una mariposa. Sin embargo, aquella mano alcanzaba dicha similitud. Tal vez fuese por la manera en que se movía, se cernía, se volvía a mover, con algo que recordaba una película de las llamadas de «movimiento retardado».

Su color tenía algo que ver con la impresión. La mano era blanca, nada natural; hubiérase dicho que estaba hecha de nácar.

Había algo serpentino, horrible, en su forma de extraviarse, cernirse, sin inmovilizarse nunca del todo. Le hacía a uno pensar en una falena blanca, venenosa.

A «Beery» Hosmer le hacía pensar en la muerte. Sólo la expresión de Hosmer lo delataba; porque no estaba diciendo una palabra.

Pero intentaba hacerlo. Sus labios pronunciaban palabras; los nervios de su garganta daban sacudidas; pero no salía el menor sonido.

La horrible mano blanca flotó hacia el rostro de «Beery» Hosmer. La bocacalle aquella era oscura, desierta, salvo por la presencia de «Beery» Hosmer y el hombre de la mano singular.

La mano se destacaba en la semioscuridad casi como sí fuera de papel blanco, con una luz dentro.

«Beery» Hosmer sufrió una convulsión de horror. «Beery» era un malhechor, y tenía cara de ello. Aun en el mejor de los casos, su aspecto nada tenía de agradable; pero en aquel instante, resultaba doblemente repulsivo.

Logró, por fin, desatar la lengua.

—¡No! ¡No! ¡No hagas eso! —exclamó, con voz ahogada—. ¡No

sé dónde está! ¡Te juro que no!

El otro hombre no contestó. La fantástica mano blanca —la otra no se movía, como si estuviera muerta— no era su única característica anormal.

Sus ojos eran singularmente grandes y tan pálidos que casi parecían del color del agua. Y tenía rostro y cuerpo delgados.

Cuando la luz de los faros de algún automóvil que pasaba a lo lejos acertaba a tocarle, la sombra que proyectaba parecía la de un esqueleto.

<Beery> Hosmer rompió a hablar de nuevo a borbotones.

—¡No lo sé! ¡Yo no te engañaría! ¡No sé una palabra de ellos!

La blanca mano del otro siguió moviéndose.

—¿Dónde están? —preguntó.

Su voz era completamente opaca; contenía la cualidad mecánica que se encuentra en el habla de personas tan sordas que apenas pueden oírse hablar a sí mismas.

«Beery» Hosmer intentó retroceder. Estaba ya pegado contra el oscuro escaparate de una dulcería.

—¿Crees que no te lo diría si lo supiera? —lloriqueó—. Escucha, Ool…

La mano del hombre llamado Ool pareció moverse un poco más despacio.

—Tú la tienes —dijo, en voz sin entonación—. Te hallabas canino de ofrecer vendérselas a ese hombre llamado Doc Savage. Están en el cinturón de dinero que llevas junto a la piel.

«Beery» hizo un ruido ahogado. Casi estaba sollozando.

—¡Aguarda un poco! —exclamó—. ¡Podemos arreglar esto! ¡Dame tiempo! ¡Déjame pensar un poco!

—Tú —aseguró Ool—, tendrás toda la eternidad para pensar.

La mano derecha atacó. Aquella vez no daba la menor sensación de lentitud.

Nadie hubiera sido capaz de distinguir si la mano llegó a tocar a «Beery» o no.

Todo el terror contenido durante aquellos últimos momentos escapó de los labios de «Beery» Hosmer en un grito de fiera. Se echó violentamente hacia atrás. Cabeza, hombros y codos se metieron por la luna del escaparate.

El cristal se hizo añicos y tintineó sobre la acera de hormigón.

<Beery> parecía estar intentando sacar una pistola de la funda, que llevaba debajo del brazo. Pero se retorció y revolcó como si se hubiera vuelto loco repentinamente.

Tiró a la calle, con los pies, bandejas de bombones y caramelos. Su cuerpo empezó a estremecerse, con violencia, de pies a cabeza; pero no durante mucho tiempo, porque emitió un prolongado y ronco suspiro y se quedó tan inerte como los bombones sobre los que había caído.

Ool se inclinó hacia el interior del escaparate. Su mano izquierda siguió colgando a un costado, como muerta.

Su mano derecha asió la camisa de <Beery> Hosmer y dio un tirón. Saltaron dos botones y se les oyó caer en medio de la calle; luego el cuero de un cinturón se rasgó con ruido de podrido.

El objeto que Ool extrajo se parecía a unas gafas, más que a ninguna otra cosa. Pero, como tales, resultaban singulares, porque los cristales eran tan grandes como latas pequeñas de conserva y su cristal —que por cierto no parecía cristal de verdad— era casi negro de azabache.

Una cosa llamaba la atención de ellas, estaban trabajadas exquisitamente.

Ool se puso las gafas, que contrastaron grotescamente con su rostro color yeso. Luego emitió un sonido de disgusto, se las quitó apresuradamente y se las metió en el bolsillo.

Un psicólogo hubiera considerado raro el incidente. Era como si el ponerse las gafas hubiese sido un movimiento instintivo.

Los movimientos del hombre no delataron la menor precipitación. Se inclinó, cogió un bombón, lo probó y se relamió. Luego se quitó el sombrero y empezó a echar chocolates dentro hasta llenarlo casi por completo.

Alejándose, comió bombones con avidez, como si se tratara de algo exquisito que probara por vez primera.

AL llegar ala esquina pasó junto a un farol y se vio entonces su cabello. Era éste poco más que una pelusilla dorada, algo así de fino como el pelo de un ratón.

Un hombre vio a Ool pasar junto al farol, el portero de un edilicio cercano.

Era inevitable que la rotura del cristal hubiese llamado la atención, y, a los pocos momentos, llegó corriendo un policía de

uniforme.

Se quedó mirando caramelos y bombones tirados por la acera, no fijándose al principio en el cuerpo humano que había en el escaparate. De pronto lo vió y se inclinó sobre él para examinarlo. Cuando se retiró, parecía extrañado.

—Debe haber sufrido un ataque, caído contra el escaparate, y muerto —murmuró.

Tal fue el relato que contaron las primeras ediciones de los diarios, después de haber expresado el médico forense la opinión de que la muerte era debida a causas naturales.

Por añadidura, el cinturón contenía más de un millar de dólares y, puesto que éstos se hallaban intactos, no parecía que pudiese existir motivo para creer en un robo.

Transcurrieron unas cuantas horas antes de que la policía recibiera noticias que hicieron cambiar de aspecto el suceso. Necesitó todo ese tiempo el portero que viera a Ool pasar junto al farol, para decidirse.

Era un hombre tímido. Su relato causó verdadero furor cuando por fin se decidió a hablar.

El portero había sido testigo ocular de todo lo sucedido.

CAPÍTULO II

PLANES

EARL Maurice «Relojes» Bowen se hallaba en su moderno piso de Park Avenue y escanció coñac Napoleón de ochenta años en un vaso frágil, lo paladeó largamente y con verdadero placer, luego bebió un sorbo y se secó los labios con un pañuelo de seda.

Era un hombre corpulento, con algo de vientre. Vestía inmaculadamente; hablaba con melosidad; no tenía aspecto de ser uno de los malhechores más listos de Nueva York.

«Relojes» Bowen se apoyó contra el respaldo de su exquisitamente moldeado sillón y jugueteó, distraídamente, con la delgada cadena de aro que establecía comunicación entre los dos bolsillos de abajo de su chaleco.

Tenía un reloj en cada extremidad de la cadena. Llevaba otro reloj enjoyado en cada una de sus gruesas muñecas.

«Relojes» Bowen tenía dos amores. Uno eran los relojes, de los que siempre llevaba cuatro o más, y que llevaba siempre en hora. El otro amor era su coñac Napoleón.

Es posible, también, que pueda considerarse que tenía un tercer afecto —su amor por el dinero ajeno.

«Relojes» dijo:

—Conque <Beery> Hosmer esta muerto, ¿no es así?

Ool se hallaba sentado, tres o cuatro metros más allá, en otro asiento artístico, moderno, con el sombrero entre las rodillas.

De vez en cuando, su mano color perla se metía en el sombrero y transfería un bombón relleno a su imponente bocaza, que casi le llegaba de oreja a oreja. El sombrero estaba casi vacío; pero seguía comiendo con avidez.

Ool tragó, y movió afirmativamente la cabeza.

—Eso es lo que vine aquí a decirte.

—Es una verdadera desgracia, una desgracia muy grande —afirmó «Relojes», con sequedad—. ¿Qué le ocurrió al muy imbécil?

Ool sacó un bombón del sombrero y lo contempló afectuosamente.

—Esto es delicioso —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Bombones rellenos —respondió «Relojes»—. ¿Qué me dices de <Beery>?

Ool comió el bombón, relamiéndose con ostentación.

—Nadie podrá seguirme el rastro hasta aquí —dijo—. Estoy seguro de eso.

El aspecto de «Relojes», y sus actos, eran como los de una persona a la que acaban de cruzar la cara. Había quitado uno de `los relojes,' distraídamente, de la cadena y faltó muy poco para que se le escapara de entre los dedos.

Se quedó boquiabierto.

—¡Tú! —estalló—. ¡Tú liquidaste a <Beery>¡

—Estos bombones rellenos, como tú los llamas... es preciso, que consiga más —dijo Ool, con voz sin entonación—. Sí; yo maté a <Beery>.

Relojes Bowen se dejó caer contra el respaldo de su asiento, alargó la mano hacia el coñac e hizo una cosa que resultaba muy rara en él: —echó un trago sin paladearlo.

—¡Uf! —murmuró—. ¿Y estás ahí recostado tragando bombones, ¡Oh, ya sé que no eres más que medio humano, pero...!

—¡Mi pueblo tuvo una civilización mayor que el tuyo hace algunos miles de años! —dijo Ool.

Por primera vez su voz tomó algo de sentimiento.

—Bueno, bueno —«Relojes» extendió las manos—. No entremos en disquisiciones de esas. ¿Querrías decirme qué motivo especial podías tener para eliminar a <Beery>?

—Conocía nuestros planes.

<Relojes> frunció el entrecejo.

—Escucha, tú: si vas a empezar a liquidar...

—«Beery» Hosmer conocía nuestros planes y era avaricioso. Creyó ver un medio para ganar la mar de dinero.

—Eso ya empieza a sonar algo mejor —gruñó «Relojes»—. ¿Qué pretendía «Beery»?

—El dispositivo que tú llamas mis gafas…

—¿Qué?

—«Beery» me las robó.

—¡Demonio! —«Relojes» dio brillo a la tapa del cronómetro que tenía en la mano—. Pero… ¿cómo rayos esperaba sacarle un centavo a eso? No sabía cómo estaban las cosas. Sabía…

—Sabía que hay un hombre en Norteamérica que pudiera utilizar las gafas —le interrumpió Ool.

«Relojes» movió, negativa y lentamente, la cabeza.

—No comprendo. ¿A quién iba a dirigirse «Beery»?

Ool, evidentemente, sabía algo acerca de cómo conseguir un efecto teatral.

Hizo una pausa antes de contestar.

—Doc Savage —dijo.

—¿Cómo?

Si alguien le hubiese pegado un tiro de repente, «Relojes» pudiera haberse mostrado más sorprendido; pero muy poco más. Se puso en pie de un brinco.

Hizo algo que no había hecho en muchos años —dejó caer uno de sus relojes, el que tenía entre los dedos en aquel momento. Y después de su primera exclamación intentó hablar y se le atragantaron las palabras.

Ool comió bombones apaciblemente.

Había luces eléctricas encendidas en el piso y bajo su brillo se notaron varios detalles del hombre que hubieran pasado por alto al observársele casualmente.

La blanca piel adquiría su nacarino aspecto por el entrelazamiento de numerosas venas azules, muy delgadas. Tenía cierto aspecto de flor tropical condenada a vivir entre insectos venenosos y serpientes aún más venenosas, y privada de la luz del sol en las profundidades de algún pantano.

Con mano que temblaba visiblemente, «Relojes» se sirvió una copa de coñac Napoleón y se lo tragó otra vez sin saborear su aroma y su gusto.

El licor pareció abrir un canal para sus palabras.

—¿Llegó «Beery» a entrevistarse con Doc Savage? —preguntó, roncamente.

—No —dijo Ool.

«Relojes» exhaló un ruidoso suspiro de alivio.

—Hemos tenido suerte —dijo, con fervor—. Te aseguro que prefiero luchar contra todo el ejército de Norteamérica a hacerlo con ese Doc Savage. Uno, por lo menos, puede salir huyendo de un ejército.

—Ese Doc Savage debe ser un hombre sorprendente.

—Sorprendente es poco. ¡Ese Savage es un brujo! Dicen que sabe todo lo que hay que saber de la electricidad, la química, psicología, ingeniería y todas esas cosas. Aseguran que es una maravilla mental. Y encima de eso, se le supone capaz de doblar una herradura con las manos desnudas y cosas por el estilo.

—¿Peligroso?

—¿Para hombres como nosotros?

—Justo.

—¡Veneno puro! —contestó Bowen, con vehemencia—. Doc Savage hace profesión de meterse en cosas que se salgan de lo corriente. Es lo que los periódicos llaman un aventurero en gran escala. Dicen que viaja por todo el mundo ayudando a cuantos se encuentran en apuros y castigando a los malhechores.

—Apenas puede aplicársenos ese calificativo a nosotros —dijo Ool.

—No, ¿eh? Por lo que he oído decir, este asunto entra de lleno en la categoría de cosas que le interesan a Doc Savage.

Ool nada dijo. Sacó el último bombón del sombrero, se lo comió, se lamió los dedos, sacudió el sombrero sobre su mano para extraer el polvo de chocolate que quedaba, se lo comió y se puso en pie.

—Me proporcionarás más bombones rellenos de esos —dijo.

«Relojes» frunció el entrecejo, como si le hiciera muy poca gracia que le dieran órdenes. Luego, precipitadamente, dijo:

—¡Seguro! ¡Seguro!

Ool se dirigió a una de las ventanas y miró la asombrosa exhibición de luces que es la ciudad de Nueva York después de caer la noche.

«Relojes» Bowen preguntó, con curiosidad:

—¿Cómo mataste a «Beery»?

—Me limité a mirarle —contestó Ool—, y cayó muerto.

—Está bien —gruñó Bowen:— no me lo digas si no quieres.

Ool seguía mirando por la ventana, con la cabeza echada hacia

atrás, como si estuviera mirando al cielo más bien que a las luces.

—¿Cómo siguen nuestros planes? —inquirió.

—Muy mal.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ool, sin volverse.

—He recurrido a todas las grandes fábricas de aeroplanos —explicó «Relojes»—. Pueden construirnos un autogiro, eso sí. Este aparato podría ascender verticalmente y estacionarse en el aire. Sería fácil de dominar. Pero... aquí viene el hueso. Los malditos cacharros esos no pueden cargar con más de dos hombres, y apenas pueden llevar combustible. Están aún en etapas de ensayo.

—Así, pues, ¿tú crees que estamos destinados a fracasar? —inquirió Ool.

Seguía mirando atentamente hacia arriba.

—No tenemos solución —dijo «Relojes».

Miró al otro lado, con curiosidad.

—Oye, ¿qué estás mirando?

—Ven aquí —le replicó Ool, y alzó un brazo—. Mira.

Bowen se acercó y miró por la ventana, no en dirección a las luces, sino al negro abismo del cielo. Un momento después vio lo que Ool señalaba: una corta hilera de luces suspendida en el vacío. Las contempló y se acercaron.

Evidentemente se trataba de una hilera de letras luminosas.

Era un anuncio, un anuncio eléctrico, flexible, arrastrado por un pequeño dirigible.

«Relojes» dio un resoplido de desdén. Aquello era cosa corriente en Nueva York.

—¿Qué demonios...? —exclamó.

—Una idea que tengo.

—¿Una idea?

—Que puede proporcionarnos el medio de consumar nuestros planes. Haremos uso de Doc Savage.

«Relojes» se humedeció los labios y se estremeció.

—No quieras dártelas de listo —dijo.

—¿Crees tú que estoy bromeando?

—¡O bromeas o estás loco!

Ool se apartó de la ventana. Dijo:

—Sé muchas cosas de ese Doc Savage. Le he estudiado. Conozco sus características y las de los cinco hombres que le ayudan. Incluso

sé que cada uno de esos hombres que le ayudan es especialista en algo. Uno es químico; otro ingeniero electricista, el tercero abogado; el cuarto ingeniero civil; el quinto geólogo y arqueólogo. Sé qué equipo mecánico emplea Doc Savage. Sé…

«Relojes» tragó saliva.

—¡Hace un minuto parecía que no sabías gran cosa acerca de él!

—Quería averiguar si le tenías miedo.

—Sí, le tengo miedo —respondió Bowen. Y no me avergüenza el confesarlo. Ningún hombre que esta en su sano juicio se mete con Doc Savage.

—No obstante —murmuró Ool, imperturbable—, vamos a usarle.

—¡No lo hagas! —casi gritó el otro—. ¡Te digo que Doc Savage y sus cinco ayudantes son veneno puro! ¡Podemos encontrar algún medio sin necesidad de meternos con ellos!

Pero Ool dio media vuelta y salió del piso.

Media hora más tarde, Ool se hallaba en un barquichuelo, a flote, en el río Hudson. Tenía las horquillas de los remos envueltas en trapos para amortiguar su ruido y el único sonido que penetraba la oscuridad era el del golpe de alguna ola contra el costado de la embarcación.

Estos pequeños ruidos no importaban, porque quedaban confundidos con el del movimiento rítmico del agua entre los pilotes de los muelles.

Ool escudriñó atentamente la oscuridad. Era muy negra. Sin embargo, el hombre de piel nacarada parecía poseer cierta habilidad para ver en las tinieblas, porque no tardó en remar en dirección a un muelle determinado.

Este tenía un enorme tinglado en cuya extremidad se leía:

COMERCIAL HIDALGO, S.A..

La mayor parte de la construcción estaba ahumada y parecía vieja; pero había un trozo añadido a un lado que era completamente nuevo.

La extremidad de éste estaba cerrada con enormes puertas.

Ool acercó el bote y lo ató a un pilote. Durante un instante miró hacia el tinglado; luego asió el pilote más cercano.

No parecía hombre fuerte. Sin embargo, gateó por el pilote con la agilidad de una ardilla y, una vez arriba, continuó su ascensión

por la pared del tinglado, haciendo uso para ello de una de las vigas de acero que se veían a trechos.

Un momento después se hallaba en el tejado.

Escuchó unos instantes. No se oía más ruido que el producido por el agua.

Ool se deslizó hacia un ventilador grande. Llegó a él y entonces empezaron a ocurrir cosas.

Un cuerpo grande salió disparado de detrás del ventilador. Brazos enormes abrazaron a Ool con tal fuerza que le sacaron todo el aire del cuerpo.

El atacante le metió la cabeza debajo de la barbilla y el cuello de Ool se dobló hasta dar un chasquido.

Ool hizo desesperados esfuerzos por poner en juego la mano derecha; pero la tenía sujeta contra el costado. Alzó los pies, haciendo un esfuerzo por conseguir que su agresor perdiese el equilibrio.

Pero no pudo lograrlo. Su nacarina tez empezó a cobrar un color amoratado.

Se hallaba completamente impotente.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE QUE NO ERA HUMANO

UNA lámpara de bolsillo rasgó con su luz las tinieblas y salió otro hombre de detrás del ventilador.

—No me negarás que tienes tus momentos de expansión, Monk —dijo.

—Cachéale, Ham —gruñó el hombre de aspecto simiesco que había capturado a Ool—. Mira a ver si lleva pistola.

El recién llegado depositó la lámpara de bolsillo sobre el tejado y se aproximó para registrar a Ool. Esto le hizo entrar en el radio de la lámpara.

Era delgado, de estatura corriente y vestía con extraordinaria elegancia.

Llevaba un delgado bastón negro.

Ool le miró.

—General de Brigada Theodore Marley Brooks —dijo sin entonación.

Ham no dio muestras de sorpresa. Había aprendido a no darlas nunca por experiencia en los tribunales; porque Ham era uno de los abogados más astutos que salieran de la Universidad de Harvard.

También era una especie de modelo de modas masculinas en Nueva York.

Lo que más fama le daba, sin embargo, era formar parte del grupo de ayudantes de Doc Savage.

Ham se metió el bastón debajo del brazo y empezó a registrar al prisionero.

—¡Date prisa, maniquí picapleitos! —gruñó Monk.

Este tenía una voz muy fina e infantil.

Ool intentó mover la mano derecha. Monk apretó. Ool exhaló un

grito débil y singularmente lastimero y se inmovilizó. La fuerza de Monk era fabulosa.

Monk tenía otras habilidades también, aun cuando nadie lo hubiera dicho al ver su cabeza en forma de bola. No parecía haber sitio ni para una cucharada de sesos por encima de sus cejas.

Sin embargo, el teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair —que tal era su verdadero nombre— figuraba entre la media docena de químicos más grandes del mundo.

Monk también formaba parte del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage.

Ool se rehizo levemente y habló con voz más débil, pero que aún conservaba su cualidad mecánica.

—¿Cómo me descubrieron? —preguntó.

Monk sonrió. La sonrisa hizo que su semblante, increíblemente feo, adquiriera un aspecto agradable.

—Un pájaro no podría posarse sobre este edificio sin que nosotros nos enterásemos —dijo—. ¡Hay que ver el sistema de alarmas que tenemos!

—Comprendo —dijo Ool:— debí de pensar en ojos fotoeléctricos y campos magnéticos.

Ham, que efectuaba el registro sin prisa, dijo:

—Este hombre parece saber algo de electricidad.

—¿Querrás darte prisa, figurín de modas? —inquirió Monk.

Ool alzó el pie izquierdo y pisó con todas sus fuerzas los dedos y el empeine del pie de Monk. Este soltó un bramido —le gustaba gritar con todas las fuerzas de los pulmones cuando le hacían daño. Soltó a Ool de pronto.

El hombre, al ser soltado tan inesperadamente, se tambaleó. Monk alzó el puño. Ool no tuvo tiempo de esquivarlo. El puño le dio y le estrelló contra el tejado. Se incorporó casi instantáneamente; pero no intentó ponerse en pie.

—¡Rayos! —gruñó Monk—. Es duro. Cuando yo le doy a un tipo así, acostumbra quedarse dormido.

Ham estudió el rostro de Ool. Había dado un paso atrás, tirando del mango de su bastón, lo que permitió ver que se trataba de un bastón estoque.

—Es un tipo raro —dijo, maravillado—. Fíjate en esos ojos y ese cabello que parece pelo de ratón. ¡Y el color de la piel! Pero, oye, ¡si

casi tiene un tipo tan raro como tú!

Monk le dirigió una mirada torva.

Ool escogió aquel instante para atacar y su mano derecha se extendió con velocidad de serpiente. Monk dio un salto: Sólo su agilidad, fabulosa para un hombre de su volumen, le salvó.

—¡Cuidado! —gritó Ham—. ¡Tiene algo en la mano derecha!

—¡A mí me lo dices! —murmuró Monk, dando la vuelta con cautela.

Ool se hallaba a gatas ya. Corrió hacia atrás, como una araña. Ham, corriendo rápidamente a su alrededor, le amenazó con la punta del estoque.

Ool vió que ésta estaba cubierta de una substancia que parecía pegajosa.

—¿Veneno? —inquirió, con voz completamente plana.

Ham, sobresaltado por la tranquilidad con que le hacían la pregunta, empezó a decir algo. Luego lo pensó mejor y guardó silencio.

—¡Cállese! —ordenó—. ¡Enséñenos la palma de esa mano!

Ool vaciló. Luego volvió la mano, y Monk y Ham se inclinaron sobre ella para examinarla.

No tenía nada en ella.

—Regístrale tú —le dijo Ham a Monk—. Si vuelve a intentar algo le acariciaré las costillas de una forma que le va a hacer muy poca gracia.

Mientras Ham amenazaba con el estoque, Monk le registró los bolsillos a Ool.

—¡Nada! —exclamó, chasqueado—. Ni pisto.. la ni cuchillo... Aguarda un poco. ¿Qué es esto?

Sacó las extrañas gafas del bolsillo del hombre y las alzó para verlas mejor.

Ool no cambió de expresión, pero la mano derecha, que tenía alzada por encima de la cabeza, empezó a agitarse como mariposa cuando siente el calor de los primeros rayos del sol matutino en las alas.

Monk se llevó las gafas a los ojos.

—No veo a través de ellas —gruñó—. Luego, dirigiéndose a Ool, dijo: —¿Qué es esto?

Ool no contestó. Su mano derecha siguió aleteando, por decirlo

así.

Monk se metió las gafas en los bolsillos.

—¿A qué vino usted aquí? —inquirió.

Ool nada dijo; pero siguió moviendo la mano.

Ham se fijó en ello, frunció el entrecejo y apretó la punta del estoque contra las costillas de Ool. El asesino, pálido, inmovilizó la mano y la conservó así.

—Le llevaremos a Doc —dijo Ham.

En el centro de Nueva York los rascacielos se alzan como pinos plateados, cada uno intentando sobreponerse a los otros, al parecer. Pero hay un edificio mas alto y más hermoso que todos los otros, una sorprendente mole de granito pulido y acero cromado que tiene cerca de cien pisos y que es una maravillosa muestra del triunfo arquitectónico del hombre.

Todo el piso ochenta y seis estaba ocupado por la persona cuyo nombre figuraba en modesto bronce en una punta:

CLARK SAVAGE, hijo

Monk y Ham condujeron a su prisionero al cuartel general de Doc Savage, en el ascensor de gran velocidad, propiedad particular de Doc —un ascensor ideado especialmente por éste y que ascendía los ochenta y seis pisos en el mismo tiempo aproximadamente que necesitaba un ascensor corriente en subir media docena.

Casi siempre, el hombre que subía en aquel ascensor por primera vez caía de rodillas por la sacudida que daba al arrancar.

Monk y Ham observaron a Ool cuando arrancó el ascensor. Pero las rodillas de éste hicieron un poco de flexión y nada más. En ningún momento estuvo, en peligro de perder el equilibrio.

—Ya te dije que era duro —sonrió Monk.

—Y raro —agregó Ham:— mucho más raro aun que tú.

Monk dejó de sonreír.

—Escucha, picapleitos… ¡El día menos pensado te hago tragar ese bastón!

La pareja se pasó el resto del camino dirigiéndose miradas asesinas.

Cualquiera que no les hubiese conocido hubiera creído que estaban a punto de llegar a las manos, cuando en realidad eran los mejores amigos del mundo.

Se apearon en el piso ochenta y seis, cruzaron el descansillo y

entraron en una habitación grande, bien amueblada y provista de sillones muy cómodos y en abundancia. Cubría el suelo una gruesa alfombra oriental.

Entre las dos grandes ventanas había una mesa de aspecto muy sólido, con incrustaciones de marfil exquisitamente trabajado.

Un aparato de radio, de onda corta, campeaba en la parte de atrás de la mesa y una voz hablaba monótonamente por el altavoz cuando entraron los hombres con su cautivo. Era una emisora policíaca.

< <a... todos los coches deben andar alerta para dar con el paradero de Dimiter Daikoff, —zumbó el altavoz—. Daikoff es un hombre alto y corpulento, de cabello negro y ojos oscuros. Hay que andar con cuidado, pues Daikoff parece ser hombre peligroso. Se evadió recientemente de una cárcel de Chicago y se asegura que se le ha visto en Nueva York... > >

Monk elevó la voz para dominar el ruido del aparato de radio.

—¡Doc! —gritó—. ¡Encontramos a un tipo en el tejado del hangar del muelle! ¡Supusimos que querrías hablar con él! ¡Debía de querer hacer algo!

Doc Savage entró en el cuarto por una de las puertas.

Tal vez la reacción de Ool fuera la cosa que mejor indicara cuán sorprendente ejemplar físico resultaba el hombre de bronce.

Ool, que había asesinado un hombre aquella noche sin dar la menor muestra de excitación, se le quedó mirando con la boca ligeramente abierta; sus ojos color de agua se abrieron desmesuradamente.

Doc Savage era un gigante de bronce. Al pasar por la puerta, su estatura era enorme; pero cuando cruzó el umbral y ya no hubo nada con qué compararle, pareció disminuir de estatura.

Esto era debido a la simetría de su desarrollo. Sus abultados músculos formaban tal malla debajo de la piel que su tremendo tamaño apenas se notaba, salvo por los tendones de las manos, que parecían cables.

Pero lo que más llamaba la atención en él eran sus ojos —ojos singulares, como lagos de oro en copos, hipnóticos con su poder, continuamente animados de extraña vida.

Doc Savage vestía con buen gusto. EL bronce de su cabellera era poco más oscuro que el de su piel.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Tenía una voz sorprendentemente modulada y su tono, aunque no alto, hacía que llegara hasta los rincones del cuarto.

Monk explicó lo ocurrido.

—Las alarmas fotoeléctricas del tejado denunciaron su presencia —explicó.

Y a continuación habló de la captura y de la extraña manera con que el hombre había movido la mano —la mano que había hallado vacía. Acabó sacando las gafas de gruesos vidrios negros.

El hombre de bronce las examinó atentamente.

Se oyó entonces un extraño trino. Creció en volumen y pobló el cuarto, entonado y, sin embargo, sin entonación, meloso y tan dulce que bien hubiese podido ser la nota susurrante de una brisa nocturna al acariciar las frondas de las palmeras, o el lejano murmullo de hielo glacial camino del mar.

Monk y Ham le miraron con curiosidad. Conocían aquel sonido. Era parte de Doc Savage, aun cuando no le veían mover los labios al hacerlo.

Era un sonido que emitía inconscientemente en momentos de tensión o cuando estaba sorprendido o intrigado.

Doc Savage le preguntó a Ool:

—¿Qué es esto?

Ool contestó inmediatamente, sin vacilar:

—Un simple juguete. Carece de valor y de importancia.

Nada había en su tono que indicara que aquella misma noche había matado a <Beery> Hosmer porque dicho individuo le había quitado las gafas con la intención de vendérselas a aquel mismo hombre de bronce.

Doc Savage le miró atentamente.

—¿Por qué andaba usted merodeando por nuestro hangar del muelle? —preguntó.

Ool sonrió. Era la sonrisa de un hombre no acostumbrado a exteriorizar emoción de semejante manera. La sonrisa era levemente horrible.

—Fui el hangar con objeto de ponerme en contacto con usted —dijo.

—¿Por qué no vino a verme aquí?

—Es usted un hombre muy ocupado... Conozco su fama... No

tenía esperanzas de que me concediera una entrevista.

—¿Tan urgente era ésta?

—Enormemente urgente.

—¿Conque estuvo usted rondando por el hangar sabiendo que estaría guardado, sabiendo que le harían prisionero y que le traerían a mi presencia?

—Justo.

Monk exclamó:

—¡Cuentos! Este tipo pretendía hacer algo.

Doc dio la vuelta, lentamente, a las gafas. De nuevo sonó el trino aquel que, más que oírse, se sentía, poblando el cuarto con su trémula cualidad.

La emisión policíaca seguía sonando por el altavoz, llenando el cuarto con su zumbido.

—A todos los coches de la Brigada Móvil… a todos los coches…

Luego volvió a oírse el aviso referente al criminal de Chicago.

—… Dimiter Daikoff, acusado de asesinato… Es alto; cojea al andar. Cabello negro, ojos pequeños y negros, una cicatriz que empieza en el lóbulo de la oreja derecha y le cruza, diagonalmente, el cuello…

La voz de Doc Savage sonó, dominando la del anunciador.

—¿Quién es usted? —le preguntó a Ool.

—Me llamó Gray Forestay —contestó éste, sin vacilar—. En Mongolia mi nombre, hasta donde puede traducirse, era Lleigh Foor Saath.

Las facciones de Doc siguieron indescifrables; pero el oro, que siempre parecía vivo en sus ojos, giró con un poco mas de velocidad.

Monk murmuró:

—El tipo ese miente, Doc.

Ool conservó la mirada fija en Doc.

—No miento —dijo—. Juzga usted por mi aspecto que no soy mogol puro. Tiene razón. Sólo soy chino en parte.

Hizo una pausa.

—Mi singular aspecto —agregó—, no obedece enteramente a la mezcla de sangres en mí. Es el resultado de penalidades mayores de las que creería usted posible que soportara un hombre y viviese.

—Prosiga.

—Vacilo en hablar por temor a no ser creído. Y, sin embargo, sé que es usted hombre de tan maduro intelecto que comprende que hay cosas extrañas en el mundo… cosas tan extrañas que la mente convencional no les da crédito.

Ool hizo una nueva pausa. Después de medio minuto completo prosiguió:

—¿Ha oído usted hablar de la expedición Lenderthorn, que se perdió en los hielos, al norte del Canadá? Yo, Gray Forestay, fui el único hombre de la expedición que logró escapar. En meses recientes, como tal vez habrá ya sabido usted por los diarios, me puse al frente de una expedición de socorro para buscar a los miembros perdidos. Descubrimos que las aeronaves no resultaban practicas en esa región. No pudimos efectuar el aterrizaje sobre el hielo. Pero donde dichos aparatos fracasaron podría tener éxito un dirigible.

—Conque…

—Usted tiene un dirigible. Ese es uno de los motivos que me han impulsado a visitarle. Hay otro motivo también.

—¿Qué motivo es ese?

—Tengo entendido que usted tiene a sus órdenes el conjunto de inteligencia y músculo más grande del mundo. Necesito su ayuda.

Monk dirigió una mirada a Doc.

—¿Es cierto lo de la expedición Lenderthorn? —preguntó.

—Sí —respondió Doc, lentamente:— figuró en los periódicos, pero no con mucho realce. Lenderthorn no era un hombre famoso.

Ool habló de pronto, con gesto dramático.

—La Expedición Lenderthorn no se perdió por causas naturales, como se anunció. Nos encontramos con lo que sólo puedo llamar <cosas> misteriosas. Estas aparecieron de noche, y sólo sé que eran negras, deformes y horribles, y que se llevaron uno por uno a todos los miembros de la expedición, siendo yo el único que pudo librarse.

CAPÍTULO IV

MUERTE SERPENTINA

OOL hizo una pausa tras tan singular declaración y miró a Doc Savage y a sus dos hombres, como si quisiera juzgar el efecto de sus palabras.

Monk y Ham dieron muestras de sorpresa y duda. Las facciones de Doc no reflejaron emoción alguna.

Sobre la mesa con incrustaciones, el aparato de radio siguió hablando. El anunciador policiaco estaba recitando descripciones de coches robados, de personas extraviadas, de delitos de menor cuantía y haciendo llamadas de última hora.

—... aviso urgente a todos los coches —dijo, inesperadamente, el altavoz—. Orden de detención contra un hombre alto y delgado, de piel muy pálida. Se le busca por el asesinato de <Beery> Hosmer, hombre que tenía antecedentes penales. La más pronunciada característica del asesino es su cabello corto y fino, que parece, a distancia, algo así como el pelo de un topo. Llevaba traje oscuro y sombrero del mismo color y...

Monk, que vigilaba estrechamente a Ool, exclamó:

—¡Rayos! Comprendido.

Ool empezó a moverse en dirección a la puerta.

Doc Savage dijo unas cuantas palabras en jerga melodiosa, pero ininteligible, lengua conocida tan sólo de él y de sus ayudantes.

Era el idioma de los antiguos mayas, el idioma de una civilización que se suponía desaparecida de la tierra hacía muchos siglos. Doc y sus hombres empleaban dicho idioma para comunicarse órdenes.

Monk y Ham, obedeciendo la orden dada en dicho idioma, corrieron hacia Ool. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez

entonces.

Un instante Ool se halló bajo las puntas de sus dedos. Parecía imposible que dejaran de cogerle. Pero, un instante después, Ool les esquivó con rapidez increíble, y Monk y Ham se encontraron agarrados el uno al otro.

—¡Figurín estúpido! —exclamó Monk, ahogadamente.

—¡Mico! —respondió Ham.

Dando la vuelta, los ayudantes de Doc volvieron a cargar contra Ool.

Cuidadosamente esta vez y decididos. Doc tapaba la salida.

—Ese tipo es una centella —murmuró Monk.

Ool soltó una especie de rugido y avanzó hacia ellos. Su mano derecha oscilaba de una forma rara.

—¡Cuidado! —gritó Doc, bruscamente—. ¡Retroceded!

Monk y Ham retrocedieron; pero casi sin saber cómo, Ool se hallaba a su alcance. Su mano derecha pareció flotar hacia delante. El movimiento no tenía nada de lento aquella vez.

La mano se dirigió derecho a Ham. Iba doblada por la muñeca y tenía extendidos los huesudos dedos.

De pronto, Ool perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Doc Savage le había dado un fuerte puntapié en el lado de una pierna.

Ool debiera haberse quedado aturdido del impacto al tocar el suelo. Pero se puso en pie de un salto casi instantáneamente.

La mano de aspecto de serpiente se echó para atrás. Parecía la cabeza de un reptil, que retrocediera para prepararse a atacar.

Salió disparada otra vez, en dirección a Ham.

—¡Ham! —gritó Doc—. ¡No dejes que te toque!

Ham se dejó caer al suelo y esquivó la mano. Rodó hacia un lado y volvió a ponerse en pie.

Ool les miró.

—Las gafas —dijo en voz plana—. ¡Échenme las gafas negras o les mataré a todos!

Doc Savage habló en idioma maya. Se llevó las manos al bolsillo, volvió a sacarlas y se las llevó a la espalda. Dio un solo paso hacia atrás.

Después de eso, se quedó inmóvil. Ocurrió algo sorprendente.

El largo y esquelético cuerpo de Ool se desmoronó como un saco

de huesos.

Se le cerraron los ojos; la cabeza se inclinó sobre el pecho; las piernas se le doblaron por las rodillas y se quedó tan inmóvil como si estuviera muerto.

Doc se volvió, dio unos pasos, y abrió una ventana. Durante cosa de cuarenta segundos, ni él ni sus ayudantes dijeron una palabra, sino que permanecieron quietos, mirándose unos a otros.

Monk dio unos pasos y, con un pie, removió unas finísimas partículas de cristal que había en el lugar en que había estado Doc Savage al caer Ool.

Parecían los trozos de una minúscula bombilla eléctrica.

Doc dijo:

—Bueno.

Los tres respiraron profundamente. Era evidente que, desde que Doc, pronunciara aquellas palabras en idioma maya, los tres habían estado conteniendo el aliento.

En realidad, las palabras de Doc habían sido un aviso de que iba a romper en el suelo una minúscula bomba anestésica.

El anestésico en cuestión era un producto invención de Monk, que se diseminaba casi instantáneamente en el aire y era lo bastante potente para dejar sin conocimiento al que lo inhalara.

El gas perdía todas sus propiedades en cuanto se mezclaba con el aire fresco, pero ejercía efecto sobre el que lo había respirado, duraba algún tiempo.

—Bueno, pues ya está —dijo Ham.

Se ajustó la corbata y se sacudió el polvo de los pantalones.

Monk se acarició la cara.

—Muchas ganas tenía ese tipo de recuperar las gafas negras. Tuvo ocasión de escapar; pero no quiso hacerlo sin ellas.

Doc se acercó al cuerpo yacente de Ool y lo contempló. Monk y Ham se aproximaron.

Ham comentó, con voz que expresaba profunda incredulidad:

—Sí, señor; es aún más feo que tú, Monk. No sé cómo puede ser posible eso; pero lo es, y de verdad.

—¡Maniquí! —gruñ6 Monk—. Tú eres incapaz de comprender la belleza masculina cuando se te presenta. ¡Yo reboso virilidad! Soy un magnífico ejemplar del hombre dominador por excelencia.

Al inclinarse Doc sobre Ool, éste pareció cargarse de inesperado

vigor.

Dobló las piernas y se puso en pie de un brinco. En el mismo instante, su mortal mano derecha salió disparada en dirección a Doc.

Era algo completamente nuevo para Doc y sus ayudantes. Jamás se había levantado tan pronto hombre que hubiera respirado el anestésico.

Como una centella, Doc retrocedió para esquivar el contacto de los misteriosos y nacarados dedos del hombre. Logró hacerlo y, al propio tiempo, sus brazos barrieron a Monk y a Ham detrás de él.

—Meteos en el otro cuarto —ordenó, con los ojos fijos en Ool.

—Pero Doc… —empezó a protestar Monk.

—Meteos ahí y cerrad la puerta —repitió Doc.

Y, como sus ayudantes no se movieran lo bastante aprisa, les empujó a los dos dentro.

Tiró las gafas de Ool dentro, detrás de ellos. Luego cerró la puerta.

Dentro del otro cuarto, aislados de Doc, Ham y Monk probaron la puerta. La fuerza de sus dos cuerpos hizo que se estremeciera, pero no que cediera, la puerta de acero cromado con marco del mismo metal.

—¡Nos ha encerrado aquí! —bramó Monk—. ¡Doc! ¡Eh, Doc!

Golpeó con los puños la puerta.

—¡Está ahí solo! —gritó Ham.

—¡Ese tipo de piel blanca, y pelo de ratón no es humano! —rugió Monk—. ¡El gas anestésico no le hizo efecto!

Se oyó la voz opaca de Ool hablar claramente en la habitación contigua.

—He matado a un hombre ya esta noche por esas gafas —decía—. Ahora mato a otro.

Ham y Monk dejaron de golpear, sobrecogidos, momentáneamente, por un temor que producía escalofríos.

A continuación de aquellas palabras, se oyeron movimientos amortiguados.

Unos pies corrieron. Cayó un cuerpo al suelo. Se volcó una silla. Luego sonó algo escalofriante, innominable, algo que parecía un chasquido seco y continuo más que otra cosa.

Ham asió a Monk del brazo.

—Ese sonido... es ese... ese bicho... ¡riendo!

—Sí —contestó Monk, con voz pastosa—. Sí.

El singular sonido se apagó. Se oyeron pasos que se alejaban. La puerta del piso se cerró de golpe.

Ham y Monk se pusieron a golpear con furia la puerta del cuarto en que se encontraban.

—¡Doc! —gritaron a coro—. ¡Doc! ¿Estás ahí?

El único sonido era la emisión interminable de la policía. El anunciador estaba repitiendo lo que dijera anteriormente.

—Dimiter Daikoff, asesino, escapado de la cárcel de Chicago. Se le cree escondido en Manhattan. Su descripción; Hombre alto; cojea al andar; una cicatriz le cruza el cuello desde el lóbulo de la oreja derecha...

La voz del anunciador siguió hablando mientras Monk y Ham intentaban salir del cuarto.

CAPÍTULO V

EL MISTERIOSO ASESINO

LA Sexta Avenida es, durante el día, una calle de obreros. Los niños que corren allí por entre las ruedas del tráfico, los hombres y mujeres que llenan sus sucias aceras, le prestan cierto amistoso calor.

Pero durante la noche, desnuda de sus adornos humanos, la avenida tiene un aspecto bastante feo. Alguna que otra rata merodea en la vecindad de los cubos de basura.

Y otra clase de roedor, más malvado, revive en los cuartos del fondo de las casas, tras corridas cortinas.

Ool era la única figura humana que se veía en la calle. Un gato esquelético, sucio, señalado con numerosos arañazos y sin la mayor parte de una oreja, saltó a la acera donde un cubo de basura y se ocultó en las sombras al acercarse Ool.

El gato no tenía el aspecto mucho más siniestro que Ool, al moverse éste en la noche como animal carnicero, con la cabeza echada muy hacia adelante y los delgados brazos colgando a sus lados como los de un gran antropoide.

Acortó el paso al llegar a un punto en que escapaban unos rayos de luz por las ventanas, medio encortinadas, de una taberna.

Unas letras amarillas y sucias pintadas sobre el cristal anunciaban que aquello era la «Taberna de Bill Noonan». Ool se detuvo lo bastante ante la puerta para echar cautelosas miradas en ambas direcciones.

Luego entró, cruzó el serrín gris que cubría el suelo, y se acercó al mostrador.

Un negro grueso, cuya cabeza parecía una bola montada sobre numerosas barbillas, dormitaba en un taburete cerca de la caja

registradora. Abrió un ojo enrojecido al acercarse Ool.

—¿Es usted <Ham-hock> Piney? —inquirió Ool.

EL negro no dio muestras de sorpresa ante el aspecto y la voz de Ool.

—Sí —contestó:— soy <Ham-hock> Piney, sí, señor.

—Quiero ver a «Relojes» Bowen.

El negro bostezó y nada dijo.

—¿Me entendió usted? —inquirió Ool.

—Claro que le comprendí —sonrió el negro—. ¿Qué quiere usted que le haga?... ¿Ponerle una mosca en la cerveza?

Ool dio muestras de inmediata ira. Como si obrara por cuenta propia, su mano derecha empezó a revolotear.

El negro rió, soñoliento y dijo:

—Bien. Veo que conoce la contraseña. Puede subir. Tire por esa puerta del fondo. Suba la única escalera que encontrará.

Un minuto después, hallándose frente a «Relojes» Bowen en el piso alto del escondite del gangster, Ool dijo:

—Más vale que des a tus cancerberos instrucciones más explícitas en lo que a mí se refiere.

—¿<Ham-hock>? —rió <Relojes>—. Es buen elemento. Mucho más listo de lo que tú te supones.

Un hombre, encorvado en un asiento vecino, pasaba las hojas de un periódico de deportes que tenía sobre las rodillas. Era pequeño.

Parecía estar intentando calcular qué caballo ganaría una carrera aun cuando, en realidad, sus ojos no se apartaban un momento de Ool.

Escondida bajo el periódico, su mano derecha asía una pistola.

Tres hombres mataban el tiempo jugando a las cartas al lado opuesto del cuarto, junto a una mesa cubierta por un hule.

De vez en cuando dirigían miradas de curiosidad a Ool y «Relojes».

Aquellos hombres eran todos jóvenes, afeitados y bien arreglados. Todos fumaban y tenían aspecto sereno y duro.

«Relojes» le hizo un gesto a Ool.

—Hablemos en privado —dijo.

Se dirigió al rincón más apartado del cuarto, seguido de Ool.

—¿No temes que no me dé a esta distancia?

—¿Quién?

—El hombrecillo ese de la silla.

Las pupilas de «Relojes» se contrajeron y su mano erró, instintivamente, hacia la cadena de reloj.

—A ti no se te pasa gran cosa por alto —gruñó.

—No gran cosa —asintió Ool—. ¿No te fías de mí?

—No es eso. Temíamos que algún guardia te siguiera hasta aquí. Yo no corro riesgos.

—¿Quién es el hombre del diario de deportes y pistola?

—<Honey> Hamilton —contestó «Relojes» con orgullo.— Es capaz de quitarle a tiros las manchas de mosca a una bombilla de cien bujías, sin romperla.

—¿Eso es una exageración?

—Tal vez lo sea un poco —sonrió el otro—. ¿Qué has estado haciendo?

—He sufrido una desgracia.

—¿No te dije que no te enredaras con Doc Savage? ¿Cómo está la situación exactamente, en estos momentos?

Ool empezó a hablar. Su voz era como la entonación de un fonógrafo que no poseyera cualidad alguna de inflexión. Sus palabras eran tan aplanadas, que a veces apenas se las entendía.

Habló de su marcha al hangar del muelle, de su captura, de lo que había ocurrido después.

—Doc Savage encerró a sus dos hombres en un cuarto interior —acabó diciendo—. El hombre de bronce y yo luchamos. Durante algún tiempo esquivó mi mano derecha. Me persiguió calle abajo. Su velocidad es casi increíble. De pronto le toqué, retrocedió y cayó. Luego vine para aquí.

«Relojes» tragó saliva dos veces.

—¿Doc Savage ha muerto?

—Sí.

«Relojes» parecía estar meditando profundamente. Respiraba con fatiga.

Sacó brillo a los dos relojes de la cadena, comparó su hora con el de los dos relojes de pulsera, encontró una diferencia de segundos en uno de éstos y lo corrigió.

—¿Qué pretendiste con el cuento de la Expedición Lenderthorn? —preguntó.

Ool se encogió de hombros.

—Forma parte de mi plan.

«Relojes» adelantó la mandíbula.

—¡Tu plan! Oye, ¿es que yo no pinto nada en el asunto? Te embarcas en un plan que más loco no puede ser, y no me das ni una idea de lo que pretendes. ¡No me gusta! ¿Quién está llevando todo el asunto, además?

—Tú —dijo Ool—, y yo.

Bowen volvió a meterse los relojes en los bolsillos y empezó a soltar maldiciones. Lo hizo en voz baja; pero con ira reconcentrada y sin repetirse.

—¡Qué hermoso lío! —exclamó, por fin—. ¿Tiene Doc Savage las gafas?

Ool empezó a decir:

—Tengo un plan.

En un punto indeterminado de la habitación un timbre sonó dos veces, agudamente.

«Relojes» se puso rígido. Los tres hombres que jugaban a las cartas se separaron tan aprisa de la mesa, que las fichas apiladas se cayeron al suelo.

Hasta el minúsculo «Honey» Hamilton se irguió en su silla, olvidándose de tapar la pistola.

Ool fue el único que no dio señales de turbación.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ese timbre no ha sonado nunca hasta ahora —contestó «Relojes»—. Es una alarma que «Ham-hock» puede tocar con el pie. Está detrás del mostrador.

—A lo mejor se dormiría «Ham-hock» y lo habrá pisado sin querer —sugirió Ool.

—¡No hay cuidado de eso! Ese gordo nunca tiene sueño y no es tan inofensivo como parece.

De pronto palideció.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Ool—. Parece como si te hubieras puesto enfermo.

—Escucha —repuso Bowen, roncamente—. ¿Te volviste tonto y dejaste que los hombres de Doc Savage te siguieran hasta aquí?

—No. Tuve buen cuidado de dar un rodeo.

—¿Estás seguro? Has de ser muy bueno para dar esquinazo a los que trabajan con Doc.

AL otro lado de la puerta cerrada se oyó ruido de numerosos pies. Un puño descargó un golpe sobre la puerta.

—¡Abran! —gritó una voz.

«Honey» Hamilton había estado estacionado junto a una aspillera astutamente escondida en la pared. La aspillera daba al descansillo y era de un tamaño bastante grande para que cupiera por ella el cañón de una pistola.

El hombrecillo se llevó una mano a la boca y le dijo a «Relojes», en sibilante susurro:

—¡Es la bofia!

—¡La policía! —exclamó «Relojes», con incredulidad. Luego se volvió a Ool—. ¡Esto es obra tuya! ¡Te tienen señalado por el asunto de «Beery» Hosmer! ¡Les dejaste verte entrar aquí!

Ool se encogió de hombros.

—Eso es imposible —dijo.

—Entonces, algún confidente les habrá dado el soplo —«Relojes» sacudió la cabeza con violencia—. ¡Huir! ¡No hay soplón que sepa nada de mí! Tengo demasiado cuidado para eso. ¿Cómo demonios se habrán enterado de que estás tú aquí?

Los golpes seguían lloviendo sobre la puerta. El ruido hueco y metálico que producían era prueba de que la puerta en cuestión estaba blindada.

—Larguémonos —propuso «Honey», inquieto en extremo.

«Relojes» movió, afirmativamente, la cabeza y corrió hacia una puerta lateral.

Esta daba a un estrecho pasillo que, a su vez, conducía a una escalera.

Empezaron a bajarla.

—¡Ya podéis bajar! —gritó una voz con fuerte acento irlandés, desde abajo—. Pero sería mucho mejor para vuestra salud que tirarais las pistolas por delante.

—¡Maldición! —exclamó «Relojes», entre dientes—. ¡Nos han cortado la retirada! ¡Ahora sí que estamos copados!

Los hombres retrocedieron al cuarto y cerraron las dos puertas. «Honey» levantó una tabla del piso y sacó un fusil ametralladora. Se colocó junto a la aspillera.

«Relojes» corrió a la ventana y se asomó. Había otro edificio a unos nueve metros de distancia. Las paredes tenían ventanas; pero

no había hombre capaz de saltar semejante distancia.

De pronto se retiró, bruscamente, de su observatorio. Acababa de ver un policía de uniforme en el callejón, entre ambos edificios. Este miraba hacia arriba, con un pesado revólver de reglamento en la mano.

—Más vale que empecéis a daros cuenta de vuestra situación —gritó—. ¡Os tenemos acordonados!

«Relojes» miró a Ool, calculador.

El misterioso individuo pareció leerle el pensamiento.

—Puedes entregarme a la policía —dijo, lentamente—. Así, con toda seguridad, de lo mas que te acusaran será de llevar armas.

«Relojes» movió, negativamente, la cabeza.

—Yo no soy de esos Y, además, ¿crees tú que quiero yo perder mi parte de unos cuantos millones?

Ool se encogió de hombros.

—Parece que no nos queda más recurso que luchar.

«Honey» Hamilton dijo, nervioso:

—Van a usar sopletes en la puerta, «Relojes».

Este aulló:

—Bueno, ¿y qué? ¿Piensas estarte ahí de pasmarote y dejarles?

Una expresión benigna apareció en el rostro del hombrecillo. Metió el cañón del fusil ametrallador por el agujero y buscó el gatillo con el dedo.

Pero no llegó a disparar.

Se oyó un chasquido ensordecedor. Empezaron a volar astillas de acero por el cuarto, como metralla. Uno de los pedazos dio a una botella de whisky, atravesó por completo una mesa y se hundió en el suelo. Otro desgarró la manga de «Relojes» desde la muñeca hasta el codo. «Honey» Hamilton se cayó hacia atrás en su puesto. Empezó a brotarle sangre de los cortes que tenía en cara y hombros. Siguió caído, llevándose las manos al ensangrentado rostro.

«Relojes» le gritó:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Dispararon contra la aspillera desde fuera! Debe haberse metido una bala por el cañón de mi «máquina de escribir». ¡Ha hecho añicos la recámara!

«Relojes» no se movió para ayudarle. Miró hacia la aspillera. Luego se echó rápidamente a un lado. Uno de los guardias había

metido el cañón de su revólver por el agujero, desde fuera.

No podía disparar y hacer daño, porque no le pillaba bien el ángulo; pero la aspillera quedaba taponada.

«Relojes» tiró de la cadena de su reloj, con impaciencia.

—¡En valiente picadillo nos hemos metido! —gimió.

Permanecieron allí quietos, con todos los nervios en tensión. Fuera, en el descansillo, se oyó un rumor suave, que fue haciéndose mayor y, al poco rato, el interior de la puerta empezó a echar humo.

La policía estaba usando un soplete para cortar la plancha de acero de la puerta.

«Relojes» gimió:

—No tenemos ni la menor probabilidad de luchar…

—¡Eh, amigos! —gritó una voz, completamente nueva.

De momento, no comprendieron de dónde salía la voz. Luego dieron la vuelta y, entonces, miraron con incredulidad.

En el edificio de enfrente había una ventana abierta. Un hombre estaba asomado a ella. Era moreno, muy alto y ancho, afeitado, de ojos muy oscuros, pelo negro y una cicatriz que empezaba en el lóbulo de su oreja derecha y le cruzaba diagonalmente el cuello.

Su aspecto era, patibulario a más no poder.

Tenía en la mano un rollo de manguera, de la que se ve con frecuencia en el interior de algunos edificios para caso de incendio.

«Relojes» corrió a la ventana y miró hacia abajo, con cautela. Pudo ver al policía. Estaba tirado, sin conocimiento, sobre el piso de cemento.

—Dense prisa —gritó el de la cicatriz—, o ¿no les interesa acaso?

—¡Claro que sí! —estalló «Relojes»—. ¡Échenos la extremidad de esa manguera!

El hombre tiró la manguera. Esta cayó corta la primera vez; pero, a la segunda, «Relojes» la cogió, la metió para adentro y la ató a un radiador.

Los hombres empezaron a cruzar, colgando con las dos manos. No fueron interrumpidos. El policía que yacía en el callejón no se movió. El hombre moreno no pronunció más que una palabra.

—Aprisa —dijo.

Como ratas que abandonan el barco que está a punto de

hundirse, la cuadrilla de Bowen fue pasando por la manguera. «Honey» Hamilton, último en intentarlo, descubrió de pronto que debido a sus heridas le era imposible hacerlo.

—Márchense —dijo:— yo me cuidaré de distraer a la policía.

—¡No sea usted idiota! —contestó el desconocido.

Se agarró a la manguera con las dos manos y fue cruzando lo más aprisa que pudo hasta donde se hallaba el hombrecillo. Le cogió con las dos piernas e inició el viaje de regreso.

Era una hazaña asombrosa, porque el hombre moreno quedó suspendido en el aire, sobre el callejón, con «Honey» sujeto entre las piernas.

La manguera oscilaba alarmantemente al avanzar el hombre, mano a mano, con su pesada carga. Por fin llegó al otro lado con el herido.

<Honey> Hamilton, lleno de alivio, ya que había aterrizado, sonrió.

—Gracias, compadre. Sí alguna vez me olvido de esto, recuérdemelo.

Una hora o así más tarde, «Relojes» reposaba en otro de sus numerosos escondites —una embarcación que tenía atracada a uno de los muelles de City Island.

Una botella de su famoso Napoleón de ochenta años le ayudaba, en gran manera, en su reposo. Para cuando hubo apurado la tercera copa, había recobrado ya la mayor parte de su habitual aplomo.

Cerca de «Relojes», los tres pistoleros jóvenes estaban jugando otra vez a las cartas, en una litera.

En el mismo camarote, el desconocido alto y moreno que tan misteriosamente había acudido en ayuda suya, estaba vendándole las heridas a <Honey> Hamilton con habilidad.

Ool estaba sentado en otra litera, tan inmóvil como si estuviese muerto. Sólo su mano derecha se movía de vez en cuando, espasmódicamente.

De otro camarote situado a proa, llegaba hasta allí el murmullo del altavoz de un aparato de radio de onda corta. Estaba dando una emisión policíaca.

—...repetimos orden de detención número uno, cero, cero, siete, dos —decía el altavoz— Dimiter Daikoff, que se escapó hace dos días de la cárcel de Chicago y a quien se cree en Nueva York.

Daikoff es un hombre alto y ancho, que cojea levemente al andar. Es moreno y de ojos oscuros y tiene una cicatriz en el cuello, en el lado derecho. Se dice que es peligroso.

«Relojes» Bowen, a punto de beber más coñac, hizo un ruido explosivo y disparó parte del líquido por entre los dientes. Se ahogó y tosió.

—¡Conque éste es usted! —exclamó, mirando al desconocido que les había salvado de la policía.

El hombre alzó la cabeza.

—Sí —respondió.

Luego se irguió, alzando con orgullo la cabeza. Sus ojos negros brillaban con fulgor casi fantástico. La luz de la bombilla eléctrica brilló sobre la lisa piel de sus salientes pómulos.

Como muchos de su raza, tenía los pómulos tan salientes que sus mejillas parecían hundidas. Quedaban sombreadas.

—¡Yo no soy un asesino! —proclamó, trágicamente—. ¡Sólo he liquidado a uno que era traidor a nuestra causa! Yo, Dimiter Daikoff, no soy asesino. En mi país me colmarían de honores y me darían una medalla. Pero aquí me dan caza como si fuera una fiera.

«Relojes» se encogió de hombros, con tolerancia.

—Por mí está bien, hermano. Amor con amor se paga. Puede quedarse por aquí si quiere.

—Gracias —El hombre prosiguió su tarea humanitaria—. Yo no soy un asesino: soy un patriota.

—Lo que me gustaría saber, sin embargo —continuó «Relojes»—, es cómo rayos acertó usted a presentarse en el preciso instante en que le necesitábamos.

Dimiter sonrió.

—Eso es muy sencillo. Estaba escondido en la casa de al lado. Cuando oí los disparos, creí que era a mí a quien quería coger la policía. Dejé sin conocimiento al guardia que estaba en el callejón. Entonces vi que era a ustedes a quienes buscaban. No me gustan los guardias. No saben distinguir entre un patriota que vino a los Estados Unidos a eliminar a un hombre que había sido un funcionario ladrón de su país... no saben distinguir, digo, entre un patriota así y un vulgar asesino. Les odio por ello. Conque les ayudé a ustedes.

«Relojes» se desperezó y rió.

—¡Qué cosa más buena puede ser el odio a veces! —exclamó.

Durante las horas siguientes, los hombres permanecieron a bordo. Dimiter Daikoff encajaba en la situación con una naturalidad sorprendente.

Iba de un lado a otro del barco atendiendo a «Honey» Hamilton y preparando bebidas y bocadillos.

Por fin, «Relojes» y Ool se arrinconaron en el castillo de proa.

«Honey» y los dos pistoleros mas jóvenes estaban durmiendo y Dimiter Daikoff fregaba platos en la cocina. Conque no parecía haber necesidad de andar con muchas precauciones.

Ello no obstante, «Relojes» y Ool bajaron mucho la voz.

Varias veces se oyeron claramente, sin embargo, las palabras «gafas negras» y el nombre de Doc Savage. Cualquier persona interesada hubiera comprendido enseguida que estaban fraguando algo contra los ayudantes de Doc, ya que a él le daban por muerto.

Cuando acabaron su conferencia, despertaron a los otros y se fueron.

«Honey» Hamilton podía andar.

—Usted puede quedarse aquí y hacer de almirante hasta que regresemos —le dijo Bowen a Daikoff.

En cuanto los pistoleros se perdieron de vista, Daikoff se dirigió al castillo de proa, donde «Relojes» y Ool celebraran su conferencia, y del ventilador sacó un minúsculo diafragma que había estado escondido allí.

Luego empezó a enrollar el delgadísimo hilo que iba sujeto al mismo hilo como un pelo y, por consiguiente, casi invisible. Conducía éste hasta el lugar en que había estado Dimiter lavando los platos.

«Relojes» y Ool tal vez hubieran estado preocupados y, desde luego, no cabe la menor duda de que hubiesen estado sorprendidos si hubieran sabido que su conversación había sido oída por Dimiter.

Metiéndose el dispositivo en el bolsillo, Dimiter abandonó, apresuradamente, el barco.

CAPÍTULO VI

EL EXPLORADOR ASUSTADO

CINCO hombres se hallaban de pie, a los rayos del sol matutino que se filtraban por las ventanas de Doc, en sus habitaciones del piso ochenta y seis.

Dos de los cinco eran Monk y Ham. Y, por una vez en su vida, el hirsuto químico y el elegante ahogado estaban completamente de acuerdo en una discusión.

Los que formaban parte de lo que pudiéramos llamar oposición eran los otros tres ayudantes de Doc Savage, conocidos por los nombres de Johnny, Long Tom y Renny.

—¡Santo Dios! —rugió Renny—. Pero... ¿es posible que os atreváis a decirnos así que a lo mejor Doc está muerto?

Renny, o el coronel John Renwick, que era el nombre por el que le conocían sus colegas ingenieros, y tenía una cara larga, como un puritano.

Pasaba bastante del metro ochenta de estatura. Su enorme cuerpo daba la sensación de estar compuesto principalmente de hueso.

Pero lo que más llamaba la atención en él eran sus puños. Cada uno de ellos se componía de un buen decímetro cúbico de hueso y cartílago. —¡Conque estabais encerrados en un cuarto mientras Doc luchaba con el tipo de la mano blanca rara! ¿Eh?— bramó Renny —. ¿Por qué no echasteis la puerta abajo?

Esgrimió uno de sus enormes puños, como si quisiera hacer una demostración. Renny se jactaba de que no se fabricaba puerta de madera alguna que no pudiese él romper de un puñetazo.

Monk y Ham se agitaron, inquietos.

—¡Eso es lo que hicimos, precisamente, maldita sea! —gimió

Monk—. Pero nos costó trabajo. Cuando logramos salir, Doc y el otro tipo había desaparecido.

Una voz escolástica intercaló:

—La secuencia de circunstancias no era empírea, que digamos.

El que hablaba era Johnny, o William Harper Littlejohn, hombre que no usaba una palabra corriente si tenía tiempo de pensar en una larga y rara.

Era uno de los arqueólogos y geólogos más grandes del mundo. Johnny era muy alto, y tan delgado como la mismísima Muerte, y llevaba colgado de una cinta un monóculo que, en realidad, era una potente lupa.

El quinto de los ayudantes era Doc era un hombre delgado, con piel de color de seta. Tenía el aspecto más enfermizo que puede tener un hombre.

En realidad, no había estado enfermo en toda su vida y, de exigirlo las circunstancias, era capaz de dar una paliza al noventa por ciento de los hombres que encontrara por la calle.

Era el comandante Thomas J. Roberts, verdadero brujo de la electricidad.

Se le conocía con más frecuencia con el nombre de Long Tom.

Este sacudió la cabeza.

—Ese hombre raro, de piel blanca, que capturasteis en el hangar del muelle… ¿decís que pretendía ser Gray Forestay, miembro de la expedición Lenderthorn?

—Sí —asintió Monk.

—¿No dio explicación lógica del hecho de que se hallara rondando el hangar?

—Dijo que sabía que le harían prisionero y le llevarían a presencia de Doc, si es que te parece lógica esa explicación.

—Ese hombre —señaló Long Tom—, responde a la descripción del que asesinó a un gangster llamado <Beery> Hosmer anoche. Se dice que le agitó una mano en la cara a Hosmer y que éste cayó muerto.

—Agitaba mucho y muy bien esa mano derecha, en efecto —asintió Monk, sombrío—. No sé exactamente qué clase de maldad estaría relacionada con ello, sin embargo.

De pronto, allá afuera sonó ruido de pasos y forcejeo. Luego llegó a sus oídos un prolongado grito de terror. Tenía el grito cierta

cualidad que producía escalofríos.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

—¡Voto a tal! —dijo Renny. Ambos habían hecho uso de su expresión favorita en momentos de gran excitación.

Todos corrieron hacia la puerta. Ham, con su bastón estoque en la mano, fue el primero en llegar fuera. Renny y los otros le seguían de cerca.

El descansillo estaba desierto. Las puertas de todos los indicadores demostraban que ninguno de los ascensores habla parado en aquel piso.

Corrieron a la escalera.

A mitad del tramo, al doblar un recodo, se encontraron con un hombre que subía corriendo.

—¡Auxilio! —aulló el hombre—. ¡Auxilio!

No llevaba sombrero. Su poblada cabellera gris le caía sobre la frente. Tenía un bigote gris recortado y llevaba gafas ahumadas.

Lleno de pánico, al parecer, se echó sobre Ham, que aún iba delante. Era más alto que el abogado, pero se acurrucó contra él como un perro apaleado.

—¿Quién le persigue? —inquirió Renny, agitando sus enormes puños.

No tuvo que esperar mucho para saber la contestación. Aparecieron unos hombres en el descansillo, subiendo con tal velocidad, que ascendieron unos cuantos escalones antes de darse cuenta de la presencia de los ayudantes de Doc.

La rapidez con que se detuvieron resultó risible. Evidentemente habían esperado encontrarse con un solo hombre, loco de miedo. Y se encontraron con cinco, que no daban la menor muestra de temor.

Dando media vuelta sin previo aviso, los que se hallaban delante tropezaron con los de atrás. Tres de ellos cayeron.

—¡No dejen que se acerquen! —suplicó el fugitivo—. ¡Me matarán!

Renny soltó un bramido y bajó corriendo los escalones.

Sus puños empezaron a agitarse. Uno de los hombres cayó hacia atrás bajo los tremendos golpes. Su peso hizo caer a otro. Renny siguió bajando.

Un hombre caído dirigió un puntapié a la pierna de Renny, detrás de la rodilla. Renny cayó pesadamente sobre el montón de

hombres que ya había en el descansillo.

Los otros cuatro ayudantes de Doc, siguiendo a Renny, dirigían golpes en todas direcciones. Pero no fueron ellos los únicos en pegar. Recibieron sus buenos golpes también. Sus adversarios sabían pelear.

Pero les habían pillado en situación poco ventajosa. Se vieron obligados a ir retrocediendo por el pasillo, todos menos uno, que rodaba por el suelo, abrazado a Renny.

Cuando la lucha llegó a las proximidades del hueco del ascensor, uno de los hombres se desvió y apretó el botón que hacía subir el ascensor de gran velocidad de Doc.

—¡Detrás de mí, muchachos! —aulló—. ¡Dejadme que los maneje yo!

Los demás hombres dejaron de pelear, retrocedieron.

El hombre que había oprimido el botón sacó una pistola del bolsillo y apuntó a sus adversarios.

Sus compañeros se habían quitado del paso, pasándose a la verja del ascensor, para que el del arma pudiera apuntar a todos los ayudantes de Doc.

—¡Atrás! —gritó el pistolero—. ¡Atrás u os mando a todos al otro barrio!

Los ayudantes de Doc se quedaron parados y en tensión. Nada podían hacer. El menor movimiento podía ser causa de que el otro disparara y sería difícil que no hiciera blanco.

Un suave chasquido anunció la llegada del ascensor. Las puertas se abrieron.

—¡Dentro! —ordenó el hombre armado a sus secuaces.

Pero éstos no entraron.

Un ciclón broncíneo pareció salir del ascensor. El hombre que más cerca se hallaba de la puerta se vió alzado en alto y, aullando, lo tiraron contra sus compañeros. Dio contra el de la pistola y le derribó.

El ciclón broncíneo siguió avanzando. Se vió movimiento confuso. Los hombres empezaron a caer como bolos.

Doc Savage, que había estado dentro del ascensor, pasó por entre ellos descargando puñetazos a diestro y siniestro.

Caído en el suelo, el de la pistola alzó el arma un instante antes de que el hombre de bronce llegara a su lado. La pistola escupió

fuego.

El proyectil hizo un surco en el cuello de Doc, silbó por encima de la cabeza de Monk y se estrelló contra la pared del corredor.

Doc se paró en seco.

—Bueno —dijo, tranquilamente—. No vuelva a disparar. Usted gana.

La serenidad del hombre de bronce pareció ejercer una influencia milagrosamente tranquilizador a sobre el pistolero. No disparó y dio órdenes a sus hombres.

—¡AL ascensor! ¡Pronto!

Esperó a que todos hubieran entrado mientras él apuntaba a Doc y a sus ayudantes con la pistola. Haciendo un último gesto amenazador, entró él también. La puerta se cerró. EL ascensor empezó a bajar.

Monk corrió a apretar el botón de uno de los ascensores corrientes.

—¡Bajaremos! —rugió.

Doc le hizo un gesto para que se apartara.

—Déjalos que se vayan, Monk.

Todos le miraron, asombrados. Les había extrañado ya que Doc dejara de luchar; pero que permitiera que sus adversarios se escaparan, por añadidura...

Renny se golpeó los enormes puños uno contra otro.

—¡Voto a tal! —bramó—. ¿Qué significa eso? ¿Dónde has estado, Doc? Creíamos que te habías muerto.

El hombre de bronce respondió con otra pregunta.

—¿Cómo empezó todo esto?

—Un hombre soltó un aullido y corrió escalera arriba —explicó Monk.

—¿Dónde está ahora?

—Escondido en tu despacho, Doc —dijo Long Tom.

—Hablaremos con él —observó Doc—. Quédate tú aquí, Ham, y cuéntales cualquier cosa que suene a verdad a los que puedan acercarse a investigar los disparos.

—Ese picapleitos —gruñó Monk—, sabe hablar lo bastante para hacer creer a cualquiera que esos disparos no eran más que el ruido de una taquígrafa mascando goma.

Ham agitó el bastón estoque y le dirigió una mirada torva a

Monk.

Doc Savage y sus cuatro ayudantes entraron en su cuartel general del piso ochenta y seis. Miraron a su alrededor.

Gracias a un ejercicio bien estudiado, Doc había llegado a poder disimular toda emoción. No dio muestras de ninguna en aquel momento. No podían decir lo mismo los demás. Dieron muestras de la más viva sorpresa.

—¡Hombre! ¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

—¿Dónde está vuestro desconocido? —inquirió Doc.

Monk parpadeó.

—¡Estaba aquí!

—¡Tiene que estar aquí! —exclamó Johnny.

Johnny sólo usaba palabras cortas cuando estaba excitado.

Doc cruzó la gruesa alfombra y abrió la puerta del cuarto contiguo. Era espacioso y estaba lleno de estantes de libros desde el suelo hasta el techo.

Era la biblioteca científica de Doc. Una colección de volúmenes casi sin igual.

Más allá había otro cuarto, más grande, un cuarto de frascos de cristal de formas fantásticas, probetas, tubos de todas clases y substancias químicas de brillante colorido en botellas.

Hornos eléctricos, máquinas de hacer ensayos y aparatos de química llenaban el suelo. Era el taller laboratorio del hombre de bronce.

Doc y sus hombres entraron silenciosamente. Sus pies no hicieron ruido al tocar la superficie, a prueba de ácido, del suelo. Esto les permitió hacer un descubrimiento.

Junto a la vitrina abierta y de espaldas a ellos se hallaba el fugitivo. Estaba inclinado, examinando algo.

—¿Ha encontrado usted algo interesante? —inquirió Doc, con calma.

El hombre se volvió tan rápidamente que su grisáceo cabello le cayó sobre las gafas ahumadas que llevaba. Se llevó la mano izquierdas a la espalda.

Doc Savage se acercó. No pareció andar con más velocidad de lo corriente.

Sin embargo, coordinaban tan bien sus enormes músculos, que llegó al lado del hombre con sorprendente rapidez.

El desconocido era alto, y fuerte; pero Doc le echó a un lado con un movimiento de la mano.

El desconocido tenía en la mano, detrás de la espalda, las gafas que Ham y Monk le habían quitado a Ool.

Doc cogió las gafas.

—¿Le interesaban a usted? —inquirió.

—Sí... ¡no! —tartamudeó el hombre.

—Observará usted que se salen de lo corriente —prosiguió Doc —. Los cristales tienen un grueso de cinco centímetros y son negros... tan negros que no les penetra luz alguna.

—Los... los cogí por equivocación —dijo el hombre, algo roncamente—. Mis gafas ahumadas se me cayeron. No veo bien sin ellas. La luz me hace daño a la vista... ceguera de nieve. Cogí éstas de usted por equivocación. Durante un instante creí que se trataba de las mías.

Doc dio vuelta a las gafas.

—El material flexible en que están incrustados los cristales... ¿lo reconoce usted? —le preguntó al desconocido.

—No sé una palabra de ellas... Las cogí por equivocación...

—El material parece ser piel de pez —dijo Doc—. Se parece mucho a la piel de cierta especie de peces oriundos del Océano Ártico.

—No me interesan las gafas —respondió el hombre—. Sólo me interesa mi vida. Vine aquí huyendo de hombres que querían matarme.

Atisbó atentamente por sus ahumadas gafas en dirección a Doc y sus ayudantes.

—¿Se han ido ya? —preguntó—. ¿Se han ido va esos hombres que había en la escalera?

—Han huido —contestó Renny, con acritud.

—Lo que quisiéramos saber —dijo Monk—, es qué hacía usted rondando por aquí.

—No interpreten ustedes mal mis intenciones, caballeros —dijo el desconocido, con aparente sinceridad. Dirigió una mirada nerviosa a Doc—. Confieso que estaba aterrado. Cuando entré aquí mi único pensamiento era alejarme todo lo posible de esos criminales. Cuando me atacaron me hallaba camino de visitar a Doc Savage. ¿Usted es Doc Savage?

—Si —respondió el interpelado.

Volvió a depositar las gafas negras en el estante y cerró la puerta de cristal.

El desconocido dirigió una breve mirada a las gafas. Su gruesa mano hizo un gesto en su dirección.

—Si de tanto valor son —dijo—, debía usted de ponerlas en lugar seguro.

Doc se encogió de hombros.

—No parecen tener valor alguno. ¿Quién iba a quererlas? Están seguras aquí... Venga...

Doc cruzó laboratorio y biblioteca, seguido de los demás.

El desconocido se arrellanó cómodamente en una butaca del despacho exterior.

—Tal vez haya oído usted hablar de mí —dijo—. Soy explorador. Me llamo Gray Forestay...

—¡Gray Forestay! —exclamó Long Tom.

—No pretenderá usted decirnos —interpeló Monk, con sarcasmo —, que es el único superviviente de un ataque que lanzaron contra ustedes unas cosas negras.

EL desconocido se quedó boquiabierto.

—Pero... ¿cómo sabia usted eso? —exclamó.

El hombre, que ya había logrado recobrar su aplomo, no hablaba roncamente ahora, sino con voz melosa y sonora.

Doc explicó:

—Anoche estuvo aquí un hombre que dijo ser Gray Forestay, único superviviente de la expedición Lenderthorn. Dijo que su grupo había sido atacado en los hielos, al Norte del Canadá, por seres extraños y sin forma... seres negros.

—Pero... ¡si Gray Forestay soy yo! —gimió el otro—. ¡Yo acompañé a la expedición Lenderthorn! Y... ¡eso es, precisamente, lo que ocurrió!

—¿Lo de las cosas negras también? —inquirió Monk, con escepticismo.

El hombre se estremeció.

—Los misteriosos atacantes negros, señores, eran muy reales y le dejaban a uno muy pocas ganas de reír, se lo aseguro.

—¿Los vió usted, personalmente? —preguntó Monk.

—Sí, los vi.

El hombre asió los brazos de la butaca. Su tono era retador.

—¿Qué aspecto tenían?

El desconocido pareció buscar palabras en que expresarse. Habló, por fin.

—Eran… sin forma, negros, como fantasmas. No hay otra manera de describirles. No hay nada con qué compararlos. No son reales. Y, sin embargo, son reales. Los vi. Salieron de la nada.

—¿De la nada? —dijo Monk, burlón.

—Aparecieron de pronto. Permanecieron un instante tan sólo. Luego desaparecieron. Tal vez se me trastornara la cabeza. No lo sé. Lo primero de que me di cuenta fue de que mis compañeros habían desaparecido. Todos ellos. Y sin rastro…

El hombre alzó la mano para asirse con fuerza el canoso cabello. Sus dedos gordinflones acariciaron el bigote.

—No soy viejo. Sólo tengo treinta y seis años. Me quedé así en un solo día… ¡en una sola hora!

Siguió un silencio profundo a la narrativa. Hasta el propio Monk estaba impresionado.

El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un manojo de papeles. Se puso en pie, cruzó y se los entregó a Doc Savage.

—Aquí tiene unas cuantas cartas… y documentos —dijo—. Servirán para demostrar mi identidad.

El hombre de bronce examinó los papeles.

Su expresión siguió siendo enigmática. Pero su decisión era aparente cuando se levantó y dijo:

—Forestay, ¿sabe usted quién era el que se presentó aquí anoche pasándose por usted?

El hombre movió negativamente la cabeza.

—No tengo la menor idea de quién puede haber sido.

—¿Quiénes eran los que le atacaron en la escalera?

Gray hizo un gesto de impotencia con las manos.

—No tengo la menor idea de eso tampoco. El ataque fue una completa sorpresa para mí.

—Es evidente que se trataba de alguien que quería impedir que usted me viese.

—Evidentemente. Pero no sé quién puede ser. Esos hombres me atacaron, primero en el vestíbulo del edificio. Les esquivé y me metí

en un ascensor. Ellos se metieron en otro. Me apeé dos pisos mas abajo de éste, creyendo esquivarlos. Se bajaron detrás de mí. Por fin logré escapar de ellos otra vez cuando sus ayudantes acudieron en socorro mío.

Doc preguntó:

—¿No puede usted agregar ningún otro dato que pudiera ser de ayuda?

—Nada… salvo que, ahora que estoy más sereno, me parece que no tenían la intención de matarme —dijo el otro, lentamente—. No de momento, por lo menos. Tuvieron ocasiones de matarme y no lo hicieron. Parecían estar intentando cogerme vivo.

—¿Un secuestro?

—Así parecía.

Doc Savage clavó la mirada en el explorador.

—Y vino usted a verme, señor Forestay… ¿Para qué?

—Para conseguir su ayuda para buscar a mis compañeros de la desaparecida expedición Lenderthorn. Para hallar la solución de los seres esos negros del Ártico. Con su dirigible sería fácil aterrizar sobre el hielo y hacer una exploración completa.

—¿Sabe usted que tengo un dirigible?

—Lo publicaron los periódicos. Es una nave nueva y sorprendente, que le ha sido entregada a usted hace muy pocos días.

Doc guardó silencio unos instantes.

—¿Cree usted que aún están vivos sus compañeros de expedición?

—No estoy seguro. Pero existe la posibilidad. Algo les ocurrió. No sé qué. Debiera buscárseles. Es lo menos que puedo hacer por ellos.

—Comprendo —respondió Doc, lentamente.

El del cabello cano se tornó muy sincero.

—Sólo estoy haciendo lo que haría cualquier otro en mi lugar —aseguró—. Si a sus compañeros de usted les ocurriese una cosa semejante a la que yo acabo de describir, haría usted todo lo humanamente posible por averiguar qué les había sucedido y para ayudarles. ¿No es eso cierto?

—Sí —asintió Doc.

—¿Me ayudará usted?

—Le ayudaremos —respondió Doc, sin vacilar.

El hombre corrió a estrecharle la mano.

—¡Gracias! —exclamó, con fervor—. ¡Gracias!

Estrechó con firmeza su mano.

—Mis hombres y yo... los seis... comeremos esta mañana, a las once, en el Café Oriental, abajo. Nos encantaría que nos hiciese usted compañía. Podremos discutir entonces los detalles.

El otro inclinó la cabeza, respetuosamente.

—Le estoy muy agradecido por el honor que me hace. Lamento mucho no poder acompañarles. Más tarde...

—Si cambia usted de opinión —dijo Doc—, nos encontrara en una mesa junto a la puerta.

Después de haberse marchado el otro, Monk estalló:

—¡Eh, Doc! ¿Qué rayos pretendes? ¡Bien sabes que a mí no me gustan las comidas orientales que sirven en ese café!

—Dudo que podamos entretenernos mucho en comer —le dijo Doc.

*****

«Relojes» Bowen y sus hombres habían regresado al barco atracado en el muelle de City Island.

Se agruparon enseguida. «Relojes» les incluyó a todos: Ool, <Honey> Hamilton, los tres jóvenes, el obeso negro «Ham-hock» Piney y varios recién llegados, miembros de la organización.

El gigantesco Dimiter Daikoff, del rostro trágico, se hallaba nuevamente a bordo.

Bowen, al entrar, saludó a Daikoff de muy buen humor, indicio de que las cosas le habían ido bien.

—Me trae usted la suerte, mi patriótico amigo —le dijo, dándole una palmada cariñosa en la espalda.

Los trágicos ojos oscuros de Daikoff expresaron su agradecimiento por tan camaraderil consideración.

Y, como perro que corre a traer, encantado, las zapatillas de su amo, corrió de un lado a otro, llenando sin cesar las copas de todos con el coñac Napoleón de «Relojes».

Aquella conferencia no fue tan secreta como la que anteriormente se celebrara. Parte de la conversación trataba de Doc Savage, las gafas negras, el laboratorio, la vitrina.

Dimiter Daikoff, mientras llenaba vasos y vaciaba ceniceros, oyó

muchas cosas.

CAPÍTULO VII

RAYOS AZULADOS

DOS horas después de la conferencia celebrada en el barco, un joven de duro semblante se hallaba en la esquina de una calle de mucho movimiento de Nueva York, frente al Café Oriental.

Se desperezó lentamente y abrió los cinco dedos de una mano. La otra la tenía cerrada, dejando alzado uno de los dedos tan sólo. Era una señal.

Un sedán negro que avanzaba por entre el tráfico se acercó al bordillo. El hombre sentado junto al conductor era un corpulento negro que parecía tener la cabeza montada sobre numerosas barbillas.

El conductor del sedán dijo:

—¿Todo va bien?

«Ham-hock» Piney murmuró, suavemente:

—Doc Savage y sus cinco hombres deben estar todos en el restaurante. La ocasión no podía ser mejor.

«Ham-hock» se apeó. Otros tres hombres saltaron del interior. El conductor volvió a meterse por entre el tráfico.

El joven elegantemente vestido que había estado parado frente al restaurante se reunió con ellos y todos se dirigieron al impresionante rascacielos de brillante metal y granito que alcanzaba cerca de cien pisos de altura, y en el que tenía Doc Savage su residencia.

Entraron en el ascensor.

—Ochenta y seis —dijo <Ham-hock>.

—¿AL piso de Doc Savage? —inquirió el encargado del ascensor, como para asegurarse.

Al llegar al piso —ochenta y seis, uno de los hombres le metió al

empleado el cañón de una pistola en las costillas, y le dijo:

—Usted y yo nos vamos a quedar aquí a esperar con el ascensor.

«Ham-hock» cruzó el corredor con los demás. Se pararon delante de la puerta del despacho de Doc Savage. Había una nota prendida en la puerta.

Decía:

“Estamos comiendo abajo, en el Café Oriental. DOC SAVAGE”.

Los hombres se miraron unos a otros.

—<Ham-hock> se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

Abrieron las puertas y entraron. «Ham-hock» se dirigió a la puerta de la biblioteca.

—Aquí es donde empiezan las complicaciones —gruñó—. Saca el jabón y la «sopa» del bolsillo, <Squirrel>, y nos pondremos a trabajar.

«Squirrel» Dorgan sacó un frasco de nitroglicerina y un pedazo de jabón amarillo. Se puso a trabajar con destreza para prepararse a volar la puerta.

Un momento antes de estar dispuesto a echar la nitroglicerina probó el pomo de la puerta con mas fuerza.

Esta se abrió.

<Squirrel>, se quedó mirando como atontado. Uno de los otros soltó una maldición.

<Ham-hock> se frotó, pensativo, las barbillas.

—¡Rayos! —exclamó «Squirrel» Dorgan—. ¡Este parece una trampa!

—No me huele nada bien —asintió otro—. Doc Savage no es lo bastante primo para largarse y dejarlo todo abierto al público.

«Squirrel» se asomó a la biblioteca. El silencio completo del lugar, los millares de libros, parecieron oprimirle. Se mordió los labios.

—Soy partidario de que nos larguemos —dijo, nervioso.

«Ham-hock» gruñó: —Vinimos aquí a buscar esas gafas negras y no nos vamos a ir sin ellas. Adelante.

Franqueó el umbral. Cruzaron la silenciosa biblioteca con cautela, pistola en mano. El propio «Ham-hock» hizo girar el picaporte de la puerta del laboratorio: esta se abrió como las otras.

El negro se asomó al interior. Los tubos de cristal de fantásticas

formas, las redomas, los dispositivos químicos y científicos daban al lugar un aspecto más siniestro que el de la biblioteca.

—Me figuro —murmuró <Ham-hock>, como si quisiera convencerse con el sonido de sus propias palabras—, que este Doc Savage, como es un personaje, no puede imaginarse que haya quien se atreva a meterse por aquí. Por eso no se preocupa de cerrar las puertas con llave.

Uno de los jóvenes parpadeó.

—Bueno —dijo:— acabemos este asunto de una vez.

—Sí —contestó otro:— ¡con las cosas que yo he oído decir de este Doc Savage!

A «Squirrel» empezaron a castañetearle los dientes.

—Hermano, ¡lo que yo podría hacer con una botella del coñac del jefe!

—Callaos de una vez y vamos —gruñó el negro.

Entró en el laboratorio y los otros le siguieron. Bajaron por la larga nave, entre los aparatos científicos que llegaban hasta el techo y que parecían proyectar un aura de irrealidad.

—Ahí enfrente —susurró «Ham-hock», señalando, con la pistola, una vitrina alta.

—¡Mirad! —exclamó <Squirrel>, cuando se hallaron un poco más cerca—. ¡Ahí están las gafas! ¡Esto no va a ser tan difícil después de todo!

Se detuvieron ante la vitrina. <Ham-hock> alargó una mano hacia las gafas, que yacían sin protección, sobre un estante de cristal.

Su mano atravesó las gafas, como si fueran de aire. Sus uñas tocaron el cristal del estante.

Retiró la mano como si hubiese tocado fuego líquido. Su mano no había podido asir las gafas y, sin embargo, las veía claramente sobre el estante aún.

Sonó un gruñido de inquietud en lo mas profundo de su garganta. Se estremecieron sus múltiples barbillas.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó uno de los pistoleros jóvenes, temblándole de pronto la voz.

—¿Cómo rayos quieres que lo sepa yo? —respondió el negro.

Alargó de nuevo la mano hacia las gafas negras.

Tampoco pudo cogerlas aquella vez. Ni siquiera las sintió con los

dedos.

Parecieron éstos atravesarlas como si hubieran sido de humo. Sus uñas volvieron a rayar el estante. Le giraron los ojos en sus órbitas. Respiró más aprisa. El sudor empezó a correr por sus barbillas.

—¿Qué rayos te ocurre, <Ham-hock>? —gruñó <Squirrel> ¿Tienes los dedos de manteca?

Se adelantó y metió él la mano en la vitrina. Obtuvo el mismo éxito que <Ham-hock>. Su mano pareció atravesar las gafas como si éstas carecieran de corporeidad. Sus uñas rasparon fútilmente el estante. Palideció.

Sus dientes de ratón empezaron a castañetear.

—Están ahí —dijo—. ¡Pero no están ahí! ¡Diablos! ¡Yo ya estoy harto de este sitio! ¡Tengo ganas de salir de aquí!

Dio media vuelta para dirigirse a la puerta. Soltando maldiciones y agarrando con fuerza sus pistolas, los otros hicieron lo mismo. Se pararon con la misma rapidez que se volvieron; luego se sobrecogieron de terror.

Inmediatamente delante de ellos, junto a la puerta, y cerrándoles el paso, una extraña llama azul, delgada como un lápiz, había saltado de una brillante plancha incrustada en la pared, cruzando, por delante del hueco de la puerta, hasta otra plancha.

La llama permaneció suspendida como una lanza azulada y chisporroteante.

Otras lanzas azuladas zigzaguearon como relámpagos hasta formar un complicada y flamígero dibujo que tapaba por completo la salida.

—¡Vamos a quedar todos electrocútalos! —aulló «Ham-hock», atemorizado.

Retrocedió, dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta. Los otros, sacudiendo la parálisis que les tenía inmovilizados, se volvieron con él, pero se detuvieron otra vez, tan asustados que uno de ellos dejó caer la pistola.

Cerrándoles el paso en la otra dirección estaban Doc Savage y sus cinco hombres.

Tenían en las manos unas armas extrañas que se asemejaban a pistolas más grandes de lo corriente.

«Ham-hock» fue el primero en rehacerse.

—¡No disparen! —exclamó, alzando la voz para que se oyera por encima del chisporroteo de las llamas azuladas, que seguían saliendo detrás de ellos.

En señal de sumisión, permitió que cayera su brazo hasta hacer que la pistola apuntara al suelo.

Uno de los jóvenes que había al lado del negro perdió la serenidad e intentó alzar la pistola.

El dedo de Doc oprimió el gatillo de su extraña arma. Esta emitió un sonido continuo y ensordecedor. Era una pistola ametralladora de una rapidez de fuego espantosa.

La pistola del joven se le cayó de la mano. Luego rodó él por el suelo y quedó inmóvil.

—¡No disparen más! —suplicó <Ham-hock>.

—Quítales las armas, Monk —ordenó el hombre de bronce.

Monk obedeció.

—Long Tom, corta la corriente de alta frecuencia.

El mencionado oprimió un botón de la pared. Las llamas azuladas desaparecieron.

—Ahora —dijo Doc—, ha llegado el momento de hablar.

Sus ojos de oro líquido fijaron la mirada en sus prisioneros.

—Primera pregunta —dijo, lentamente—. ¿Por qué están aquí?

Ninguno de los cautivos contestó. Estaban haciendo esfuerzos por no parecer asustados y sí mal encarados.

—Ya pueden ustedes imaginarse cuál sería el resultado —dijo Doc, secamente—, si estuviesen ustedes atados a una silla que se hallara entre esas dos planchas. Esa corriente de alta frecuencia les haría cosas asombrosas.

<Squirrel> Dorgan se había clavado los dientes en el labio, haciéndose sangre. Pero guardó silencio, como los demás.

Monk, con una sonrisa de simiescas facciones, propuso:

—Debieran ser electrocutados de todas formas, a juzgar por su aspecto. ¿Y si le ahorramos dinero al Estado? Tenemos un horno eléctrico ahí lo bastante grande para incinerar sus cuerpos y dispersar las cenizas por la ventana.

Monk parecía hablar en serio. Ninguno que le hubiese estado mirando hubiera dudado de ello, a menos que le conociese.

Los cautivos lo tomaron de distintas maneras. <Ham-hock> Piney permaneció rígido y silencioso, demasiado asustado para

poder hablar siquiera como le hubiera gustado temblar.

Lo ocurrido con las gafas negras que intentara agarrar le había causado profunda impresión por lo supersticioso que era, y la exhibición de la corriente de alta frecuencia había acabado de desmoralizarle.

Doc hizo un gesto en dirección a «Squirrel» Dorgan.

—Ponle en una silla, entre las dos planchas, Monk —dijo.

A «Squirrel» no le faltaba valor. Se mordió repetidamente los labios mientras le cogían y le ataban a la silla. Pero no habló. Monk colocó la silla.

—¿Quiere usted hablar? —preguntó.

—¡Váyase usted al diablo! —contestó Dorgan.

—Cuando haya llegado usted, mi amigo —respondió Monk, imperturbable.

Alzó la mano y dio a la corriente.

Una deslumbradora masa de fuego azul estalló delante de Dorgan; pero sin tocarle. No obstante, las llamas le chisporroteaban horriblemente muy cerca de la cara.

—Un simple error de calculo —aseguró Monk, alegremente—. Correré un poco la silla.

Movió la silla, retrocedió, estudió su posición y volvió a moverla. Luego miró a Ham.

—Te apuesto cinco dólares a que le arde el pelo en cuanto le toquen las chispas —ofreció.

—No hay de qué —respondió Ham—. Demasiado sé cómo las gasta esa corriente.

Monk se encogió de hombros y se dirigió al interruptor.

«Squirrel» Dorgan no pudo más.

—¿Qué quieren ustedes saber? —aulló.

—¡Cállate, cobarde! —le gruñó uno de los pistoleros jóvenes.

Dorgan le rugió:

—¡Si tú crees que este tío de bronce habla en broma, estás mal de la cabeza! He oído hablar de individuos que salieron contra él y no se ha vuelto a saber nada de ellos.

«Ham-hock» Piney aulló:

—¡Os digo que este sitio está embrujado! ¡Estaba viendo esas gafas, pero no estaban allí!

—¿Quién les mandó aquí? —inquirió Doc, hablando con

«Squirrel» Dorgan.

—«Relojes» Bowen —rugió «Squirrel».

—¿Qué quiere?

—Las gafas.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Un poco de corriente de alta frecuencia? —sugirió Monk.

—Lo único que yo sé —dijo «Squirrel», con voz chillona—, es que las gafas negras tienen algo que ver con las cosas negras en el Ártico. Eso suena absurdo, pero es lo único que sé.

—¿Qué son esas cosas negras? —inquirió Doc.

—No lo sé. Las oí mencionar a «Relojes» y a Ool. Creo que están por alguna parte del Ártico. Eso es cuanto sé. Eso es lo único que sabemos todos. «Relojes» y Ool no nos han contado a nosotros sus planes.

—¿Quién es Ool?

A «Squirrel» le empezaron a castañetearlos dientes.

—No es del todo humano.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Puede matarle a uno sin tocarle siquiera! Eso no lo he inventado yo. Es la pura verdad.

El hombre de bronce frunció el entrecejo.

—Ool es muy alto, muy delgado y tiene una piel que se parece levemente al nácar, ¿no es cierto?

—Eso es —asintió Dorgan.

Monk soltó un gruñido comprensivo.

—Ese es el tipo que pescamos encima del hangar… el que fingía ser Gray Forestay, superviviente de la expedición Lenderthorn al Ártico.

Doc Savage le preguntó a «Squirrel» Dorgan:

—¿De dónde vino este Ool?

—Apareció un día con «Relojes» Bowen. Eso es cuanto sé.

—¿Fue él quien trajo la noticia de… las cosas negras?

—Supongo que sí. A nosotros no nos han dicho gran cosa.

—¿Esta preparando <Relojes> Bowen un viaje al Ártico con Ool?

—Sí.

—¿Adónde? —exigió Doc—. Nombre el sitio exacto.

—No puedo. Ya le he dicho que «Relojes» no habla con nosotros de esas cosas.

—¿Cuándo piensa marchar?

—Tan pronto como...

No acabó la frase.

—¡Desembucha, amigo! —bramó Monk.

—Tan pronto como... tome medidas para hacer uso del dirigible de usted —gimió <Squirrel>, asustado—. ¡Y me matará por haber dicho esto!

Doc Savage dijo, secamente:

—Y supongo que esas medidas serán de una índole parecida a las que ha empleado para intentar apoderarse de las gafas.

«Squirrel» se pasó la lengua por los labios.

—Yo... de eso yo no sé nada.

—Reflexione cuidadosamente y no mienta. ¿Quién era el segundo Gray Forestay?

«Squirrel» se agitó inquieto; pero no contestó.

—¿Usted sabe quién era? —insistió Doc.

«Squirrel» guardó silencio.

El hombre de bronce se inclinó hacia adelante y sus ojos, lagos de oro, parecían vivos y poseídos de un extraño poder.

—¿Quién era el segundo Gray Forestay? —preguntó.

«Squirrel» Dorgan cedió de pronto.

—¡«Relojes» Bowen en persona! —gimió.

Monk sufrió un sobresalto y exclamó: —¡Rayos!

Ham agitó su bastón estoque.

—¡Queremos una descripción de ese Bowen! —exclamó—. ¿Iba disfrazado cuándo desempeñó el papel de Forestay?

—Se blanqueó el pelo y se puso unas gafas ahumadas y un bigote postizo.

Doc Savage no había dado muestras de la menor sorpresa al oír aquella revelación. Las facciones de bronce parecían incapaces de reflejar emoción alguna.

—¿Con qué fin se hizo pasar Bowen por Gray Forestay? —preguntó.

—Ool lo intentó primero —murmuró Dorgan—. Luego «Relojes» hizo la prueba. Querían engañarle para que les llevara hacia el norte en su dirigible.

—Pero... ¿y el ataque en el pasillo y la escalera? —inquirió Ham—. ¿Era auténtico? Me refiero al ataque de los hombres de Bowen cuando se presentó disfrazado de Forestay.

—Fue una comedia representada por algunos de los muchachos para que todo pareciese más real.

Doc Savage dijo:

—¿He de deducir que ninguno de ustedes sabe una palabra más de lo que me ha dicho porque su jefe no les ha sido más explícito?

—Eso mismo.

En aquel momento, el obeso negro habló. Había estado contemplando la vitrina en que se encontraban las gafas.

—Esas gafas negras —murmuró—. ¿Por qué no pude cogerlas? Eso es lo que yo quiero saber.

Doc no respondió.

Monk se echó a reír. Se había hecho uso de una serie de espejos para proyectar una imagen de las gafas: «truco» que con frecuencia emplean los ilusionistas en el teatro para que una cosa parezca estar donde no está.

Pero «Ham-hock» Piney siguió ignorando la explicación del fenómeno que tanto le había intrigado.

La víctima del tiro se puso de pronto en pie. Las balas que disparaba la pistola super —ametralladora eran de las llamadas de misericordia— balas huecas, llenas de una composición química que hacía perder el conocimiento instantáneamente. El período de insensibilidad así producido era de corta duración.

—¿Qué vamos a hacer con estos pajarracos? —preguntó Monk.

—Lo de costumbre —contestó Doc.

Para el químico esta respuesta bastaba, porque se refería a la extraña institución que sostenía Doc en la parte alta del estado de Nueva York.

Sonriendo expansivamente, Monk se adelantó para hacerse cargo de sus víctimas.

«Ham-hock» Piney, que había estado inmóvil, estupefacto y en silencio, dio media vuelta de pronto y corrió para pasar las planchas de donde habían brotado las chispas. Los demás criminales, aprovechando aquella leve ocasión y moviéndose por instinto más bien que por ninguna otra cosa, corrieron detrás de él.

—¡Se están escapando! —aulló Renny.

«Ham-hock» y sus compañeros cruzaban alocados el laboratorio. Se hallaban en tal estado, que sólo hubiera sido posible pararles mediante la aplicación de violencia física suficiente para incapacitarles.

Doc Savage, cosa rara, no había hecho el menor movimiento por detenerles.

Al pasar los frenéticos fugitivos por la puerta de la biblioteca, Ham exclamó:

—Podemos bajar en el ascensor de gran velocidad y llegar antes que ellos al vestíbulo.

—Dejadles marchar —dijo Doc.

Monk se quedó como quien ve visiones. Se le abrió la boca, incluso.

Johnny fue el primero en recobrar el uso de la palabra. La carencia de palabras grandes era muestra evidente de su sorpresa.

—¡Les dejas escapar! ¿Por qué?

—Sí —murmuró Monk:— explícanos eso.

Doc Savage dijo:

—Es una historia un poco larga y, por desgracia, no tengo tiempo de contárosla en este preciso momento.

CAPÍTULO VIII

MUERTE EN UN TELÉFONO

DESPUÉS de salir, casi sin alientos, del rascacielos en que vivía Doc Savage, «Ham-hock» Piney, «Squirrel» Dorgan y los otros caminaron más despacio por la calle. Hubieran preferido correr; pero eso hubiese llamado la atención.

Antes de haber recorrido una cuadra vieron el sedán. Estaba dando la vuelta a la manzana para recogerlos. El conductor detuvo el coche cerca de la esquina y les esperó.

«Relojes» Bowen y Ool se hallaban en el automóvil ya.

El negro miró a «Squirrel» Dorgan.

—No quiero ni pensar lo que va a hacer el jefe en cuanto se entere de lo que le has dicho a Doc Savage —murmuró.

—Escuchad, muchachos —dijo, sombrío—. Ya sabemos cómo se pone «Relojes» cuando sale algo mal. Por menos de nada empieza a tiros con cualquiera. Más vale que suavicemos la cosa un poco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó <Ham-hock>.

—Que no le digamos a «Relojes» que pudimos entrar y que hemos tenido que salir huyendo. Digámosle lo menos que nos sea posible. Lo que no sepa no puede hacerle daño.

—Me parece buena la idea —dijo el negro.

Los pistoleros jóvenes asintieron con la cabeza.

—Trabajo de sobra tenemos sin necesidad de que se meta «Relojes» con nosotros —dijo uno de ellos.

Se pusieron de acuerdo sobre lo que habían de decir y se acercaron al sedán.

«Relojes» Bowen tendió una mano.

—Las gafas —dijo.

Ool, aguardando la contestación, clavó la mirada en «Ham-

hock». El obeso negro aún jadeaba y tenía las barbillas cubiertas de sudor. La mirada de Ool le hizo sudar aún más.

—No conseguimos las gafas —contestó <Squirrel>.

—¿Cómo? —rugió «Relojes».

—Suerte hemos tenido con poder salir de allí con vida —siguió Dorgan—. Oye, ¡yo creí que lo tenías todo arreglado ¡Entrarnos en la casa y… ¡nos encontramos con Doc Savage!

«Relojes» frunció el entrecejo y dirigió una mirada torva a su subordinado.

—¡Estas loco! —exclamó—. Doc Savage está en ese restaurante ahora mismo y no se ha movido de ahí en media hora.

«Squirrel» Dorgan se quedó boquiabierto de sorpresa. Los pistoleros jóvenes se sorprendieron también. «Ham-hock» Piney jadeó y contempló a Ool como si estuviera mirando a un demonio.

«Relojes» Bowen dio una orden y el coche dio media vuelta y pasó por delante del Café Oriental. Todos miraron hacia el restaurante. Bien a la vista, había seis hombres sentados a una mesa y comiendo tranquilamente.

—¡Doc Savage y sus cinco ayudantes! —estalló Dorgan—. Pero, ¡qué rayos! ¡Si no puede ser! Esos del restaurante deben ser actores a los que Doc Savage habrá disfrazado.

Los ojos de «Ham-hock» giraron, con espanto.

—Os digo que ese hombre de bronce es más de medio fantasma —declaró.

Era evidente que «Squirrel» Dorgan estaba pensando aprisa en sus deseos de hacer parecer lógica su derrota.

—Doc Savage sabía que Forestay eras tú, disfrazado —le dijo a «Relojes» Bowen.

Bowen aulló: —¿Cómo?

—Eso lo explica todo, con seguridad —prosiguió Dorgan, con aire de mente maestra—. Doc Savage te dijo cuándo iba a estar fuera de su casa, y en el restaurante, figurándose que intentarías aprovechar la ocasión para quitarle las gafas. Entonces buscó unos actores para que se disfrazaran y ocuparan su sitio y el de sus ayudantes.

Bowen soltó una serie de maldiciones y empezó a jugar con los dos relojes que llevaba en la cadena.

—Tal vez sea esa la explicación —reconoció.

—Sigo opinando que Savage es peor que un brujo —proclamó «Ham-hock» Piney.

AL llegar al yate, la cuadrilla subió a bordo en hosco silencio.

Dimiter Daikoff salió de la cocina a recibirles, con café y un poco del coñac favorito de «Relojes».

Sus atenciones no fueron recibidas de muy buen talante. «Relojes» le colmó de improperios, y el hombre que decía ser un patriota y no un asesino se retiró a un rincón del camarote y permaneció sentado, con los brazos cruzados y una expresión trágica en el semblante.

Bowen no hacía más que sacar un reloj tras otro del bolsillo y jugar con ellos.

—Tenemos que eliminar a ese Doc Savage —gruñó.

—Es cierto —asintió Ool—. Y precisamos ese dirigible. Hemos de conseguir las gafas también.

«Relojes» movió afirmativamente la cabeza.

—Es una faenita que me hace muy poca gracia; pero no hay más remedio que hacerla.

—Es mucho más peligroso intentar engañar a ese hombre que matarle —dijo Ool—. Le mataremos.

—Yo no tengo el menor deseo de tomar parte en la matanza —intercaló el negro.

Ool clavó su mirada en el hombre.

Todo el atrevimiento de éste desapareció.

—Es decir —agregó—, espero que podamos preparar un plan que no falle.

Bowen se metió los relojes en los bolsillos y su mano resbaló por la cadena del reloj.

—Tengo una idea —ronroneó.

Dando media vuelta, se dirigió al otro extremo del camarote, haciéndole una seña a Ool para que le siguiera.

Los dos hablaron en voz baja, juntos, durante unos minutos. Tuvieron buen cuidado de no alzar la voz. Ninguna palabra llegó a otro oído que no fuera el suyo.

Dimiter Daikoff seguía sentado al otro extremo del camarote, donde era imposible oír palabra alguna.

Pero veía divinamente.

Y tanto Bowen como Ool hubieran quedado enormemente

sorprendidos si hubiesen sabido que el hombre cuyos grandes ojos oscuros les miraban tan atentamente estaba haciendo servir la vista de oído.

Dimiter Daikoff estaba leyendo los labios de los dos hombres mientras hablaban.

Unas tres horas más tarde, en la fabulosa biblioteca de Doc Savage, Monk estaba paseándose como una fiera enjaulada.

Ham le estaba mirando con exagerada expresión de lástima. Hizo unos chasquidos con la lengua.

—No tiene imaginación —dijo—. No sabe qué hacer de sí mismo.

Monk soltó un resoplido de desprecio y pareció intentar pensar en una contestación apropiada, abandonó por fin la idea y se volvió a mirar a Doc Savage, que se hallaba ante un enorme planisferio.

Doc estaba estudiando las regiones árticas y trazando una línea con un lapicero de color. Muy cerca tenía una pila de periódicos atrasados. Llevaban noticias de la desaparecida expedición Lenderthorn.

La línea trazada en el planisferio indicaba la ruta seguida por dicha expedición, según relatos de los diarios.

—Doc —dijo Monk.

EL hombre de bronce alzó la cabeza.

—¿Qué?

—¿Dónde estuviste estas dos últimas horas? ¿Buscando esos periódicos?

Doc afirmó con la cabeza.

—Eso y procurando por otros medios averiguar qué significa todo esto —contestó.

—¿Tienes idea de lo que son esas gafas?

—Los cristales son muy raros —afirmó el gigante de bronce—. Parecen estar compuestos de un material parecido al cuarzo. Sin embargo, ese cuarzo (y no estoy muy seguro de que sea cuarzo) no es de formación natural. La estructura cristalina indica un origen artificial.

Monk se rascó las cerdas de la coronilla de su cilíndrica cabeza.

—Por lo menos sabemos que andan tras de nuestro dirigible —dijo—, aun cuando no sepamos por qué dan tanto valor a esas gafas ni qué se oculta detrás de todo lo ocurrido.

Doc volvió a concentrarse en el planisferio.

Monk sonrió al ver que dedicaba su atención a las longitudes árticas. Se subió el cuello de la chaqueta y fingió que se ponía a tiritar.

—Me da en los huesos —dijo—, que estamos a punto de emprender un viaje a la tierra del sol de medianoche.

Sonó un timbre, débilmente. Era una señal de que habría visita.

Cuando un ascensor se detenía en el piso ochenta y seis, se cerraba un contacto que daba el aviso.

El hombre de bronce oprimió un botón. Se oyó el zumbido de un mecanismo eléctrico y en una pared del cuarto se iluminó bruscamente una pantalla de cristal esmerilado, de televisión. Apareció una vista del pasillo.

Un guardia de uniforme bajaba del ascensor.

—Y ahora... ¿qué? —murmuró Monk—. ¿Es que anda la policía detrás de nosotros también?

—Espero que no será éste otro Gray Forestay —interpuso Long Tom.

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo abriré —dijo Monk.

El policía a quien Monk hizo pasar al cuarto, se quitó la gorra al saludarle Doc con un movimiento de cabeza.

El guardia parecía darse cuenta instintivamente que el hombre de bronce tenía derecho a un respeto especial. Era un sentimiento éste que compartían cuantos se habían encontrado cara a cara con Doc Savage.

—Yo soy el teniente O'Malley —dijo el hombre uniformado—. He sido destacado del departamento del jefe para un servicio especial. He venido a entrevistarme con Doc Savage.

—Este es Doc Savage —contestó Monk, haciendo un gesto en dirección al hombre de bronce.

—Ya lo sé —dijo O'Malley, mirando con franca admiración al otro.

—¿En qué podemos servirle? —inquirió Doc.

—Se trata de un puro formulismo. Estamos repasando todos los datos que poseemos del gangster Beery Hosmer, que pertenecía a la cuadrilla de «Relojes» Bowen. El supuesto asesino parece ser un fenómeno de feria, si son ciertas las descripciones que hemos

recibido de él. Cariblanco, ojos de color del agua, bigote dorado y pelusa en la cabeza. Así es como nos...

—Y... ¿por qué ha venido a verme a mí? —le interrumpió Doc.

—Hemos tenido noticias de que a ese hombre le han visto por su despacho.

Doc afirmó con la cabeza.

—Un hombre así vino a visitarme, en efecto.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Qué deseaba? —inquirió O'Malley, excitado.

—Este asunto es mucho más complicado de lo que parece a primera vista —dijo Doc—. Consiga usted que su jefe le dé hora, y discutiremos la cosa juntos.

El rostro de O'Malley se ensombreció. Era evidente que le hacía muy poca gracia la idea. Pero las palabras del hombre de bronce parecían definitivas.

Se encogió de hombros.

—Como usted guste —dijo.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. De pronto se detuvo y volvió la cabeza.

—Oiga —sonrió:— ¿me permitirá que use su teléfono para llamar a mi esposa? Me está haciendo una cena especial esta noche. Todo parece indicar que hoy llegaré tarde. Quiero que me la tenga caliente para cuando llegue.

Doc le indicó el aparato que tenía sobre la mesa.

—Ahí lo tiene.

O'Malley hizo girar el disco y marcó un número. Habló breves instantes referente a la cena.

Después de haber hablado, escuchó. Escuchó mucho más rato del que había hablado. Se oía en el auricular una voz chillona e irritada, O'Malley se retorció y pareció avergonzado.

Se metió la mano libre en el bolsillo del pantalón y volvió a sacarla.

Por fin colgó el auricular con un gesto de ira. El auricular no dio en el gancho y cayó sobre la mesa. Alargó la mano derecha para recogerlo.

Lo asió por la horquilla, lo colocó sobre el gancho y se apartó de la mesa.

—¡Vaya mujer! —exclamó, colorado—. Me ha dicho que si no llego a casa a la hora, que me fastidie y coma la cena fría.

Cuando hubo salido el policía, Doc dijo:

—Monk, síguele.

—¿Que siga a ese guardia? —exclamó Monk, sorprendido.

—Sí; y vuelve a decirme todo lo que le hayas visto hacer.

Cogiendo el ascensor de gran velocidad de Doc, Monk llegó al vestíbulo antes que el policía. Siguió a O'Malley por la avenida, que estaba llena de peatones.

O'Malley andaba aprisa, casi corría. Recorrió media manzana nada mas, entró en un estanco y se dirigió al fondo, donde había varias cabinas de teléfono.

Salió un hombre de una de ellas. O'Malley entró.

Monk tuvo un sobresalto de sorpresa al reconocer al que había salido: era «Relojes» Bowen.

Le reconoció enseguida, a pesar de no haberle visto más que bajo el disfraz de Gray Forestay.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó monedas. Dejó caer una sobre el mostrador y cogió un periódico, lo abrió y lo alzó delante de su rostro, avanzando hacia las cabinas como hombre enfrascado en las noticias del día.

Se detuvo junto a la cabina contigua a la ocupada por el guardia; pero había alguien. Vió al que estaba dentro por el cristal de la puerta. Era el misterioso hombre de la piel de nácar, que llevaba la muerte en la mano derecha: Ool.

Había sido intención de Monk meterse en la cabina y escuchar la conversación de O'Malley.

En vista de que aquella cabina estaba ocupada, se dirigió a la del otro lado.

Tuvo que pasar tan cerca de «Relojes» que casi rozó de codos con el gangster.

Monk hizo un mohin de disgusto al ver que su plan de sorprender la conversación telefónica del policía estaba destinado a fracasar. La cabina del otro lado estaba ocupada también.

Echó una rápida mirada al ocupante. Era un hombre pequeño e inofensivo al parecer. Una venda que le cubría la cabeza y la frente le daba un aspecto más inofensivo todavía.

Era <Honey> Hamilton, aun cuando, como es natural, Monk

no tenía medio de saberlo.

Monk siguió adelante, con la intención de meterse en cualquiera de las otras cabinas y telefonear a Doc pidiéndole refuerzos. Pero jamás llegó a hacer la llamada.

Sintió una brusca presión en la espalda. Una voz ronroneó:

—Poco a poco, amigo. ¡Cuidado, que ha venido usted a meterse en malas compañías!

Monk se quedó inmóvil, sin decir una palabra, política que consideraba excelente cuando se tenía el cañón de una pistola pegado a la espalda.

—¡Conque siguió usted hasta aquí a nuestro falso guardia! —exclamó Bowen—. Son ustedes la mar de listos, ¿verdad?

Monk no replicó.

«Relojes» rió con extraordinaria melosidad y dijo:

—Bien; usted quería enterarse de las cosas. Aplique el oído contra esa cabina.

Monk retrocedió, con el cañón de la pistola apretado contra la espalda.

«Relojes» se echó a reír.

—Esto es demasiado bueno para callarlo —dijo—. Voy a dejar que se entere de lo que va a pasar. Nuestro guardia de pega va a llamar por teléfono a Savage. Y cuando Savage conteste a la llamada, será el último momento de su vida.

—¿Huh? —gruñó Monk, sobresaltado por la seguridad con que hablaba el otro.

—¿Estaba usted en el despacho de Savage cuando anduvo el «policía» O'Malley con el teléfono?

—Claro que sí.

<Relojes> sonrió.

—El «teniente» O'Malley untó veneno con el pulgar en la boquilla del teléfono.

—¿Huh? —volvió a decir Monk.

—Un veneno bastante raro. Uno que se vaporiza —en cuanto lo humedece el aliento. ¡El gas que se forma, mata!

—¡Eh, escuche! —exclamó Monk, alarmado de pronto.

El cañón de la pistola le dio un empujón en la espalda.

—¡Escucha tú, mico! ¡Nada más! ¡Has llegado justamente, a tiempo!

Monk escuchó, sufriendo todas las torturas de los condenados. Se oyó el ruido del disco, al marcar el falso policía el número de Doc Savage.

Monk sabía que, si el propio Doc no contestaba, le llamarían al teléfono. Era difícil que fallara el golpe.

Hubo un intervalo de silencio dentro de la cabina. Luego el falso policía habló:

—Oiga… ¿es Doc Savage?

Monk, el feísimo y fiel Monk, hizo una cosa magnífica. No tuvo él la culpa de que fuera inútil.

Tiempo ha se reconoce que la cosa más grande que puede hacer un hombre es dar la vida por su prójimo, Monk hizo todo lo posible por dar la suya, en aquel momento.

Sólo podía hacer una cosa. Con aquella pistola pegada a la espalda, sólo podía gritar, ponerle sobre aviso a Doc, mediante el rugido de su estentórea voz… y por la detonación de la pistola del gangster cuando le cerrara la boca de un tiro.

Monk abrió la boca para gritar. No fue culpa suya de que no saliera sonido alguno.

Antes de que pudiera emitir un murmullo siquiera, el cañón de una pistola ametralladora le dio en la sien y le derribó.

«Honey» Hamilton, comprendiendo la situación del hirsuto químico, había salido de la cabina telefónica en que se encontraba y descargado aquel golpe.

El hombrecillo volvió a retirarse al interior de la cabina como caracol que se mete en su coraza. Hizo como si estuviera hablando por teléfono.

La caída de Monk no podía menos de llamar la atención. Acudieron varios hombres del mostrador del estanco.

«Relojes» se guardó la pistola y se inclinó sobre Monk, muy solicito, al parecer.

—Ayúdeme a levantarle, ¿quiere? —le dijo al primer dependiente que se acercó.

El hombre se inclinó para ayudarle.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Se ha desmayado. Es propenso a esas cosas.

—¡Fíjese en la sangre! —exclamó el dependiente—. ¡Se ha dado un golpe en la cabeza al caer!

—Me temo que sí —dijo «Relojes» haciendo un chasquido con la lengua y simulando un gesto de preocupación.

—Más vale que llamemos a un médico.

—Yo —dijo Bowen, con voz levemente autoritaria—, soy su médico. Ayúdenme ustedes. Le meteremos en mi coche.

Colocaron a Monk en el coche. «Relojes» se marchó con él.

En la cabina telefónica, la conversación del falso policía con Doc Savage se había desarrollado de acuerdo con el plan convenido.

—Soy O'Malley —dijo.

—Reconozco su voz —replicó Doc.

—¿Tiene la bondad de acercar la boca un poco más? —suplicó el gangster—. No se oye muy bien.

Doc Savage alzó la voz.

—Sigo sin poderle oír —mintió el gangster—. Tal vez, si se acercara un poco más al aparato…

—¿Y ahora? —Las palabras de Doc eran confusas, como si tuviese la boca pegada al aparato.

—Así oigo mejor. Bueno, pues en lo que se refiere al asesinato de «Beery» Hosmer… Hay un par de detalles que olvidé.

Siguió hablando, discutiendo varios aspectos del asunto.

De pronto oyó un golpe, algo así como el que hubiera producido un teléfono al caerse. El hombre de uniforme interrumpió su monólogo y gritó, con voz aguda:

—¡Doc Savage!

No obtuvo contestación.

—¡Doc Savage! —repitió.

Le contestó el silencio. Luego se oyeron gritos excitados y ruido de hombres que se movían rápidamente en el despacho de Doc.

Por último se oyó un grito ronco y lleno de horror.

—¡Está muerto! —aulló una voz—. ¡Doc Savage está muerto!

El falso policía colgó apresuradamente el auricular y salió de la cabina. Ool salió de la contigua.

—¿Tuvo éxito? —preguntó.

—Vaya sí lo tuvo —sonrió el otro.

CAPÍTULO IX

LA BOMBILLA MORTAL

ANTES de haber transcurrido una hora, «Relojes» Bowen se hallaba de vuelta en la embarcación con Monk, que aún no había recobrado el conocimiento.

Buscó a su alrededor, irritado, a Dimiter Daikoff.

—¿Dónde está el patriota? —le preguntó a <Ham-hock> Piney.

El obeso negro se encogió de hombros.

—No lo sé, jefe.

El hombre de la cicatriz llegó unos momentos más tarde.

¿Dónde estaba usted? —rugió «Relojes».

—Salí a tomar un poco el fresco —contestó Daikoff, sombrío.

—Bueno, pues pruebe a ver si puede hacer que le circule un poco el aire por dentro a éste —dijo «Relojes», señalando a Monk.

El hombre —moreno frunció el entrecejo y su semblante reflejó ferocidad.

Dijo:

—La violencia no me gusta, salvo contra los traidores y los enemigos políticos.

«Relojes» le miró con frialdad.

—Puede usted llamar a ese tipo enemigo político nuestro. Dejó usted muy bien a «Honey» Hamilton. A ver si puede hacer otro tanto con éste.

Daikoff se cuadró, hizo una reverencia y se puso a cuidar a Monk.

«Relojes» sacó una botella de su coñac de ochenta años y se sirvió él mismo de beber. Ool, «Honey» Hamilton y el falso policía llegaron unos minutos después.

EL rostro de Ool estaba tan desprovisto de expresión como de

costumbre; Pero las facciones de querubín de «Honey» brillaban de satisfacción.

—¿Qué noticias hay? —preguntó «Relojes»—. ¿Salió bien?

—Cuéntelo usted, Ool —suspiró «Honey».

—Doc Savage —anunció Ool—, está muerto.

—¿Estás seguro?

—Conozco mis venenos —respondió Ool.

—Este, en mi tierra, se conoce con el nombre de ssll —yto—tnng, que significa: «el veneno que no puede fallar».

—No cabe la menor duda de que ha muerto —aseguró O'Malley—. Oí aullar a sus ayudantes gritando que había muerto.

«Relojes» suspiró profundamente y alargó la mano hacia el coñac.

—Conque Savage está fuera del paso… ¡No me entran ni pizca de ganas de llorar! Ool, eres lo bastante listo para ser presidente de Norteamérica.

Ool movió afirmativamente la cabeza.

—Ya he pensado en eso. Tal vez lo sea.

«Relojes» se le quedó mirando, boquiabierto.

—¡Hombre! ¡Qué me…!

—¿Quién —inquirió Ool—, podría impedírmelo?

—Seguro —asintió Bowen, con un extraño brillo en los ojos—. Me dejaste parado de momento por la tranquilidad con que lo dijiste…

—No es demasiado esperar —prosiguió Ool.

—Claro… Claro que no —dijo Bowen, lentamente—. Si logramos lo que pretendemos… ¡qué rayos! ¡Cualquier cosa será posible!

Apuró la copa con temblorosa mano.

—Tu mano —dijo Ool—, tiembla.

«Relojes» profirió una blasfemia.

—También temblarías tú, si fueses medio humano siquiera. Cuando pienso en lo que podremos hacer si todo esto sale bien…

Alargó la mano para echar otro trago.

—Ahora que Doc Savage está fuera del paso —dijo Ool—, no tenemos más que apropiarnos del dirigible… y las gafas… y marcharnos, ¿No es cierto?

Sonaron cinco golpes secos en la puerta. Parecían insistentes.

—Es la señal de <Squirrel> —dijo «Relojes»—. Suena como si

estuviese preocupado por algo. Abrele, «Ham-hock».

El negro abrió la puerta y «Squirrel» entró como un torbellino.

—¡«Relojes»! —gritó—. ¡He visto a Doc Savage y...!

—¿Cuándo? —le interrumpió Bowen.

—¡Después de la hora en que suponíamos que le había matado ese veneno!

—¿Dónde?

—He estado vigilando su casa, como me dijiste. Salió y le seguí. Se metió en Telégrafos y mandó unos radiogramas.

—¿Radiogramas?

—Sí.

—¿A quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo? No podía entrar y verlo.

«Relojes» dio un tirón a su cadena.

—Consígueme una copia de esos radiogramas. Asalta la estafeta ó vuélala con dinamita o haz lo que te dé la gana. Pero... ¡tráemelos!

La mano derecha de Ool flotó en dirección a «Squirrel» como la cabeza de una serpiente. Su voz opaca dijo, ominosa:

—Si no eres más afortunado con los radiogramas de lo que fuiste con las gafas...

No acabó la frase.

«Squirrel» Dorgan se estremeció.

—Hice todo lo que pude —murmuró.

Y salió apresuradamente.

«Relojes» se volvió a Ool, frunciendo el entrecejo.

—¡El veneno que nunca falla! —empezó a decir, con sarcasmo.

Ool le impuso silencio con un movimiento de la mano derecha.

—No fue el veneno lo que falló —dijo—. Fueron esos estúpidos hombres tuyos.

O'Malley protestó, desesperado:

—¡Yo unté ese veneno en la boquilla del teléfono!

«Relojes» dijo, con aspereza:

—Ha habido falla en alguna parte.

«Ham-hock» hizo girar sus ojos.

—Sí, señor, y la forma en que las cosas salieron cuando fuimos a tomar las gafas... Yo hice lo posible por cogerlas; pero no estaban allí, aunque las estaba yo viendo.

La voz de Ool intervino.

—Hay otro veneno de mi país, hermane gemelo de este que ha fracasado. Llamamos a estos dos venenos los «hermanos gemelos». El que ha fracasado se volatiliza con la humedad. El otro se convierte en mortífero gas mediante la aplicación del calor. Prepararé este último.

El asesino hizo una pausa.

—Propongo —prosiguió—, que seas tú, personalmente, <Relojes>, quien se encargue de que Doc Savage trabe conocimiento con el hermano gemelo. No queremos fracasar otra vez.

—Ya me encargaré yo de las presentaciones, no te preocupes —respondió «Relojes», con mueca siniestra.

Sacó, distraído, un reloj de la manga. Evidentemente, tenía allí un bolsillo especial. El reloj era muy grande, de plata, y tenía aspecto de ser antiguo.

Bowen lo miró, pareció darse cuenta de su existencia por primera vez y se lo volvió a guardar apresuradamente.

Una voz profunda y melancólica preguntó:

—¿Hace el favor de decirme la hora que es, señor Bowen?

El interpelado se volvió bruscamente, con sobresalto. No le había oído acercarse a Dimiter Daikoff.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Ese es un buen procedimiento para que le den una inyección de plomo!... Eso de acercarse a mí por detrás de esa manera...

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar Daikoff, sin inmutarse.

—Ese reloj no señala horas —gruñó el gángster—. Algunos de mis relojes marcan el tiempo... otros los llevo por distintos motivos. (Alzó la muñeca para que Daikoff pudiera ver uno de sus relojes de pulsera). Este funciona.

—Gracias —dijo Daikoff.

Dio media vuelta y se alejó. A pesar de ir encorvado y cojeando, parecía enorme. Parecía, estar rodeado de un aura de energía.

—¿Cómo marcha el paciente? —le preguntó «Relojes».

Daikoff se detuvo.

—¿Se refiere al hombre que parece un mono grande? ¿EL que parece haber recibido un golpe en la cabeza?

—Seguro. ¿La diñará?

—Es demasiado pronto para poderlo saber. Ha de permanecer tranquilo un rato.

A primera hora de la noche <Squirrel> volvió al yate y le entregó a «Relojes» las copias de cuatro radiogramas.

—Estos son los qué mandó Doc Savage —dijo—. Me limité a entrar en la estafeta, le enseñé al oficial el cañón de la pistola y se los hice escupir.

«Relojes» miró rápidamente los mensajes. Luego se puso a maldecir y llamó a Ool.

La mano de éste, al leer los radiogramas, empezó a revolotear instintivamente. Pero lo único que dijo fue:

—No tenemos tiempo que perder.

—¡Acabaremos con él esta noche! —aseguró el gangster, con aspereza—. Y no hablo por hablar.

Uno de los radiogramas iba dirigido al destacamento de la Real Policía Montada del Canadá, estacionado en Aklavik, junto al río Mackenzie, en la costa del Ártico.

Los otros tres a las autoridades norteamericanas de las colonias de Alaska y de las islas Aleutas. EL texto de los cuatro radiogramas era el mismo:

< <AGRADECERÉ toda información posible relacionada con expedición Gray Forestay o cualquier otra expedición que haya pasado por su territorio durante los últimos seis meses. ¿Sabrán ustedes algo de un hombre, de cara encogida, piel anormalmente blanca, cabello dorado, muy fino, alto, huesudo, sorprendentemente fuerte, que tiene una voz plana cuando habla inglés y al que tal vez se le conozca por el nombre de Ool? Esta información es urgentísima.

Clark Savage, hijo. > >

—Sí —gruñó «Relojes», después de leer los mensajes otra vez:— tenemos que acabar con él antes de que reciba noticias de ti, Ool.

Poco después de las diez, aquella noche, Doc Savage y sus cuatro ayudantes se hallaban reunidos en el recibidor de la casa del piso ochenta y seis.

Aguardaban con impaciencia, hablando poco, excepción hecha de Renny, que miraba el teléfono de vez en cuando.

—¿Cómo te enteraste de la presencia de ese veneno, Doc? —preguntó—. Era incoloro y no parecía mojado, como un líquido.

—¿Vigilaste al supuesto policía O'Malley cuando estuvo aquí? —

inquirió Doc.

—Sí.

—No fue muy hábil cuando hizo toda aquella comedia con el aparato. Eso me hizo desconfiar. Sólo se me ocurría una cosa que podía haber estado haciendo. Conque, inmediatamente después de su marcha, desconecté ese aparato y puse otro en su lugar.

En aquel momento sonó el teléfono. EL hombre de bronce se puso en pie.

—¡Voto a tal! —exclamó Renny, con inquietud—. ¡Ten cuidado! ¡Tal vez hayan untado esa boquilla de veneno también!

Era de ver que Doc se mantenía bien alejado del instrumento al contestar.

Una voz chillona hablaba.

—Escuche, amigo —decía—. Yo ya sé con quién hablo, ¿comprende? Reconozco su voz. Y eso no es todo lo que sé, por añadidura.

—Muy interesante —respondió Doc, sin el menor dejo de emoción.

—<Beery> Hosmer era íntimo amigo mío —prosiguió la voz—. Le hicieron una canallada, ¿comprende? No se merecía él eso. Conque voy a vengarme del que lo hizo.

—Está bien —dijo Doc, con brusquedad:— ¿Quién es usted? ¿Qué sabe?

—¿Usted cree que soy primo? —contestó la voz—. A uno como yo le llueven las complicaciones encima. Conque no pienso dar nombres. Pero usted vaya al tinglado ese que la Comercial Hidalgo tiene a orillas del Hudson. Busque un automóvil verde, ¿comprende?

—¿Cómo ha conseguido usted esa información? —preguntó Doc.

Pero el otro ya había colgado el aparato.

Eran las diez y media de la noche cuando Doc Savage y sus cuatro ayudantes se acercaron al hangar del muelle. El coche en que iban se movía con el mismo silencio de un ascensor eléctrico. El hombre de bronce iba al volante.

Ham, Renny, Long Tom y Johnny estaban todos un poco tristes por la ausencia de Monk. El hecho de que Doc no pareciera preocupado no les animaba gran cosa, ya que éste rara vez exteriorizaba sus sentimientos.

Ham intentó animarse a sí mismo.

—Después de todo, Monk rara vez se mete en un atolladero del que no pueda salir.

—Sí —dijo Renny:— Monk saldrá bien, no te apures. Lo que a mí me preocupa es la llamada esa del tipo que dice ser amigo de <Beery> Hosmer.

—En efecto —asintió Long Tom— huele emboscada a la legua.

El coche siguió avanzando silenciosamente. El motor, perfectamente equilibrado, eliminaba casi por completo la vibración, y la experta manera en que estaba construida la carrocería impedía que hubiese chirridos.

Una de las características del coche eran los guardabarros de acero cromado, capaces de soportar violentísimos choques.

La voz de Long Tom exclamó:

—¡Ahí hay un coche verde!

El coche verde, que era grande, se hallaba una manzana más allá, parado junto a un farol.

Se asomó un hombre, miró hacia atrás y luego se volvió rápidamente para dar instrucciones al conductor, al parecer.

—¡Es ese canalla de Ool! —gritó Long Tom.

—Nos pararemos a su lado —empezó a decir Renny—, y... no, no lo haremos...

El coche verde se apartó de la acera y empezó a coger velocidad. A los pocos segundos excedía el límite de velocidad permitido por la ley.

Doc dio más gas. Su automóvil cogió velocidad también, silenciosamente.

La distancia entre ambos vehículos fue haciéndose más pequeña.

El coche verde empezó a pasar como un cohete entre el tráfico nocturno. No necesitaba sirena para que le cedieran el paso. El ruido de su escape era suficiente.

Repercutía en la noche con un tronar que hubiera ahogado el sonido de la sirena de alarma de los bomberos. Los taxis corrían hacia el bordillo; los peatones se apartaban contra las fachadas de los establecimientos.

Aun cuando seguía muy de cerca al otro, el automóvil de Doc seguía avanzando casi en silencio.

Renny agitó su pistola super —ametralladora.

—¿Les largo unas cuantas píldoras? —preguntó.

Doc negó con un movimiento de cabeza.

—¡Viaja demasiado aprisa! —contestó.

Dio más gas, y más. Su coche llegó al nivel del otro. Su intención era, evidentemente, pasar por delante del coche verde y empujarlo hacia el bordillo.

Pero el otro automóvil también era capaz de desarrollar buena velocidad.

El conductor hizo fracasar la maniobra de Doc, dando a su vehículo un aumento de velocidad igual a la conseguida por el hombre de bronce.

Luces blancas, verdes y encarnadas pasaron como centellas.

Doc, comentó:

—Tienen un motor magnífico en ese coche.

—¡Aguarda a que lleguemos a carretera abierta! —exclamó Johnny, usando palabras cortas en su excitación.

En espera de violenta acción, sacó el monóculo, lo envolvió en un pañuelo para protegerlo contra una posible rotura y volvió a metérselo en el bolsillo.

El monóculo no era una muestra de afectación en él. En el pasado, antes de que Doc Savage hubiese ejercitado en él con extraordinaria habilidad como cirujano para devolverle la vista al ojo izquierdo, que le había quedado medio inutilizado durante la guerra europea, Johnny había usado lentes, llevando un cristal de aumento en el ojo izquierdo. Cuando ya no tuvo necesidad de lentes, insistió en que necesitaba la lupa para su trabajo, y seguía llevándola en el monóculo.

De pronto, el aire delante del automóvil de Doc se llenó de humo. Los rayos de los portentosos faros quedaron absorbidos tan por completo como los rayos del sol tras nubes de tempestad.

El conductor del vehículo verde estaba tendiendo una cortina de humo, con ayuda de su escape, en la manera ideada hace años por criminales ingeniosos.

El coche de Doc viajaba a ciegas a cerca de cien millas por hora.

El hombre de bronce metió una mano debajo del salpicadero y tocó uno de los interruptores que había allí. Luego sacó una especie de toscas gafas.

Miró por ellas.

Se había obrado un cambio fantástico. El palio de negro humo parecía haberse imbuido de luz. Un profano hubiera creído aquello obra de magia; pero un ingeniero electricista se hubiera limitado a sorprenderse de la eficacia del aparato proyector de rayos invisibles, infrarrojos, que tenían la virtud de penetrar humo y niebla en alto grado.

Las gafas, muy ingeniosas, cuyo objeto era hacer visibles los rayos infrarrojos, hubieran resultado aún más interesantes para un ingeniero electricista.

—¡Cuidado! —gritó Renny, de pronto.

Inmediatamente delante, cruzado en la carretera, había un camión abandonado. Alguien que trabajaba en combinación con el conductor del coche verde había colocado el camión allí, creyendo que Doc no lo vería con el humo y se estrellaría contra él.

Los neumáticos chirriaron sobre la acera al desviar Doc el sedán para no tropezar con la obstrucción. Ningún coche corriente hubiese podido conseguirlo.

Patinaron alarmantemente, saltando el bordillo. Se oyó el golpe fuerte de metal. Habían resbalado contra la pared.

Cayó una lluvia de polvo de ladrillo. El vehículo se tambaleó y casi zozobró. Luego volvió al arroyo, mas allá del camión.

—¡Voto a tal! —exclamó Renny.

Johnny parpadeó rápidamente.

—Emito una exclamación análoga —dijo.

Los dos automóviles se hallaban ya lejos de la zona de luces reguladoras del tráfico. El sedán de Doc fue aproximándose a la parte de atrás del otro coche.

A la terrible velocidad que llevaban, los postes del teléfono eran así como las estacas de una valla.

El automóvil verde se tambaleaba mucho, pero el coche científicamente distribuido de Doc avanzaba sin la menor oscilación.

Las musculosas manos de Doc movieron el volante. El coche dio la vuelta al otro verde y se situó al mismo nivel. Era evidente que tenía la intención de irle empujando hacia un lado, para obligarle a pararse.

Una pistola ametralladora asomó por la portezuela del automóvil verde, y una ráfaga de balas se estrelló, inútilmente,

contra las planchas de acero y el cristal de seguridad del vehículo de Doc.

Hallándose los dos coches al mismo nivel, Doc y sus hombres podían ver a sus adversarios.

—¡Eh! ¡Ese no es Ool! —exclamó Long Tom—. ¡Le han enyesado la cara a uno para que se le parezca!

—No es fácil que Ool arriesgara el cuello con un conductor como ése —advirtió Doc.

—Pues, entonces, ¿qué…?

Long Tom jamás acabó la frase.

Hubo un golpe, un zigzagueo aterrador, un movimiento alocado de luces en la noche al chocar los dos coches y dar uno de ellos dos vueltas, de campana y rodar como un barril por la carretera, saltar la cuneta, atravesar un seto y parar en un campo arado.

El temerario conductor del coche verde había intentado empujar al otro vehículo de la carretera.

Le salió el tiro por la culata. El hombre no había tenido en cuenta los guardabarros reforzados de Doc. Era su propio coche el que había volcado.

El automóvil de Doc seguía en la carretera. Hacía eses, pero no peligrosas.

Doc aplicó los frenos, cortó los faros y se detuvo en seco.

Lo que hizo entonces fue sorprendente.

—Ponte tú al volante, Ham —dijo—. Llévate el coche a la ciudad otra vez. Tendrás noticias mías en el despacho.

Abrió la portezuela, saltó al suelo, cruzó la carretera y desapareció en las sombras de un alto seto.

Ham vaciló, luego marchó, llevándose a Long Tom, Johnny y Renny, que estaban intrigadísimos y disgustados.

En el lugar del suceso, Doc comprobó que conductor y pistolero estaban muertos.

Estaba examinando los cadáveres cuando un zumbido rítmico singular le hirió el oído. Alzó la cabeza.

Destacado contra el firmamento vió claramente un enorme bulto que parecía al principio un pajarón con extrañas alas en movimiento. Mientras lo miraba, ese objeto descendió. Era un autogiro.

Doc pareció tener un ataque de energía y apenas le dio tiempo a

llegar a las sombras de un bosquecillo cuando se oyó el tableteo y empezaron a rebotar contra el suelo balas de ametralladora.

Doc no llevaba ninguna de aquellas pistolas super — ametralladoras en que tanta confianza tenían sus hombres.

Prefería depender para su defensa de su ingenio y de los dispositivos científicos que llevaba en los bolsillos de un chaleco especialmente confeccionado con ese fin.

Como quiera que el autogiro no volaba lo bastante bajo para que pudiera tomar medidas eficaces contra él, se conformó con esquivar las ráfagas de ametralladora.

Las balas taladraron repetidas veces hojas y ramas, trazando un dibujo de muerte, pero el hombre de bronce logró mantenerse fuera de su alcance.

Después de unos minutos de disparar en vano, el autogiro se alzó y se dirigió hacia el oeste, volando bajo aún.

No más de dos minutos después, Doc lo vió estacionarse y luego aterrizar casi verticalmente.

Abandonando su refugio, corrió hacia el lugar en que el aparato había tomado tierra. La distancia no era muy grande y, por fin, dio con el paradero de la extraña aeronave.

El aparato había aterrizado en un prado de un valle no muy profundo y bastante próximo a la carretera. Había una casa cerca. Doc se acercó, cauteloso. La luna agregaba su luz a la que proyectaban las estrellas.

Oyó maldecir a un hombre. Luego su propio nombre ¡Doc Savage! Fue pronunciado con evidente alarma Se abrió una ventana en la granja.

Salió corriendo un hombre, y otro se unió a él, fuera. Ambos echaron a correr por el prado, en dirección al autogiro.

De pronto uno de ellos se detuvo, cogió al otro del brazo y tiró de él en dirección opuesta.

—¡Guía! —dijo éste—. ¡No podemos aterrizar con el autogiro donde queremos ir! ¡Al diablo con él! ¡Tomaremos el coche!

Los hombres salieron corriendo a la carretera. Doc, que los siguió, oyó el ruido del arranque eléctrico. Luego rasgó el silencio el zumbido de un motor y el sonido de engranajes al ponerse el vehículo en movimiento.

Los faros se encendieron. Doc reconoció a los dos hombres. ¡Ool

y «Relojes» Bowen!

El coche se puso en marcha y desapareció.

Después de asegurarse de que estaba solo, Doc Savage corrió hacia el autogiro. Lo examinó cuidadosamente. Dedicó especial atención a los mandos.

Encontró una bomba sujeta al arranque de tal suerte, que hubiera estallado a la primera revolución. La bomba explicaba la comedia que los dos hombres habían representado.

Su intención había sido ver si conseguían que Doc emprendiera la persecución del coche en el autogiro. Se trataba de una simple intentona más.

Entró en la casa y empezó un registro de los cuartos. Parecía la casa de un modesto granjero, desierta ya, y que, a juzgar por las cosas por allí tiradas, era empleada como escondite, a veces por Bowen y su cuadrilla.

El haz luminoso de su lámpara de bolsillo se metió por todos los rincones.

En el cuarto donde había visto apagarse la luz, los papeles tirados por el suelo y por la vieja mesa, de escritorio hacían parecer como si los criminales, en su prisa por huir, se hubieran visto obligados a abandonar una serie de documentos.

Doc recogió uno de los papeles del suelo. La luz de la lámpara de bolsillo iluminó una mesa de calculo y escritura.

Recogió todos los papeles del suelo y los puso sobre la mesa. Había una lámpara sobre ésta, con bombilla y todo. Evidentemente, aquella granja tenía instalación generadora de electricidad.

Para mayor conveniencia apagó su lámpara de bolsillo y encendió la otra.

Era una bombilla de poca potencia, muy esmerilada al parecer.

Doc se inclinó muy cerca de la luz mientras seleccionaba los papeles. Tan abstraído estaba en su tarea, que no vió el leve vapor que empezó a despedir la bombilla al irse calentando.

Pero al fin se fijó en él. Alargó el brazo. Rompió la bombilla con los dedos. Pero el gas se había desprendido ya.

El hombre de bronce dio dos pasos, tambaleándose, luego rodó por el suelo, donde quedó inmóvil.

CAPÍTULO X

EL PATRIOTA DESENMASCARADO

OOL y «Relojes» no se dirigieron a la ciudad cuando abandonaron la granja.

Se limitaron a dirigirse a un camino vecinal desde donde, una vez abandonado el coche, volvieron a pie hacia la granja, llegando a tiempo para ver, desde lejos, cómo encendía Doc Savage la lámpara de la mesa.

Cuando oyeron el golpe de su cuerpo al dar en el suelo, entraron corriendo.

Miraron, con triunfo, al hombre que yacía en el suelo.

—El segundo de los «hermanos gemelos» acabó con él —dijo Ool, con su voz de costumbre.

La voz de «Relojes» era áspera.

—Después de esta, Ool —dijo—, voto por ti y por tus venenos de fantasía. Cuando ese imbécil de conductor del coche verde se mató, estaba yo ya casi por darme por vencido.

«Relojes» recogió los papeles particulares suyos que habían servido de cebo. Luego se acercó al cuerpo de Doc Savage.

—Saquémosle al coche —propuso.

Juntos se inclinaron sobre el pesado cuerpo del hombre de bronce.

Ni Ool ni «Relojes» hubieran podido describir con exactitud lo que ocurrió después. Experimentaron la sensación de pesadilla de que el techo se les había hundido encima y de que un ciclón se había metido en el cuarto.

Vagamente, como es natural, se dieron cuenta de que Doc Savage no estaba muerto. Los músculos del gigante, relajados en aparente impotencia, habíanse puesto bruscamente en tensión.

Tanto Ool como «Relojes» eran hombres fuertes; pero quedaron impotentes en cuanto una mano metálica les hubo asido a cada uno de ellos por la garganta.

Su sangre pareció volverse agria; sus músculos se quedaron como trapos; los ojos empezaron a desorbitarse en sus congestionados semblantes y empezó a salírseles la lengua.

Doc, con un movimiento inesperado, hizo que chocaran las dos cabezas.

Ambos perdieron el conocimiento.

Registrándoles, les quitó todas las armas. Luego dedicó un buen rato a examinar la mano derecha de Ool, la mano que el misterioso hombre jamás parecía poder tener quieta.

No encontró nada anormal en ella.

Arrastró a los dos hombres hacia el autogiro y quitó la bomba del mecanismo de arranque.

Voló con sus dos cautivos hasta la ciudad aterrizando en un solar próximo a su hangar del muelle. Cogió un coche cerrado de detrás de la estructura y metió dentro a los dos.

En el piso del rascacielos, Ham y Johnny, Long Tom y Renny se quedaron boquiabiertos al ver salir a Doc de su ascensor particular con sus dos prisioneros a remolque. Dejó caer los dos cuerpos en el suelo.

Long Tom fue el primero en hablar.

—Has aprovechado bien la noche, Doc —dijo.

—Esperemos que ya no quedará nada que hacer mas que el interrogatorio —contestó el aludido.

Renny le entregó un puñado de radiogramas.

—Han venido éstos en contestación a los que tú mandaste al Norte —dijo—. Nos dan una base para cuando empecemos a interrogar a estos dos.

Los mensajes eran muy largos y coincidían en un punto: que ninguna expedición más que la Lenderthorn había abandonado la costa americana del Ártico durante los últimos meses.

Uno de los mensajes contenía una sorpresa. Describía a los miembros de la expedición Lenderthorn. Estos eran inconfundibles.

El explorador Lenderthorn era el propio <Relojes> Bowen. Su lugarteniente era un hombre cuya descripción concordaba exactamente con la de Ool.

La expedición había partido en aeroplano, y no se había vuelto a saber de ella.

Un radiograma procedente de Point Barroca, situado en la costa norte de Alaska, contenía nuevos detalles acerca de Ool.

El extraño hombre de la piel blanca, según dicho mensaje, había llegado misteriosamente al poblado algunos meses antes.

Ool llevaba unas extrañas gafas negras. Había obrado de una forma singular, no pareciendo tener la menor idea de cómo era la vida moderna.

Tampoco hablaba idioma alguno inteligible. Pero durante el corto tiempo que había permanecido allí aprendió idioma y costumbres con una rapidez asombrosa.

Se había negado a decir gran cosa de sí, salvo que acababa de llegar de los hielos, cosa evidentemente falsa, puesto que se consideraba una imposibilidad. Había desaparecido del poblado tan misteriosamente como se presentara.

Varias muertes ocurridas entre la población esquimal habían sido achacadas a Ool; pero esto se creía una superstición de los esquimales, puesto que no se pudo obtener prueba alguna de la culpabilidad de Ool.

Todas las muertes se habían caracterizado por una severa inflamación localizada.

No se había llevado a cabo autopsia alguna, achacando las autoridades la muerte a una infección perniciosa o un simple envenenamiento de la sangre.

Renny se golpeó los enormes puños sin cesar.

—¿Qué te parece si hiciéramos un viaje, Doc, a...

—... los hielos polares? —siguió Long Tom—. Podemos usar...

—... el nuevo dirigible —agregó Ham.

—Con el específico fin —acabó Johnny—, de investigar el misterioso origen de cierto maligno malhechor adornado de hirsuta dorada excrescencia y para investigar el enigma de ciertas gafas... y supuestos seres misteriosos.

—¡Ham!... ¡Salta! —ordenó, bruscamente, Doc.

Ham saltó repentinamente, sin discutir. Saltó un metro en el aire.

Ool le asió del tobillo a la altura de medio metro.

Ham cayó violentamente cuan largo era, escapándosele el bastón

de entre las manos. Dio un puntapié, pero no pudo deshacerse del hombre.

—¡Cuidado, Ham! —ordenó Doc—. ¡No te muevas!

Ham se inmovilizó.

Ool habló.

—Ha hecho usted bien en ordenarle que se esté quieto —dijo, en su monótona voz—. Ahora escúcheme. Ya ha tenido pruebas de mi fuerza. No me he quedado sin conocimiento tanto rato como éste.

Señaló el exánime cuerpo de «Relojes» Bowen.

—Podría hacer —prosiguió, sepulcralmente—, una exhibición más mortífera de mis poderes. Si hubiera alargado mi mano derecha hacia su ayudante, en lugar de la izquierda, estaría muerto ya. Conque no intente ninguna treta, hombre de bronce. Podría matarme a mí, sí; pero no antes de que yo hubiese matado a su ayudante.

—¿Que desea usted? —inquirió, serenamente, Doc.

—Primero, las gafas.

Sin más discusión, Doc entró en el laboratorio y volvió con las gafas. Se las echó a Ool.

—Tiene usted discernimiento —dijo éste—. Es una lástima que no sea usted mi socio, en lugar de «Relojes» Bowen.

—¿Qué más desea?

—Huir... he ahí todo. No soy avaro. Podría hacer tratos con usted para conseguir su dirigible. Pero ello implicaría complicaciones. Prefiero consolidar mis ganancias y atacar en otra ocasión.

—¿Qué se propone hacer ahora?

—Voy a retroceder y entrar en el ascensor. Arrastraré a «Relojes» Bowen, y arrastraré a su ayudante también. Mi mano derecha es la muerte. ¡Comprenda! Pero le doy mi palabra que no funcionará a menos que intente impedir mi huida.

—¿Qué tiene la intención de hacer con Ham?

—No le necesito para nada. Tampoco quiero hacerme acreedor a las represalias matándole. Si no intenta usted impedir mi huida, le dejaré en el vestíbulo del edificio, ileso. ¿Queda acordado?

Por encima de todo, Doc Savage se preocupaba de la seguridad de sus ayudantes.

—Queda acordado —dijo.

Sin hablar más, Ool retrocedió con su carga humana, entró en el ascensor y bajó.

AL poco rato volvió a subir el ascensor. Ham estaba dentro, atado.

—¡Salgamos en persecución de ese bicho! —rugió Renny, metiéndose en el ascensor.

Doc se opuso a ello.

—Ahora no —dijo—. Tengo otros planes. Vosotros aguardad.

Los sacó del ascensor y bajó él solo.

Los demás se agruparon en torno a Ham y le asaltaron a preguntas.

—¡Ese tipo de cara blanca y dedos mortíferos no es humano! —exclamó Ham, estremeciéndose.

*****

A bordo del yate de <Relojes> Bowen, Dimiter Daikoff se movió rápidamente para sacar más coñac de ochenta años al subir «Relojes» y Ool y entrar ruidosamente en la cámara.

«Relojes» estaba de un humor salvaje. Se le estaba inflamando el cuello como consecuencia de la presión que le aplicara Doc y sentía como si miles de mazas de acero le estuvieran golpeando la cabeza.

Apuró el coñac con avidez.

—¡Valiente resultado el que dieron esos hermanos gemelos tuyos! —le rugió a Ool.

—No existe en vuestro mundo veneno más potente que los dos hermanos gemelos —replicó Ool.

—Entonces, ¿cómo es que Savage se rehizo tan pronto de sus efectos?

—No se rehizo de sus efectos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Jamás estuvo bajo su influencia. Ningún hombre puede entrar en contacto con uno de los hermanos gemelos y vivir.

—¿Quieres decir con eso que fingió haber caído sin conocimiento para que nos acercáramos y pudiera cogernos?

—Evidentemente.

—En tal caso, aquí pasa algo la mar de extraño —rugió «Relojes»—. Hay un escape por algún lado. Savage parece haberse enterado de todos nuestros planes.

Se llevó la mano al chaleco y tiró con ferocidad de su cadena de

oro.

Dimeter Daikoff se acercó silenciosamente, ofreciendo cigarrillos; pero «Relojes» le tiró el paquete de un golpe.

—¡Empiezas a ponerme nervioso ya! —exclamó.

—Domina un poco los nervios —le aconsejó Ool. Sacó las gafas del bolsillo—. Tenemos esto… eso ya es algo importante.

«Relojes» continuó mirando con malevolencia a Dimiter Daikoff, contemplando la cicatriz del cuello, los ojos oscuros que brillaban trágicamente, los pómulos salientes, las mejillas hundidas, la soberbia potencia muscular que el traje mal cortado del hombre no podía disimular del todo.

Momentos después, Dimiter halló ocasión de salir del camarote.

«Relojes» hizo un gesto en dirección a la puerta por donde había salido.

—Savage sabe demasiado. Es evidente que averigua nuestros planes —dijo—. Me pregunto si el escape que hay aquí no será ese maldito patriota.

Ool no dio muestras de emoción alguna; pero preguntó:

—¿Hay necesidad de que corramos riesgos?

—¡Qué rayos! ¡No! —gruñó «Relojes».

—Le estrecharé la mano cuando vuelva —dijo Ool—. Emplearé la mano derecha.

Después de un rato volvió Dimiter y Ool se puso en pie.

—Quiero felicitarle por la excelente manera en que ha servido usted el coñac —dijo—. ¿Quiere usted chocarla?

Dimiter Daikoff estaba muy cerca de él. Alargó la mano enseguida, para estrechar la de Ool.

Pero en el último instante la mano del patriota se desvió en dirección a las gafas que tenía Ool en la mano izquierda. Las cogió y, dando un tirón, se quedó con ellas.

En el mismo movimiento, al parecer, se echó a un lado y su otra mano asió a «Relojes» por la garganta. Levantó al grueso gangster del suelo.

Por segunda vez aquella noche, Bowen creyó que se había introducido un ciclón en su cabeza.

La mano del hombre moreno apretó hasta que el camarote le pareció a «Relojes» un manchón rojo. Entonces Ool se dirigió a Dimiter, agitando la mano derecha, «Relojes sintió que le alzaban

en vilo y le tiraban.

Fue a estrellarse contra Ool, derribándole.

Movió espasmódicamente la mandíbula haciendo esfuerzos por hablar.

Cuando logró hacerlo, su voz era ronca y áspera.

—¡Es Doc Savage! —exclamó, medio ahogado.

—Sí —contestó el patriota de trágica voz;— es Doc Savage!

AL oír la lucha, Monk entró corriendo del otro camarote, donde había estado tendido en una litera, fingiendo debilidad extrema.

—¡Coge una silla, Monk! —le gritó Doc—. Sostente delante de ti. ¡El contacto de Ool significa la muerte!

Ool se puso en pie antes que Bowen. Encorvándose, empezó a avanzar hacia el hombre de bronce, agitando la mano derecha como la cabeza de una serpiente.

Doc no esperó el ataque. Se echó hacia adelante, esquivó la mano, y le dio un puñetazo en la mandíbula al hombre.

Este retrocedió tambaleándose y fue a caer contra la pared. Pero volvió a levantarse con la agilidad de un gato y a dirigirse al hombre de bronce.

De haber podido meterle Doc más peso al puñetazo, Ool hubiera quedado sin conocimiento, a pesar de lo fuerte que era.

AL prepararse Ool a atacar de nuevo, Doc sacó una de las pequeñas ampollas de anestesia. La tiró al suelo. Se hizo añicos. Doc contuvo el aliento.

—¡Contén el aliento! —le gritó Ool a «Relojes» Bowen.

Doc se había esperado algo así, recordando que Ool se había salvado ya en su despacho de los efectos de una de aquellas ampollas.

Amagó al asesino, esquivó el ataque de la mano derecha como la vez anterior y le plantó un puñetazo en pleno rostro.

Un hombre corriente hubiera quedado sin conocimiento. Ool sólo fue tirado contra la pared, algo aturdido. Su resistencia era enorme.

En el mismo instante, Monk corrió hacia Bowen, silla en alto El gangster se había puesto en pie y estaba haciendo girar el reloj que había ocupado el bolsillo secreto de su manga.

Desde que escapara del despacho de Doc con Ool, «Relojes» no se había vuelto a armar de pistola. No parecía preocuparse por ello.

Soltó un rugido, abrió la mano y dejó escapar el reloj.

Este era una de sus armas favoritas. El mecanismo había sido extraído del reloj, llenándolo luego con plomo. Bowen sabía tirar aquel reloj con la misma puntería que disparar un revólver.

El proyectil hendió el aire en dirección a Monk con velocidad de bala. El hirsuto químico agachó la cabeza al tocar el reloj la silla. Este atravesó por completo el asiento y le dio, sin fuerza ya, en el pecho.

Monk soltó un bramido y atacó usando la silla como un ariete. El gangster se echó a un lado. La silla le rozó el hombro y pegó contra la pared con tal fuerza, que las patas astillaron la cubierta de un mamparo.

El gangster se metió la mano en un bolsillo y la sacó con otro reloj lleno de plomo. Tenía cadena aquél, pues era uno que acostumbraba usar a manera de porra. Dirigió un golpe con él a la cabeza de Monk.

Volviendo la silla, el químico le arrancó con ella el arma de la mano, dándole después, pesadamente, en el hombro.

El gangster se tambaleó. Se oyó ruido de cristal roto al caer su pesado cuerpo contra un portillo. Al mismo tiempo, Doc Savage, esquivado el cuarto ataque de la mano de Ool, le tiró contra la pared. Ool volvió a levantarse; pero se veía que estaba ya muy debilitado.

La voz de «Relojes» Bowen rugió, con salvaje desesperación.

—¡Al diablo con las gafas, Ool! ¡Larguémonos de aquí!

El jefe de la cuadrilla echó su cuerpo hacia atrás por el enorme portillo. Ool corrió hacia la puerta.

Una vez fuera, se tiraron de cabeza a una gasolinera atracada a popa.

—¡Aprisa! —aulló «Relojes», frenético—. ¡En marcha!

Se oyó un brusco zumbido al ponerse en marcha el motor. Empezó a oírse el tableteo de una ametralladora. Debía de haber estado en la gasolinera.

La lluvia de proyectiles obligó a Doc y a Monk a dejarse caer de bruces sobre cubierta.

La gasolinera, avanzando sin luces, se alejó a toda marcha. Doc y Monk la vieron desaparecer desde cubierta.

Ante los admirados ojos de Monk, Doc Savage se quitó la

caracterización de Dimiter.

Se sacó de la boca el algodón que había producido el efecto de pómulos salientes. Con un rápido movimiento de pulgar e índice se quitó un par de lentes oscuros de forma curvada que había tenido aplicados sobre los ojos.

Una pasta química quitó todo rastro de negrura de su cabello de bronce. Se despegó la supuesta cicatriz que le surcaba el cuello.

Monk sonrió.

—El patriota desenmascarado —dijo—. Al principio yo no te reconocí tampoco en tu caracterización de Dimiter Daikoff. Oye, ¿existe de verdad un Dimiter Daikoff?

—Las emisiones policíacas eran auténticas —contestó Doc—. Yo me limité a aprovecharme de ellas para conquistarme la confianza de «Relojes» Bowen.

*****

Una hora más tarde, en un aeródromo poco conocido de Long lsland, sonó el zumbido de múltiples motores, y un aparato grande, de quilla maciza y gran envergadura, apenas logró salvar la línea de titilantes luces que marcaba las lindes del campo de aterrizaje.

Bajo su enorme peso de hombres y combustible, el aparato se elevó lentamente, volando en circulo sobre el aeródromo y ganando altura. Luego creció su velocidad y se perdió en dirección al Noroeste.

Como pasajeros, iban a bordo «Relojes» Bowen, Ool, <Ham-hock> Piney, «Honey» Hamilton, <Squirrel> Dorgan y otros cuatro hombres. Nueve en total, y un piloto. Jamás deshonró buen aeroplano colección de criminales peor.

Transcurrieron horas antes de que Johnny, que, a instancias de Doc, iba pidiendo informes a todos los aeródromos y estaciones, se enterara de la partida del aeroplano.

CAPÍTULO XI

PROCESIÓN ÁRTICA

COMO rayo de luna apresado, congelado y vuelto a poner en libertad, un dirigible, astilla de plata contra un cielo subártico, voló por encima del Noroeste del Canadá a una velocidad singularmente grande para dicha clase de naves.

La velocidad del dirigible, cerca de doscientas millas por hora, se lograba mediante potencia propulsora modificada y mejorada, y disminuida resistencia de aire.

Doc Savage había desarrollado, personalmente, los motores da aleación, y Doc, con la ayuda de Monk, había logrado sintetizar un gas no inflamable, con mucho mayor potencia de elevación que el helio y el hidrógeno, para rellenar el techo.

En la colonia de Resolution, situada a orillas del lago Great Slave, el dirigible plateado aterrizó para tomar más carburante.

Doc y sus cinco ayudantes supieron allí que un aeroplano de transporte, equipado con dos motores y con diez hombres a bordo, había parado dos horas antes que ellos a tomar gasolina y lubricante.

—Ool y «Relojes» Bowen —murmuró Monk.

—Deducción corroborada —asintió Johnny.

Una vez en el aire de nuevo, volando en dirección Noroeste, el esbelto dirigible era como una aguja brillante que enhebrara una línea de mil millas de longitud, de altos pinabetes y negras lomas.

Hora tras hora la nave avanzó sobre la gran extensión desierta, elevándose más y más a medida que se aproximaba a la frontera de Alaska, para poder pasar por encima de las montañas Rocosas del Yukon.

En el camarote metido en el interior de la quilla, Doc y sus

ayudantes se hallaban cómodamente instalados. Ham se hallaba sentado a los mandos.

Long Tom, encargado de las comunicaciones radiotelegráficas, se mantenía en continuo contacto con las estaciones de tierra para saber las condiciones atmosféricas del camino.

No había gran necesidad de esto, sin embargo, puesto que el techo era de líneas aerodinámicas, que rebajaban enormemente su resistencia al aire, haciendo la nave fácilmente manejable en cualquier viento que no fuera un huracán.

Nombrado por Doc navegante durante aquel viaje, Renny se pasaba la mar de tiempo estudiando cartas. Monk se pasaba el tiempo reclinado en una litera haciéndole cosquillas en la oreja a su cerdo mascota con la punta del pie.

El cerdo, llamado Habeas Corpus, no había tornado parte en las hostilidades de Nueva York. El motivo era poco corriente.

Cierto psicólogo famoso, asombrado de la inteligencia que el puerco aquel parecía tener, había solicitado permiso para tener encerrado al animal y estudiarlo.

No bajaban de cincuenta las veces que Monk había contado, a cuantos quisieran escucharle, las conclusiones del famoso hombre de ciencia.

—El tipo ese dijo que Habeas era un verdadero mago porcino —repitió Monk—. Dijo que Habeas…

Ham rugió:

—¿Querrás dejar de hablar ya de ese horrible cerdo, so mico?

Monk se limitó a sonreír.

Habeas Corpus tenía un aspecto verdaderamente sorprendente. Era rechoncho, de hocico alargado, patas de gamo y orejas enormes que se le levantaban al correr y parecía que se lo iban a llevar volando.

Habeas, encantado del masaje que le estaba dando Monk, demostraba su satisfacción emitiendo suaves gruñidos.

Siempre que Monk hacía un viaje, se llevaba a Habeas. Habeas era un cerdo inteligente; Monk le había adiestrado de tal suerte que era capaz de hacer cosas que dejaban asombrados a todos aquellos que no habían tratado con cerdos más que en lonchas de jamón.

Monk transfirió sus atenciones de la oreja izquierda del puerco, a la derecha.

Luego preguntó:

—Doc, ¿tienes tú idea de dónde nos toparemos con esa cuadrilla?

—Sí —respondió Doc:— la tengo.

—¿Huh? Yo creí que, después de salir de Point Barrow, íbamos a volar a ciegas.

—Navegaremos sobre los hielos, usando nuestro detector de radio para ver si localizamos disturbios específicos de estática.

—¿Dónde demonios te dio esa idea?

—La información —explicó Doc—, figuraba en unos papeles de Bowen que examiné mientras desempeñaba el papel de Dimiter Daikoff. No era un indicio muy claro, en realidad. El papel que vi era la factura de un detector construido ex profeso para «Relojes» Bowen.

—¿No sería a lo mejor un papel dejado a la vista para despistar?

—Tal vez. No tenemos mejor indicio que ése, sin embargo.

—¿Averiguaste algo más?

—Muy poco en lo que a este asunto se refiere.

—¿No averiguaste para qué eran las gafas?

—Por desgracia, no.

Habeas Corpus gruñó con insistencia. Monk volvió a frotar perezosamente la oreja del cerdo.

—Daría el rizo del rabo de Habeas —afirmó el químico—, por saber para qué sirven esas gafas.

Renny alzó la vista de las cartas.

—Escucha, Doc —dijo:— ¿tienes tú idea de lo que se oculta detrás de todo esto?

EL hombre de bronce movió lenta y negativamente la cabeza.

—Eso aún no está claro —repuso.

En Point Barroca, en la costa del norte de Alaska, el dirigible plateado aterrizó para tomar gasolina por última vez. Como en Resolution, Doc averiguó que el avión de Bowen había estado poco tiempo antes allí.

Y puesto que era de Point Barroca de donde le habían mandado el radiograma referente a la aparición de Ool, Doc hizo nuevas investigaciones.

En particular, se puso al habla con un viejo escocés, tratante en pieles, que había dado asilo a Ool en su cabaña una temporada, y

que conocía la costa del norte de Alaska como muy pocos.

—Tengo entendido —dijo Doc—, que se considera imposible que Ool llegase de los hielos, como él aseguraba.

—Sí, en efecto —asintió el escocés, encantado de que el famoso hombre de bronce fuera a pedirle, informes a él.

—¿Por qué?

—Porque ningún hombre sería capaz de soportar la vida a la intemperie en los hielos.

Doc asintió con la cabeza.

—Lo sé. Sin alimentos, sin combustibles y con hielo apelotonado que hace difícil el andar, grietas por las que uno puede caerse al agua, un viento que corta como un cuchillo... no hay ser humano, en su opinión, capaz de hacer un viaje en semejantes condiciones.

—En efecto. Los hielos del Ártico siguen sin explorar aún. Sólo un espacio blanco los señala en el mapa.

Doc volvió a afirmar con la cabeza.

—¿Qué opina usted del asunto? ¿De dónde cree usted que salió Ool?

EL escocés se encogió de hombros.

—En mi vida he visto cosas muy raras, pero Ool las ganaba todas.

Doc alzó las gafas.

—¿Ha visto usted esto?

El escocés pareció reconocerlas.

—Ool tenía unas así. Dijo que el sol le hacia daño a la vista. Permaneció tumbado en mi cabaña una semana entera, sin atreverse a salir. Eso fue cuando primero llegó de los hielos...

—Pero... si yo creí que había usted dicho que era imposible que hubiese llegado de los hielos.

—Es verdad —replicó el viejo, sin inmutarse—. Pero... ¿de qué otro sitio podía haber venido?

Doc miró atentamente al hombre y nada dijo.

El escocés sostuvo la mirada y dijo:

—Lo cierto es que Ool tenía mas de demonio que de ángel. Al principio no parecía un ser humano.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Había cosas como la siguiente. El fuego intentó Ool cogerlo con la mano como si fuera un pájaro. Cuándo empezó a poder

hablar algo, dijo… ¡qué nunca había visto un fuego antes! Cosas como ésa.

—¿Por qué le dejó?

El viejo hizo una mueca.

—Le eché de aquí apuntándole con la escopeta.

—¿Por qué?

—Le tenía miedo. Un día cogí sus gafas por curiosidad. Son cosas sin valor. No se puede ver a través de ellas. Pero ¡se dirigió a mí con una mirada en esos ojos opacos suyos…! Y su mano, su mano derecha… me acuerdo que se alargaba hacia mí algo así como una serpiente. Me dio escalofríos. Le tiré las gafas y le eché de aquí.

Al despegar de nuevo, Doc encaminó su dirigible hacia el mar, en dirección al norte. Después de unas cuantas horas sobre los hielos, que, desde aquella altura, parecían un pilón lleno de hielo partido, hizo funcionar el detector.

Empezó a sonar por el altavoz una mezcla de ruidos, disturbios convencionales de estática.

Se oían chirridos, zumbidos, gemidos y chasquidos. Pero se hubiera podido oír lo mismo casi en cualquier punto de la tierra.

De pronto, el dirigible se pobló de una nota baja que palpitaba y parecía subir y bajar la escala musical. La nota no era un nuevo disturbio de estática, sino el trino de Doc, aquel sonido singular, tan inconscientemente parte suya, que emitía en momentos de sorpresa u extrañeza.

Los oídos extraordinariamente sensitivos del hombre de bronce, acostumbrados, gracias a una serie de ejercicios intensivos, a distinguir sonidos por encima y por debajo de la capacidad usual del oído humano, habían identificado un ruido singular de estática procedente del detector. Para los ayudantes suyos, el altavoz seguía emitiendo la estática corriente.

Pero Doc, sincronizando la antena de cuadro, dio direcciones a Johnny, que se hallaba sentado ante los mandos. Este encauzó el dirigible más hacia el Oeste.

Antes de haber transcurrido una hora, el extraño disturbio de estática, que sólo oyera Doc, se hizo audible para todos. Era una pulsación alta, rítmica, cortada cada nota de sobrenatural manera, para volver a alzarse de forma más sobrenatural todavía.

AL poner rumbo Johnny hacia el sonido, éste se fue haciendo

mayor, llenando el camarote con su extraño y palpitante clamor. Se hizo tan insistente, que Doc bajó el volumen del altavoz hasta casi el mínimo posible.

De pronto Monk soltó un bramido de excitación. De pie en la parte de atrás de la barquilla, el químico había estado experimentando con las extrañas gafas, poniéndolas, guiñando los ojos, haciendo toda suerte de combinaciones para intentar ver a través de aquellos oscuros cristales.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ham, sobresaltado por las muestras de excitación de su compañero.

—¡Aquí todo el mundo!... ¡Mirad! —exclamó Monk, sin volverse.

—¿Dónde? —inquirió Renny—. Yo no veo nada.

—¿Estás ciego? ¡Debajo de nosotros!

—¡Estás loco! —dijo Long Tom—. No hay nada más que hielo.

—¡No me toméis el pelo en un momento como éste! —aulló Monk—. ¿No veis esa columna de fuego? ¡Debe de medir treinta metros de altura por lo menos! ¿Qué es?

—¿Fuego? ¿Fuego en el hielo?

—¡Sí! ¡Saliendo del hielo! Hace una especie de espiral. No es como llama corriente, sino más bien como... ¡fuego liquido!

Ham rió, burlón.

—¡Una columna de fuego liquido, de treinta metros de altura, que sale del hielo! ¡Narices! No hay nada ahí abajo. Nada más que hielo y un poco de niebla.

Monk se volvió furioso para encararse con Ham. No pudo verle. Se dio cuenta, entonces, de que llevaba las gafas negras puestas. Se las quitó y señaló hacia abajo.

—Ahí abajo... mirad...

Se interrumpió y quedó boquiabierto.

—¡Rayos! —exclamó—. ¡Ha desaparecido ya!

La voz de Doc intervino.

—Déjame esas gafas, Monk —Monk se las entregó. Doc se las puso y miró hacia abajo. Su extraño trino volvió a sonar en la barquilla. Hizo mirar, uno tras otro, a todos sus hombres por las gafas. Todos exhalaron exclamaciones de asombro.

Cada uno de los que miraron vió —exactamente lo mismo que había visto Monk— una columna retorcida, de fuego líquido, al parecer, que salía del hielo.

Cuando se quitaban las gafas, dejaban de ver la columna.

—¿Qué es? —interrogó Monk.

—No lo sé —respondió Doc—. Desde luego no es llama de gas —continuó estudiando el fenómeno a través de las gafas—. Ve bajando el dirigible, Johnny. Acorta velocidad y flota lo más cerca que puedas de esa columna.

Esto parece aclarar el misterio de las gafas negras —exclamó Renny, excitado. Ool las necesitaba para encontrar este sitio.

—Yo creo que hay algo más que eso en el asunto, Renny — respondió Doc.

Cuando se aproximaron más, lo que parecía fuego se vió con más lujo de detalles.

Parecía haber un centro vivo, liquido, al rojo blanco, que ascendía en dorado colorido, matizado de destellos opalescentes, amarillos, purpúreos, rojos, verdes y azules.

El tono que predominaba, sin embargo, era el dorado. No tanto el oro de una llama sólida, sino el de una niebla espesa en la que cada gota de humedad fuera un glóbulo flotante de oro.

A unos treinta metros del cielo, la columna se desvanecía por completo.

Johnny había bajado a los treinta metros y se acercó cuanto se atrevió.

Desde tan baja altura, era evidente que la columna, fuera lo que fuese, salía de una hendedura de roca. La larga mancha negra en medio de los hielos se identificaba claramente como roca.

—Acerca aún más el dirigible —ordenó Doc.

Le puso las gafas negras a Johnny para que viese la misteriosa llama.

—Sí; pero, Doc, ¡nos quemaremos!

Pero hizo lo que le mandaban. El dirigible plateado se fue acercando más y más hasta que, al parecer, se hallaba cerquísima de la llama.

Doc señaló el termómetro colocado por la parte exterior de la barquilla.

—¡Calor! —gritó Monk—. ¡Entonces es fuego!

—Sólo alcanza la temperatura normal de una habitación —le corrigió Doc—. No existe llama, tal como nosotros la conocemos, por lo menos.

—Es lo bastante para ponerle a cualquiera los nervios de punta —gruñó Monk—. Una llama, de treinta metros de altura, que no hace ruido y que no da más calor que un radiador de calefacción, y que ni siquiera se ve a menos que se la mire con gafas negras.

Johnny perdió el temor y metió el dirigible en la misteriosa luz. Nada ocurrió. Descendieron más, intentando examinar de dónde salía la hendidura.

Esta resultó ser mucho mayor de lo que había parecido en un principio.

Medía muchos pies de anchura y más de media milla de longitud.

Tan atentos estaban los ocupantes del dirigible en examinar el punto de donde salía aquel penacho de luz, que un nuevo acontecimiento por poco les pilla por sorpresa.

—¡Trae! —exclamó Doc, corriendo a los mandos—. ¡Déjame a mí!

—¿Qué ocurre? —inquirió Johnny.

—¡Mira!

Doc señaló.

El geólogo miró, boquiabierto.

—¡Que me superamalgamen! —estalló.

Un aeroplano corría hacia ellos. Era gris y difícil de distinguir contra el plomizo cielo. Avanzaba con gran rapidez. Empezaron a verse detalles.

—«Relojes» Bowen —decidió Doc—. Corresponde a la descripción del aparato en que salió de Nueva York.

—¡Voto a tal! —exclamó Renny—. Vamos a pasarlas negras como vengan bien armados.

—Tendrán mucho cuidado en no estropear el dirigible —aseguró Doc—. No olvidéis que han andado tras esta nave desde el primer momento.

—Y la única manera con que pueden hacerse de ella —dijo Long Tom—, es inutilizándonos a nosotros.

Renny se golpeó los puños.

—Eso es cosa que no van a encontrar muy fácil.

Doc dirigió el aparato hacia abajo.

—¡Ela! —clamó Johnny—, ¡estás aterrizando en la grieta de donde sale esa llama!

Pero para todos, menos para Johnny, el aterrizaje parecía una simple maniobra hábil en aire claro.

Para el ingeniero electricista, que llevaba puestas las gafas negras, la plateada astilla con su carga humana estaba hundiéndose en un baño de fuego.

Con la misma suavidad que una hoja cae en otoño, el dirigible se posó sobre el fondo de la hendidura.

CAPÍTULO XII

LA DIOSA DORADA

LA hendidura resultaba un magnífico refugio para el dirigible. Lo sujetaron allí y Doc, con la ayuda de Long Tom, quitó unas cuantas piezas delicadas del motor de la nave, piezas absolutamente indispensables para su funcionamiento. Puesto que no había otro motor igual en el mundo, la extracción de dichas piezas impedía que pudiese ser robado el dirigible.

Por encima, el avión de «Relojes» Bowen giró lentamente, como enorme buitre suspendido entre el pálido cielo y el gris plomizo de los hielos.

—Deben estar aguardando a que nos apartemos del dirigible —decidió Monk.

Johnny había estado estudiando la formación rocosa con su monóculo lupa.

Era experto geólogo práctico además de teórico.

—La configuración de esta hendidura en la roca indica que puede esperarse encontrar la boca grande de una caverna en ese punto aproximadamente.

Señaló.

Doc asintió.

—Parecemos hallarnos sobre una especie de isla o arrecife rocoso que asoma por entre los hielos. La corriente continua de aire caliente a lo largo de esta hendidura es de suficiente volumen para indicar la presencia de un laberinto subterráneo.

Doc alzó la mirada hacia el aparato de Bowen. De vez en cuando, éste desaparecía de vista momentáneamente.

Doc miró a sus ayudantes.

—¿Lleváis vuestras mochilas?

Todos afirmaron con la cabeza.

Monk dijo:

—Me meteré a Habeas Corpus debajo de la chaqueta.

—La próxima vez que desaparezca de vista el aeroplano —advirtió Doc—, echaremos a correr. Más vale echar una mirada a este lugar mientras nos encontramos en él.

Aguardaron en tensión. EL avión desapareció de la vista.

Doc dijo:

—¡Ahora!

Echaron a correr. El aeroplano apareció otra vez antes de que hubieran podido llegar a su objetivo. Fueron vistos desde arriba. Sonó el tableteo de ametralladoras. El ruido repercutió en la hendidura.

Trozos de roca se mezclaron con el plomo que rebotaba al correr Doc y sus ayudantes a guarecerse bajo un enorme saliente de roca.

Llegaron a él sanos y salvos; pero en el último instante, un trozo de piedra volante chocó con la chaqueta de Monk. Habeas Corpus estaba por aquel lado y se puso a soltar gruñidos de dolor. Se retorció y cayó pesadamente al suelo, por donde rodó, sin dejar de gruñir, bajo la lluvia de plomo. Monk, guarecido en la boca de aquella especie de cueva, dio frenéticos gritos llamándole, y al no hacerle caso el animal, que estaba aturdido, Monk salió de un brinco, como antropoide que salta de un árbol.

Las balas silbaban a su alrededor. Una de ellas le atravesó la chaqueta. No prestó atención. Con la facilidad del antropoide que coge un coco, el químico asió al cerdo y volvió a su refugio, sin novedad.

Ham gimió, fingiendo desencanto.

—Durante un instante —, dijo— creí que íbamos a tener chuletas de cerdo para cenar.

Monk le dirigió una mirada torva, jadeando todavía.

—¡Uno de estos días, picapleitos de a centavo, me voy a cansar de oírte insultar a este puerco!

Por encima de ellos, callaron, de pronto, los motores del aeroplano. El brusco silencio parecía algo tangible, vivo. Sólo se oía el suave silbido del viento al rozar el aparato al descender éste y nivelar la quilla.

—¡Van a estrellarse! —exclamó Ham.

—¡Sí! —gruñó Monk—. Pero aterrizarán en la hendidura.

Se oyó un chasquido al ser arrancado el tren de aterrizaje del aeroplano por el choque con los picos de hielo.

El aparato dio la media vuelta, flotó como un pájaro desequilibrado y, por último, aterrizó sobre un ala, que se rompió.

La puerta de la cámara se abrió bruscamente. Saltó fuera el gangster, seguido de sus hombres. Todos llevaban pistola ametralladora.

—Ahora es cuando empieza la función —bramó Renny, haciéndose aún más melancólica su expresión.

—Si —dijo Monk:— ¿os habéis fijado dónde han aterrizado? Tenemos que liquidarles para poder volver a nuestro dirigible.

—No se hubieran ellos arriesgado a aterrizar si no lo hubiéramos hecho nosotros primero —advirtió Doc—. Con toda seguridad sabrían que les estábamos siguiendo.

Long Tom afirmó con la cabeza.

—Su aparato de radio habrá captado las comunicaciones que hemos tenido con tierra.

Doc sacó su lámpara de bolsillo y dirigió un rayo de luz al fondo del lugar en que se hallaban.

—¡Eh! —bramó Renny—. ¡Eso parece la caverna que profetizó Johnny!

No tardó en ser evidente que «Relojes» Bowen no había obrado sin pensarlo. Uno de los hombres llevaba una caja de madera. La abrió y sacó un arma que parecía una escopeta. Metió en el cañón una vara delgada con un cilindro, que parecía un cohete. Apuntó al saliente y disparó.

El resultado fue catastrófico, porque lo que había disparado el hombre era una granada. Sonó una explosión enorme. Cayeron trozos de roca y voló el hielo y la nieve.

—¡Voto a tal! —bramó Renny—. Más vale que nos metamos para adentro; si no, estamos perdidos.

—Veremos hasta dónde llega esta caverna —asintió Doc—. Pero aguarda. Nos aseguraremos de que no nos entierren aquí.

Alzó la voz y les habló a los gangsters, advirtiéndoles que habían sido quitadas piezas importantes del dirigible.

—Ahora ya no nos echarán el techo encima por miedo a estropear las piezas —dijo.

Se metieron por la caverna. Era pequeña al principio y parecía como si pronto fueran a llegar al fondo.

—Me sabe bastante mal abandonar el dirigible —dijo Ham, con ansiedad.

—No corre el menor peligro —le aseguró Doc—. Puesto que esperan ser ellos los que vuelvan en él, tendrán buen cuidado de no inutilizarlo.

—Doc —dijo Monk:— quedémonos aquí y resolvamos la cuestión de una vez, luchando.

—No adelantaríamos nada con eso. Harían uso de las granadas al poder emplearlas sin enterrarnos.

—Como tú digas, Doc —dijo Monk, con resignación—. Pero yo tengo ganas de entrar en acción.

—A lo mejor quedas satisfecho, si nos topamos con una cuadrilla de esos seres negros aquí dentro —le recordó Ham.

Habló medio en broma, sin sospechar que andaba muy próximo el momento en que se encontraron, en efecto, con aquellos seres negros, que estaban muy lejos de ser una broma.

La grieta de granito, relativamente estrecha, por la que habían entrado, desembocó en un laberinto de piedra caliza. Sacaron lámparas de bolsillo.

Las cavernas bajaban en ángulo agudo y se ensanchaban hasta convertirse en cuartos de imponentes proporciones.

De pronto dejó de sentirse el frío.

Las estalactitas y estalagmitas parecían macizas columnas de marfil. Había cúpulas enormes de formación cristalina que centelleaban como brillantes al tocarlas la luz de las lámparas.

Algunas de las cámaras tenían arcos como de catedral y eran tan altos éstos, que el haz luminoso de las lámparas de bolsillo no podía delinearlos.

Monk alargó el cuello, con admiración. —El templo del rey Salomón debió ser así— dijo. Y se volvió a llamar a Habeas Corpus que se había quedado atrás —. Sí; este sería un magnífico lugar para montar un harén.

—Se te tenía que ocurrir una cosa así, claro está —dijo Ham secamente, conociendo la debilidad que tenía Monk por el bello sexo.

Los ecos rebotaban en las paredes de las cavernas aturdiendo y,

a veces, asustando incluso. El ruido de los pies y el sonido de las voces parecía elevarse y volver.

Doc dio el alto en voz baja.

—Que nadie hable —ordenó.

Nadie habló ni se movió. Sin embargo, el eco de pisadas y de voces no cesó.

Más aún, los ecos fueron aumentando en volumen hasta formar un verdadero clamor.

—Me lo figuraba —dijo Doc, en voz baja—. Los ecos no son todos nuestros.

—A juzgar por el sonido —susurró Long Tom—. <Relojes> Bowen y su cuadrilla deben haber encontrado un atajo. El ruido suena cerca.

—Sí, están cerca —afirmó Doc.

Celebró una breve y susurrada conferencia con Johnny sobre un punto de geología. Aun cuando Doc, como resultado de su intenso estudio, de la disciplina mental, física y emocional que se había impuesto, fue acumulando una cantidad de conocimientos superior, en todos los casos, a los de sus cinco ayudantes, consultaba frecuentemente con ellos sobre cuestiones relacionadas con sus respectivas especialidades.

Lo hacía porque prefería comprobar razonamientos. Doc y Johnny llegaron a un rápido acuerdo en su disensión.

—Vamos —dijo Doc.

Y dirigió la luz de su lámpara hacia adelante, penetrando por una caverna que se iba haciendo más estrecha a medida que avanzaban.

Renny, volviendo la cabeza de vez en cuando, vió la luz de la lámpara llevada por uno de los gángsters.

—¡Están muy cerca! —exclamó—. ¡Mirad atrás!

Los otros se volvieron. No fueron lo bastante rápidos para ver la luz de la lámpara de bolsillo; pero sí para ver el fogonazo de una pistola.

Perseguida por enormes ecos la bala bajó por el estrecho pasaje, pasando por encima de la cabeza de Doc y sus hombres, arrancando notas musicales en las estalactitas.

—¡De bruces! —ordenó Doc—. ¡Apagad las luces!

Volvieron a verse fogonazos y bajaron mas proyectiles por el

pasaje despertando gigantescos ecos.

—Retroceded —ordenó Doc—. ¡Doblad el recodo! ¡Buscad donde guareceros antes de disparar las super —ametralladoras!— Al buscar a tientas en la oscuridad y dejarse caer tras la protección de las rocas, los fogonazos quedaron obstruidos por cintas continuas de rojo fuego al empezar a disparar los gangsters sus ametralladoras.

Plomo y trozos de roca barrieron el túnel. Los ecos parecían truenos.

Dominándolo todo, se oyó el ronco bramido de las pistolas super —ametralladoras al contestar Doc y sus ayudantes los disparos.

Un fuego verde dorado pálido salía de los extraños cañones de las armas aquellas que, en manos expertas, estaban surtiendo su efecto.

AL otro extremo del rocoso túnel, «Relojes» Bowen estaba escupiendo maldiciones. Dio orden a sus hombres de que suspendieran el fuego hasta comprobar los daños sufridos. Sus palabras se oían claramente.

Los hombres de Doc dejaron de disparar también. Los ecos se apagaron.

Los atacantes hicieron recuento de sus bajas.

—¡Tres hombres alcanzados por esas malditas balas de misericordia! —exclamó Bowen, rechinando los dientes—. ¡Buscad lugar mejor en que guarecernos, muchachos! ¡No!... ¡Aguardad!

Los ecos de las voces de Doc y sus hombres llegaban claramente hasta allí.

Eran exclamaciones de alarma.

Era Long Tom el que hablaba.

—Me he internado un poco más con Doc —decía—. Hemos examinado las paredes de roca, ¡este túnel no tiene salida!

—¿Quieres decir con eso que es un callejón cerrado? —inquirió Monk.

—Sí; la única manera de salir es por donde hemos entrado.

—¡Y esa cuadrilla tiene obstruida la salida con ametralladoras! —exclamó Ham.

¡Voto a tal —bramó Renny—, ¿No hay manera de escaparse por detrás?

Hasta la cautelosa voz de Doc llegó claramente a los oídos de «Relojes».

—¡No habléis tan alto! —decía—. Nos oirán. Tendremos que ocultarles el atolladero en que nos encontramos.

AL otro lado del túnel, Bowen entró bruscamente en acción.

—Esta es nuestra oportunidad —dijo—. «Ham-hock», tú llevas la escopeta esa de largar granadas. Cerraremos esta salida de un disparo.

Se oyó la contestación del negro.

—Los cerraremos para unos cuantos siglos, ¿eh?

—¡Qué encerrarlos ni qué ocho cuartos! —susurró Bowen—. Taparemos la salida y les daremos dos o tres días para reflexionar. Estarán dispuestos a acceder a todo cuando volvamos a destaparla.

«Relojes» escogió una grieta cuya ruptura cerrara el túnel. «Ham-hock» apuntó cuidadosamente.

A pesar del cuidado que habían tenido los gangsters al hablar, sus voces llegaron nítidamente hasta el lugar en que se hallaban los hombres de Doc.

Se oyó la voz de Monk.

—¡Carguemos contra ellos, Doc! No tengo el menor deseo de que me sepulten aquí.

—No seas estúpido, Monk —contestó la voz de Doc—. Nos sería imposible abrirnos paso contra media docena de ametralladoras.

—¡Podríamos inutilizar a algunos con nuestras pistolas! —replicó Monk, desesperado.

—¿Qué adelantaríamos con eso? A fin de cuentas nos liquidarían a todos.

—¿Qué vamos a hacer, pues? —bramó Renny.

—Nada. Nos quedaremos aquí en la esperanza de que no nos haga ningún daño la explosión. Es la única cosa que podemos hacer.

La voz maligna de «Relojes» Bowen sonó en el túnel. No hablaba con sus hombres aquella vez. Se dirigía a Doc.

—¡Esta es la liquidación final! —aulló—. ¡Savage! ¡Puede usted salir o quedarse ahí! ¡Haga lo que quiera!

Doc no respondió.

Se oyó una explosión enorme al usar «Ham-hock» la escopeta. Se vió una llamarada. El techo del túnel se hundió; las paredes se estremecieron.

La roca cayó en todo el trecho comprendida entre la situación de ambos bandos, obstruyendo el pasaje tan por completo, que no

hubiera podido salvarse de la destrucción ni una rata.

El cataclismo era mucho mayor de lo que había esperado «Relojes».

Doc y sus hombres fueron levantados en vilo por la onda explosiva. El ruido amenazó con hacerles saltar el tímpano de los oídos. Se alzaron espesas nubes de polvo calizo.

Por fin se apagaron los ecos y se pasó el polvo. Las lámparas de bolsillo de los criminales iluminaron los escombros.

—¡Taponado de suelo a techo! —aulló Bowen—. ¡Las piezas del dirigible han quedado enterradas!

Ool habló con serenidad.

—Muy idiotas seremos si, dado tiempo suficiente, no somos capaces de construir piezas nuevas. Pero hubiera sido mucho mejor si hubiéramos tenido las gafas negras.

—Ya nos arreglaremos —murmuró «Relojes»—. Alejémonos de ese polvo. Será mejor que entremos de una vez, ¿eh, Ool?

—Sí; entraremos ahora mismo.

Guiados por Ool, «Relojes» y sus hombres transportaron a los tres temporalmente sin conocimiento por efecto de las balas de misericordia, se metieron por otra de las cavernas y avanzaron apresuradamente por el suelo cubierto de rocas. Sus lámparas de bolsillo parecían cintas blancas en la intensa oscuridad.

Ool iba siguiendo ciertas señales, arañazos apenas visibles, pilas de roca que había aquí y allá. La seguridad de que daba muestras indicaba que aquellas señales las había dejado él mismo.

Las cámaras laberínticas estaban vacías, muertas, desprovistas de toda cosa viviente. Por todas partes, bajo la luz de las lámparas de bolsillo, las paredes, el suelo y el techo tenían un frío brillo plomizo.

—Este sitio es capaz de darle a cualquiera escalofríos —dijo «Ham-hock», con inquietud.

—Estas cavernas —dijo Ool, enigmáticamente— reciben el nombre de Tierra de los Perdidos. Ningún hombre penetra lejos en ellas y vuelve a salir con vida.

—Pues usted sí lo hizo —insinuó el negro, con voz que parecía un quejido.

—En efecto —asintió Ool—, y he sido el primero en hacerlo.

La cuadrilla siguió, caminando horas enteras.

De pronto se detuvo Ool. Se quedó mirando al suelo. «Relojes» Bowen, que caminaba tras él, tropezó contra su compañero antes de poder detenerse.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

La larga mano de Ool señaló hacia el suelo.

«Relojes» miró y soltó, nervioso, una maldición. Los demás se agruparon alrededor suyo, mirando.

Claramente definidas en el polvo de roca blanco había unas huellas. Las de unos pies pequeños, delicadamente formados. Al parecer, iban enfundados en mocasines ceñidísimos.

En las huellas se veía un talón firme, arco alto, y cinco dedos tan poco encogidos y tan redondeados como los de un niño.

Pero el espacio comprendido entre huella y huella, al penetrar éstas en una de las cuevas laterales, revelaba claramente que no eran huellas de criatura.

—¿Qué puede haber estado haciendo Sona por aquí? —exclamó el hombre pálido, con cierto dejo de emoción.

—¿Sona? —inquirió «Relojes».

Ool indicó una especie de señal reticulada apenas visible en las huellas.

—Sí, Sona —afirmó—. Ella y sólo ella goza del privilegio de usar calzado con el dibujo imperial entretejido.

—¿Quién demonios es Sona? —quiso saber el gangster.

Ool, dirigiendo la luz hacia las huellas, no contestó. En lugar de eso, dijo:

—Pasó por aquí hace muy pocos momentos.

Agitó el brazo para indicar la leve nube de polvo de roca que aún flotaba en el aire.

—Sí; estuvo por aquí recientemente. Vamos. La alcanzaremos.

Se volvió hacia donde conducían las huellas. Corría de una forma la mar de desgarbada. Los otros le siguieron de cerca.

No tardaron mucho en ver a la que perseguían. Era una joven.

Echó a correr al verlos acercarse. Tenía una larga y ondulante cabellera de color dorado.

Envolvíase en una especie de material vaporoso que se adhería al cuerpo, señalando todas sus curvas al correr. Llevaba gafas con cristales enormemente gruesos.

Por orden de «Relojes», «Honey» Hamilton disparó unas cuantas

balas de ametralladora por encima de la cabeza de la muchacha. Las cavernas eran más estrechas por aquel punto y el tronar del arma resultaba terrible.

La muchacha no se detuvo y era evidente que las balas y el trueno de la ametralladora eran cosa nueva para ella.

—¡Alcanzadla! —ordenó Bowen.

Lograron hacerlo por fin. La cogieron y la sujetaron.

Ool se aproximó, moviendo la mano derecha con aquel aleteo tan peculiar suyo. La muchacha se sobrecogió. Era evidente que el gesto no le era desconocido.

Ool le dijo algo en una jerga ininteligible. Las gafas que llevaba eran parecidas a las que había poseído Ool. Su grotesco aspecto contrastaba extrañamente con la suave y exquisita curva de sus mejillas, con su color rubio natural.

Ool le arrancó las gafas con tal ferocidad que dejó un arañazo en la suave mejilla.

Luego se volvió a «Relojes».

—El encontrarnos con ella ha sido una suerte que jamás había esperado yo —dijo.

—Para mí, todo eso está tan claro como el barro —gruñó «Relojes»—. ¿Quién demonios es ésta?

—Es... Sona —dijo Ool—. En vuestra llamada civilización recibiría el nombre de princesa Sona.

La mente del jefe de los gangsters empezó a funcionar siguiendo su acostumbrado cauce.

—¡Oye! —exclamó—. Debiéramos...

—Justo —le interrumpió el otro—. La conservaremos como rehén que garantice nuestra propia seguridad y para usarla para conseguir lo que deseamos.

—Seguro —asintió «Relojes», tirando de su cadena de oro—. Para conseguir aquello que pudiera convertirte en presidente de los Estados Unidos, como quien dice.

Ool se volvió hacia Sona, dándole una orden, con aspereza.

De pronto; el túnel se pobló de un ruido tan horrísono que los anteriores parecieron, en comparación, débiles murmullos.

«Relojes» profirió una maldición.

—¡Un ataque por parte de algunos de tus malditos paisanos, Ool! —exclamó.

Pero «Ham-hock» Piney opinaba de distinta suerte.
—¡Son los fantasmas de Doc Savage que disparan! —gimió.

CAPÍTULO XIII

EL TERROR EN LAS TINIEBLAS

«HAM-HOCK» Piney estaba en lo cierto. Fue posible identificar los ecos a medida que se fueron acercando.

Eran las extrañas detonaciones de las pistolas super — ametralladoras de Doc.

—¡Doc Savage está muerto! —aulló «Ham-hock»—. ¡Por fuerza han de ser sus fantasmas los que disparan esas pistolas!

AL apagar los criminales las luces y dispersarse, alzando sus armas en confusa precipitación, uno de ellos dejó caer la pistola y rodó por el suelo, alcanzado por las balas de misericordia.

«Ham-hock» se agachó y arrastró al hombre tras el recodo de un túnel sin salida. Los demás criminales se defendieron desesperadamente. Sus pistolas empezaron a disparar.

Ocurriendo el ataque tan inesperadamente y de parte tan inexplicable, habían quedado desorganizados y ni siquiera se dieron cuenta, hasta transcurridos unos momentos, de que eran sus armas las únicas que sonaban, y que, después de la primera descarga, Doc y sus hombres habían suspendido el fuego.

De pronto surgió de la oscuridad un gigante de bronce e invadió la caverna.

Los ayudantes de Doc le seguían de cerca. Se oyeron gritos frenéticos entre disparo y disparo. Empezaron a caer golpes. La última lámpara se apagó.

Las tinieblas se hicieron profundas.

—¡No disparéis! —les gritó «Relojes» a sus hombres—. ¡Os mataréis unos a otros!

Su mano, esgrimiendo el reloj cargado de plomo por la punta de la gruesa cadena, descargó un golpe contra un cuerpo humano que

se acercó a él.

—¡Eh! ¡No me haga eso a mí! —gritó la quejumbrosa voz de <Ham-hock>.

Ool, durante el transcurso de la lucha, había guardado silencio, sujetando a Sona con una mano e intentando ponerse las gafas con la otra. De pronto, una lámpara se encendió a menos de quince centímetros de su cara. Antes de que su mano derecha pudiera entrar en funciones, la luz desapareció y un puño metálico se estrelló contra su rostro, derribándole.

Se puso en pie de nuevo y buscó a Sona. Había desaparecido.

Doc Savage tenía desarrollada la facultad de calcular las distancias casi al milímetro. Al apagarse las últimas lámparas se había fijado exactamente en la posición de Ool. A continuación había avanzado pegado a la pared del túnel.

Luego se abrió paso a puñetazos por entre los gangsters. Cuando encendió su lámpara estaba cerca de Ool. Había descargado el puñetazo alargando simultáneamente el otro brazo para coger a la muchacha por la cintura.

Sujetándola con firmeza, saltó a un lado en la oscuridad y depositó a la joven en lugar seguro tras una pila de fragmentos de roca que, en alguna época pasada, se habían desprendido del techo.

Mediante un sibilante aviso en lengua maya, anunció a sus hombres que la muchacha estaba segura. Sus ayudantes entonces soltaron nuevas ráfagas con sus super —ametralladoras.

Este nuevo ataque desmoralizó por completo a la cuadrilla de «Relojes» Bowen. Echaron a correr, tropezando unos con otros en la oscuridad.

Doblaron el recodo que conducía al túnel sin salida. Allí, las órdenes de «Relojes» y Ool, dadas a voz en cuello, lograron detenerles y reorganizarles.

Doc ordenó que se suspendiese el fuego. Cayó el silencio, interrumpido tan sólo por las discusiones de los gangsters de Bowen. Siguió a esto un silencio de horror.

Entonces sonó una voz nueva. Era el ronco bramido de Monk.

—¡Adiós, Bowen! —dijo, burlón—. ¡Diré que moriste como un valiente! ¡Os tenemos ahora donde os queríamos tener!

A pesar de lo desesperado de su situación, <Ham-hock> Piney no pudo dominar su curiosidad.

—¿Cómo han vuelto a la vida? —preguntó—. ¡Les echamos un millón de toneladas de roca encima!

—¡No nos echasteis ni un gramo de dinamita encima! —contestó Monk—. No era un túnel sin salida lo que echasteis abajo. Salimos por la parte de atrás. Toda nuestra conversación tuvo lugar a bastante distancia. Es muy difícil juzgar exactamente de dónde sale una voz en estas cuevas.

—Bueno, Monk —dijo Doc, con tolerancia—. Coloquémonos. Tenemos a esos conspiradores embotellados. Ahora lo que nos queda es hacerles salir de ahí.

Doc encendió una lámpara e hizo que la luz recorriera todo su alrededor, buscando sitios buenos para que se parapetaran sus hombres antes de empezar a bombardear con sus pistolas el túnel sin salida.

No había peligro de que las luces atrajeran los disparos del enemigo, ya que éste se hallaba tras el recodo del túnel. Los compañeros de Doc le ayudaron encendiendo también sus lámparas. Monk dirigió su luz hacia Doc, con curiosidad. Lo que vió le hizo dejar caer a Habeas Corpus. Suspiró.

—Amigos —murmuró, sin dirigirse a nadie en particular:— ¡qué cuadro más perfecto!

Se refería al cuadro que presentaba el gigante de bronce, de pie junto a Sona, la muchacha de cabellera de oro, aquella a quien Ool llamaba princesa.

Esta se agarraba a Doc con la instintiva confianza de una niña.

—¿Pretendes, acaso —inquirió Doc,— convertirnos en blanco de los disparos de esa gente?

El químico sonrió y retiró la luz. Doc se acercó para examinar la abertura del túnel.

—¿Quién es? —preguntó Monk.

—No me lo ha dicho —respondió el otro—. No entiendo ninguno de los idiomas en que le he hablado. Tampoco logro yo comprender una sola palabra del suyo.

Monk insinuó:

—En cuanto encuentres medio de hacerte entender, háblale bien de mí, ¿quieres?

Allá, en la oscuridad, Ham soltó un resoplido.

Monk preguntó, iracundo:

—¿Qué diablos quieres decir con ese resoplido?

Los dos gruñeron, preparándose para una batalla que nunca pasaba de la etapa verbal, por muy grande que fuera la provocación.

Monk se acercó y aproximó la cara a la de Ham. De pronto le quitaron a Monk la lámpara de un golpe. El golpe fue dado con suma destreza.

La lámpara se apagó al caer al suelo.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó Monk—. ¡Recoge mi lámpara!

—Recógela tú —le contestó Ham—, y, si no, no haberla tirado.

—¡Eres un embustero! —bramó Monk—. Me la quitaste tú de la mano con un golpe!

—¿A quién llamas tú embustero, mico de…?

Ham se interrumpió al serle tirada a él al suelo la lámpara, que también se apagó.

—¡Mico de matorral! —empezó otra vez, con nueva vehemencia —. ¡Recoge tú mi lámpara!

—Recógela tú, o no haberla tirado.

—¡Qué la había de tirar! ¡Me la quitaste tú de la mano de un golpe!

—Escucha, uno de nosotros dos no está bien de la cabeza —dijo Monk. Ambos guardaron silencio. La mano de Ham apretó espasmódicamente su bastón estoque. Monk se acarició, abstraído, el rojo cabello que, más que tal, parecía una colección de cerdas.

De pronto resonó en la caverna el sonoro bramido de Renny.

—¡Algo me ha cogido la lámpara! —gritó.

La caverna se hallaba ya completamente a oscuras.

Doc había sentido que Sona se apartaba de su lado. Se separó bruscamente, como arrancada por una fuerza terrible.

Doc extendió las manos en la oscuridad, buscándola. Sólo tropezaron con el aire. Saltó a un lado, luego a otro, buscando. No encontró rastro de la muchacha.

Se detuvo a sacarse del bolsillo otra lámpara de repuesto. Pero un golpe terrible se la arrancó de la mano. Su mecanismo quedó hecho cisco.

Doc gritó un aviso a sus ayudantes.

—Agarraos bien a las pistolas —dijo—. No disparéis hasta que

tengamos luz. Pudierais daros unos a otros.

—¡Son las cosas! —aulló Ham—. ¿Qué demonios son?

—Más vale que nos juntemos —aconsejó Doc—. Venid aquí todos.

Los ayudantes de Doc no llegaron a su lado. Allí en la caverna de horror desconocido, algo blando y limoso les envolvió, una materia odiosa de la que hicieron desesperados esfuerzos por librarse, sin conseguir nada.

No podían usar las pistolas.

Aquella materia extraña fue pegándose más y más a sus semblantes, haciéndoles arder los ojos y la garganta, debilitando al propio tiempo sus miembros.

Uno por uno fueron cayendo al suelo de la caverna, retorciéndose hasta debilitarse por completo y quedar inmóviles.

El propio Doc Savage no se sustrajo al fantástico horror aquel tampoco, aun cuando logró resistirlo más tiempo que sus compañeros.

Contuvo el aliento minutos enteros, intentando esquivar la nociva substancia que, en su opinión, surtía su efecto por sofocación, y durante dichos minutos apeló a todas sus fuerzas para librarse del limoso abrazo.

Pero la materia se adhirió a su cuerpo, dificultando sus movimientos, y, por último, imposibilitándolos por completo.

Por fin tuvo que respirar, y cuando lo hizo rodó por el suelo, tan impotente como los demás.

CAPÍTULO XIV

SERES NEGROS

CUANDO Doc Savage y sus cinco ayudantes recobraron el conocimiento, se encontraron tendidos sobre un suelo duro y liso en la más profunda oscuridad.

Doc, que fue el primero en reponerse, hizo recuento de sus hombres, encontrándolos a todos allí.

—¡Uf! —exclamó Ham—. ¡Cuándo pienso en esa cosa limosa…!

—Bueno; calla —gruñó Monk—. Ya estamos enterados todos de cómo sabe. ¡Caramba! ¡Daría la oreja izquierda de Habeas por un poco de luz del día!

—¿Dónde crees tú que estamos, Doc? —inquirió Ham.

—A juzgar por la presión que siento en los oídos y por el cambio de temperatura, nos encontramos a mucho mayor profundidad que cuando nos capturaron.

—Ni siquiera estamos atados —murmuró Long Tom, con voz esperanzada.

—Eso no es, necesariamente, una buena señal —le recordó Doc.

—¿Por qué no?

—Probablemente significa que quien nos ha traído aquí considera tan imposible que podamos escaparnos, que el atarnos sería una precaución inútil.

—Nos han cacheado —dijo Renny—. Tengo los bolsillos tan vacíos como los hielos polares. Y han desaparecido nuestras pistolas.

—¿Se llevaron las gafas también, Doc?

—Sí —respondió éste pensativo.

—¿Qué habrá sido de «Relojes» Bowen? —murmuró Renny.

—¡Eh! —aulló Monk, de pronto—. ¿Dónde creéis que estará mi

cerdo?

Silbó y luego llamó:

—¡Habeas! ¡Habeas!

Se oyó un gruñido y el ruido de unas patas en la oscuridad y el cerdo, respondiendo a la llamada de su amo, se pegó a las piernas de Monk. Este estaba sentado en el suelo.

El puerco se le echó encima como un perro excitado; luego se perdió en la oscuridad, buscando con el hocico a los demás miembros del grupo.

—¡No te acerques a mí, puerco! —le advirtió Ham—. De la única forma que te recibiría bien sería en una fuente y con una manzana en la boca. Y salsa por encima y, quizá, un poco de puré de patatas.

Doc había estado examinando el suelo con las manos. Se puso en pie, buscó a tientas, llegó a la pared y fue pasando la mano por ella.

—Nos encontramos en una cámara de construcción artificial —dijo, en alta voz—. El suelo y las paredes están enyesados. Y bastante bien, por cierto. La superficie es muy lisa.

Ham, sintiendo un pequeño golpe en la espalda, como si Habeas Corpus le hubiera tocado, dio un golpe hacia atrás. A nada dio, pero se oyó un quejido.

—¡Ham! ¿Estás haciendo daño a mi cerdo? —gritó Monk, furioso.

—No; pero se lo haré sí le pesco —prometió Ham, con entusiasmo.

Poco después sintió algo frío y húmedo en el cuello, algo así como el hocico del cerdo.

Volvió a pegar; no tocó nada, pero, como la vez anterior, se oyó un extraño gruñido.

—¡Monk! —gritó el abogado—. ¡Llévate a tu puerco de aquí!

—¡Narices! —contestó el químico—. Habeas está aquí conmigo.

Algo le retorció una oreja a Monk. Lanzó un golpe a lo que imaginó serían los dedos de Ham. Su mano tocó aire. De pronto, Habeas fue izado en vilo y retirado.

Monk intentó coger al cerdo. Su mano tocó aire nada más. Sin embargo, oía los frenéticos quejidos del animal. Se levantó del suelo y avanzó en la oscuridad, buscando con las manos.

Los gemidos del cerdo sonaban, aparentemente, cerca de las

puntas de sus dedos, como si alguien tuviese al cerdo en alto.

—¡Ham! —gritó—. ¡Maldita sea tu estampa, suelta a ese cerdo!

Tropezó con Ham y cayó al suelo, mientras el abogado le colmaba de denuestos.

—¡Dame mi cerdo! —le gritó el químico a Ham, al oído.

Ham se retiró.

—¡No tengo tu cerdo! ¡No quiero tu cerdo! ¡Odio a tu cerdo! ¿Te entra eso en esa mollera tan dura que tienes?

—Sí —dijo Monk, bajando de pronto la voz:— me parece comprender. Ham… vosotros todos…

No acabó la frase.

—Aclara específicamente… —empezó a decir Johnny.

Pero abandonó las palabras largas y exclamó, con ira:

—¿Cuál de vosotros me acaba de quitar el monóculo? Eso se me antoja que es llevar las bromas un poco lejos.

—Johnny —inquirió Monk, en voz ominosamente serena:— ¿cómo quieres que pudiera ver nadie para quitártelo?

—¡Que me superamalgamen! —exclamó el arqueólogo—. ¡Son las cosas!

A cierta distancia, en la intensa oscuridad, volvió a oírse el gruñido de Habeas.

—¡Se han llevado mi cerdo! —bramó Monk.

—¡Algo ha intentado arrancarme un anillo del dedo! —gritó Ham. Se le oyó rebuscar en la oscuridad—. ¡No consigo echarle el guante a nada!

De pronto estalló una algarabía infernal entre los ayudantes de Doc. Por todas partes empezaron a tirarles de la ropa, como con minúsculas pinzas, y unos golpes pequeños, como de martillo, llovieron sobre sus caras y cuerpos.

Sonaron nuevos ruidos en las tinieblas, ruidos raros, ininteligibles, chirridos, silbidos amortiguados, chasquidos ásperos.

Los hombres de Doc lucharon, gritando, buscando a tientas, dando zarpazos.

Cada vez que tropezaban con algún objeto en movimiento o que le ponían la mano encima resultaba ser uno de sus propios compañeros.

—¡Si pudiera pegarle a algo siquiera…! —bramó Renny, el de los descomunales puños.

Monk, oyendo nuevos gruñidos que, evidentemente, eran emitidos por Habeas Corpus, corrió hacia delante con animo de salvarle. Al segundo paso que dio tropezó tan violentamente contra la pared que rebotó y cayó al suelo, aturdido.

—¡Doc! —gritó.

—Estaba aquí la última vez que me di cuenta de su presencia —dijo Long Tom—. ¡Uf!

Algo invisible acababa de darle un pinchazo.

—¡No os precipitéis! —dijo la voz del hombre de bronce.

—¡Son como aire! —bramó Renny—. No hay manera de pegarles. Se les atraviesa de parte a parte con el puño y uno no los siente siquiera.

—¡Completamente intangibles! —asintió Johnny.

—Lo dudo —contestó Doc—. Lo más probable es que se trate de seres dotados de fuertes reflejos musculares. Pueden quitarse rápidamente, del paso.

—Pero… ¿cómo pueden ver? —exigió Ham—. Esta oscuridad es absoluta.

—Es un verdadero misterio —dijo Doc.

En la oscuridad preñada de terror volvió en blando a oírse el gruñido del cerdo de Monk.

—¡Están maltratando a Habeas! —dijo su dueño, con rabia.

—Tal vez —dijo Ham, con sarcasmo—, sean humanos, después de todo. Yo hace tiempo que experimento vivos deseos de hacer lo mismo.

La voz de Doc empezó a emitir órdenes:

—¡Todo el mundo aquí conmigo! Hay un rincón aquí. Es el final de una habitación larga y estrecha.

Sus ayudantes acudieron en la oscuridad.

—Separaos un poco —ordenó el hombre de bronce—. Aún quedaréis lo bastante cerca unos de otros para poder tocaros las manos por los dos lados.

Se alinearon en el extremo de la habitación, con la espalda pegada a la pared.

—Bien… ahora echad a andar despacio. Yo seguiré hablando. Manteneos al nivel de mi voz y todos en línea uniforme. Agachaos. No dejéis de mover los puños hacia los lados ¡No permitáis que se os meta nada detrás!

Guiados por la voz de Doc, emprendieron la marcha, formando una escoba humana que empezaba a un extremo del cuarto y seguía hasta el otro.

De igual manera que es función de una escoba mantener toda la basura delante de ella, así aquella escoba humana procuró empujar delante de sí a los misteriosos habitantes de la oscuridad.

Avanzaron lentamente, agitando los puños con rapidez. Nada se opuso a su avance. Era como si sus extraños atormentadores estuviesen replegándose en silencio, impresionados por aquel ataque en cooperación.

De pronto se oyó el golpe de un puño contra algo.

—¡Son de carne y hueso! —bramó Renny—. ¡Acabo de darle a uno de ellos!

—¡Magnifico! —dijo Doc—. Recoged lo que peguéis y seguid avanzando.

—No hay qué recoger —se quejó Renny—. Pero estoy seguro de que pegué a algo.

¡Zas! ¡Zas! Johnny y Long Tom dieron, simultáneamente, contra objetos duros.

—¡Agarrad lo que podáis! —volvió a decir Doc.

En aquel momento su propio puño dio en un objeto blando. Movió la mano con rapidez de relámpago, pero no halló nada que coger.

—Son rápidos —dijo—. Haced lo posible por coger uno de ellos. Concentrad en obligarlos a retroceder.

El puño de Ham fue el siguiente en dar.

—¡Eh! —exclamó, excitado—. ¡A éste le he cogido!

—¡Quietos en vuestros sitios! ¡No dejéis que pase nada entre vosotros! ¿Puedes manejarlo sin ayuda, Ham?

—Creo que sí. ¡Ay! ¡Este muerde!

Durante breves instantes se oyó una lucha feroz. Luego un silencio lleno de tensión.

La voz de Ham dijo, con disgusto:

—¡Ese maldito cerdo!

Entonces fueron asaltados con furia. Empezaron caer golpes sobre ellos, altos y bajos. Todos fueron sometidos al mismo violento tratamiento.

—¡Conservad vuestras posiciones! —dijo Doc—. Seguid

avanzando. Casi hemos llegado ya al otro extremo del cuarto.

Siguieron avanzando obstinadamente, dando puñetazos, puntapiés y, a veces, cabezazos. Ni una sola vez lograron echar mano a uno de los asaltantes. Pero, de pronto, la oscuridad se vació delante de ellos. Tropezaron contra una pared.

—¡Una puerta! —exclamó Doc—. ¡Aquí! ¡Han salido e intentan cerrarla!

—¿De dónde habrán sacado la madera aquí para hacer una puerta? —murmuró Renny, para quien las puertas tenían enorme interés, puesto que se jactaba de que no existía ninguna que no pudiese derribar él de un puñetazo.

—No es de madera —le informó Doc—. Es de una substancia desconocida... de una composición artificial, al parecer.

Lograron forzar la puerta y pasar. Una vez fuera del cuarto, no se les molestó, de momento.

Avanzaron cuidadosamente a tientas en la oscuridad, y sus pies encontraron escalones, mientras que las manos hallaron paredes intrincadamente adornadas en algunos puntos y perforadas con aberturas de tamaño de hombre en dibujos geométricos exactos.

Encontraron unos objetos geométricos que descansaban solamente en el suelo —muebles al parecer— y todos en forma de circulo, cuadrilátero, cuadrado y triángulo.

Los objetos eran fuertes, pero de material muy liviano. Monk, al andar, derribó un objeto que parecía tan grande como un piano. No se rompió, y lo volvió a poner derecho con una mano.

—¡Qué vida! —gimió.

Doc Savage dijo:

—Una de las características de este lugar es que todo parece hecho de la misma substancia que la puerta. Si estos seres... o cosas... han aprendido el arte de sintetizar los materiales de construcción, hemos de habérnoslas con gente de no poca inteligencia.

—¿Qué necesidad tienen aquí abajo de fabricar nada? —dijo Ham, extrañado.

Doc empujó una cosa triangular que encontró. Era una puerta enorme; pero se abrió sin dificultad. Salió un olor húmedo, casi sofocante.

Doc cerró de golpe la puerta. Vaciló. Luego abrió la puerta otra

vez, entró y llamó a sus ayudantes.

—Usad las manos —dijo—. Creo que hallaréis la contestación a varios misterios.

Exploraron, y sus manos entraron en contacto con un objeto satinado, liso, curvado, fresco y blando.

—¿Reconocéis el olor ahora? —inquirió Doc.

—¡Setas! —exclamó Monk.

—Hongos cultivados de una variedad gigantesca y desconocida —dijo Johnny—. ¡Que me superamalgamen!

—Supongo que esto será lo que las... las cosas... comen —comentó Long Tom.

Doc dijo:

—Los hongos tal vez sean la base del material ligero de lo que todo parece estar hecho aquí.

Cuando se volvían para regresar a la puerta, algo húmedo les dio en la cara, haciéndoles retroceder. Luego algo blando y limoso les envolvió la cabeza.

—¡Quitáoslo de encima antes de que se agarre bien! —gritó Doc —. Y... contened el aliento! Creo que esto es lo mismo que lo que nos privó del conocimiento la otra vez.

Doc corrió hacia la puerta. Esta estaba cerrada. Toda la prodigiosa fuerza del hombre de bronce no bastó para moverla. Renny se acercó a él en la oscuridad; pero los golpes de los cuatro puños sólo lograron despertar ecos.

La substancia que les envolvía la cabeza les oprimió más. Tiraron de ella, con furia. De pronto, empezaron a recibir golpes por todos lados.

Al dar zarpazos en dirección al invisible enemigo, nada pudieron hallar más que la limosa y horrible substancia. Sus atacantes resultaban esquivos como en el cuarto en que volvieron en sí.

Reaccionando contra un golpe agudo recibido en pleno rostro, Doc logró asir algo por fin. Su enorme mano asió un objeto en movimiento. Sus dedos lo sujetaron como una trampa... de acero.

Era un artículo pequeño, duro, de una forma rara. El sentido del tacto, tan desarrollado de Doc, le permitió reconocer inmediatamente lo que había cogido.

Un par de gafas con cristales extraordinariamente gruesos.

Retrocediendo, dando zarpazos a la misteriosa substancia que

intentaba envolverle, la cabeza, Doc se puso las gafas.

Instantáneamente, el aire se llenó de una extraña neblina dorada. ¡Las tinieblas desaparecían! En su lugar, había un aura fantástica, como de oro, llena de extrañas opalescencias.

Después de unos instantes, empezó a reconocer los objetos a la extraña luz.

Vió la rara substancia contra la que luchaban sus ayudantes. Reconoció enseguida lo que era una variedad gigantesca de los hongos que cuelgan como musgo de las maderas podridas de los túneles de las minas de carbón.

Sabía que aquellos hongos medraban en lugares en que la carencia de luz fuese absoluta.

La variedad que vió por las gafas negras había sido evidentemente cultivada en aquella exótica caverna, alcanzando gigantescas proporciones.

Vió vagamente a sus ayudantes a través de la dorada bruma. Eran figuras negras, vistos a través de las gafas. Estaban luchando a brazo partido con los hongos.

Doc corrió a ayudarles; pero por todos los costados empezaron a converger hacia él unos seres sin forma. En la extraña luz amarilla, las figuras se destacaban en confuso negro. ¡Las cosas negras! Los seres aquellos tenían, aproximadamente, la estatura de un hombre. Algunos tenían largas pértigas, con las que empujaban les hongos contra la cara de los ayudantes de Doc.

Otros obraban con mayor libertad. Corriendo hacia Doc, le golpearon por todas partes.

El equipo científico del hombre de bronce le había sido quitado al caer prisionero. No tenía más medios de defensa que sus soberbios puños, que usó con la mayor eficacia posible, haciendo caer a sus enemigos por hileras.

Pero siempre acudían filas nuevas a ocupar su sitio.

Por detrás, por delante, por los lados, se abalanzaban sobre él y, por fin el hombre de bronce cayó. Los fantásticos atacantes se echaron sobre su cuerpo como hormigas sobre un escarabajo.

CAPÍTULO XV

OSCURIDAD DORADA

EL sonido de una voz autoritaria y melodiosa hizo que los extraños seres cesaran en su ataque. Volvió a sonar la voz, emitiendo una orden al parecer, y los seres se retiraron de Doc, formando un corro a su alrededor.

Luego, a otra orden de la voz, fue retirada aquella excrescencia que parecía limoso algodón.

Los cinco ayudantes de Doc sintieron el contacto de unos dedos en torno a sus ojos. AL ser retirados éstos, se encontraron todos equipados con unas gafas negras.

Fueron más lentos que Doc en acostumbrar la vista a la luz dorada; pero poco a poco empezaron a ver siluetas negras y borrosas en aquella luz.

—¿Veis vosotros lo que yo veo? —exclamó Monk.

Sonó la voz de Doc.

—Enfocad cuidadosamente los ojos en el objeto. Pronto empezaréis a daros cuenta de los detalles.

Así lo hicieron y lo que antes les parecían negros monstruos resolviéronse en individuos.

—¡Son hombres! —bramó Renny.

—Seguid mirando —aconsejó Doc—. Acabaréis por ver el colorido.

—La verdad —exclamó Long Tom—. Yo empiezo a verlo ya. Veo las setas. Parecen color rosa.

—Mirad detrás de vosotros —dijo Doc.

Obedecieron. Allí, un poco delante de los monstruos negros, estaba la muchacha: La princesa Sona. Parecía una figura de cuento de hadas, vista a través de una neblina dorada otoñal.

Las curvas de su juvenil cuerpo eran atrayentes, reveladas por la túnica que se adhería a su cuerpo. La dorada y sedosa cabellera le llegaba hasta la cintura y parecía formar parte de su diáfana vestidura.

Sus labios eran perfectos; sus facciones exquisitamente talladas. Su aspecto quedaba tan sólo estropeado por las gafas grotescas.

Con perdonable vanidad femenina se quitó las gafas unos instantes para limpiar unos granos de polvo imaginario de los gruesos cristales.

El efecto, para la batería de ojos masculinos admiradores, fue aniquilador.

—¡Voto a tal! —susurró Renny.

—¡Que me superamalgamen! —entonó Johnny.

—Estoy enamorado —exclamó Monk.

Las palabras tranquilamente analíticas de Doc Savage les hicieron volver a la realidad.

—Estáis presenciando un fenómeno asombroso —dijo.— Estáis viendo donde no existe luz en el concepto que nosotros tenemos de ella. Al parecer, las partículas de aire han sido tratadas de una forma que las hace luminosas al ser contempladas a través de las gafas negras. Los objetos que al principio parecían negros a nuestros ojos no acostumbrados se destacaban ahora en algo muy aproximado a sus colores naturales, templados levemente por los efectos de la neblina dorada.

Monk dijo ensoñador:

—Es como cuando el sol proyecta sus rayos diagonalmente sobre la Tierra, en otoño. Y no sabéis cómo es… poco antes del crepúsculo, cuando los rayos del sol se filtran por entre los árboles en una especie de áureo rubor…

—¿Qué estás haciendo? —le interrumpió Ham, agriamente—. ¿Volviéndote poético?

—Narices, picapleitos —contestó el químico.

Los encantos de la muchacha no dejaron de afectar a Doc Savage. Pero el hombre de bronce, en su inflexible resolución de dedicar su existencia a ayudar a cuantos necesitaban auxilio y a castigar a los que merecían castigo, se había creado enemigos encarnizados, adversarios sin escrúpulos que ante nada se detendrían para acabar con su carrera.

El hombre de bronce sabía cuidarse a sí mismo; pero si sus adversarios le atacaban por mediación de una persona querida, tendría las manos atadas.

Por consiguiente, se había endurecido contra el pensamiento de unirse con persona alguna del sexo opuesto.

—¿Puedes hablar tú con ellos, Doc? —inquirió Renny.

—Lo intentaré.

Como poligloto, es muy posible que el hombre de bronce no tuviese rival.

Habló rápidamente, usando distintos idiomas. Pero a toda lengua que empleaba la muchacha se limitaba a sonreír, replicando en tono dulce y trémulo, tan conmovedor para los sentidos como la música de violín, y tan analíticamente ininteligible.

Se acercó, por fin, y asió al hombre de bronce de la mano, indicándole que él y sus ayudantes habían de acompañarla.

Luego salió por la puerta triangular, y sus secuaces, que ahora se veía claramente eran hombres con gafas negras, cerraron la comitiva.

Fuera, junto a la puerta, dos hombres con gafas —que estaban de guardia, evidentemente— saludaron de una forma extraña, alzando la mano derecha y agitándola con movimiento de mariposa.

A una brusca orden de Sona, las manos bajaron.

—Fijaos en eso! —exclamó Johnny, excitado.

—¡Ool tenía esa costumbre! —murmuró Ham.

Monk se aproximó a los dos hombres.

—Estos incluso se parecen a Ool —dijo—. Aun cuando tal vez no estén tan arrugados como él.

Escudriñó el semblante de los otros hombres.

—Estos otros no tienen tan mala cara —aseguró.

—Esto parece aclarar el misterio de la identidad de Ool —observó Doc—. Salió de este mundo subterráneo. Pero aún no sabemos por qué ha vuelto y se ha traído a «Relojes» Bowen con él.

Long Tom respiró profundamente, cosa que ensanchó su pecho —que tan estrecho parecía normalmente— mucho más de lo que hubiérase creído posible.

—Me alegro infinitamente de haber salido de ese vivero de setas y de poder respirar aire puro.

—A juzgar por lo bien guardado que está el lugar —dijo Doc—,

con toda seguridad acertamos al suponer que las setas son de enorme importancia para la vida económica y física de esta gente.

—¿Qué comerán? —murmuró Monk.

—Podemos intentar averiguarlo —contestó el hombre de bronce.

En el espacioso cuarto exterior, Doc hizo gestos indicadores de hambre, a los que Sona contestó con sonrisas de comprensión y movimientos afirmativos de cabeza. Luego dio palmadas. A continuación, hizo un gesto para que Doc y sus ayudantes se sentaran.

Se arrellanaron en divanes de formas geométricas bastante cómodos, cuyo asiento estaba compuesto de una fibra blanda parecida a esponja de goma.

Los ojos de Monk casi se le desorbitaron al ver la cantidad de platos que le ponían delante; surtido asombroso, artísticamente preparado. La comida era tan sabrosa como bien presentada.

Todos comieron con apetito. Pero Monk especialmente tragó como un lobo.

—No sé lo que estoy comiendo —observó—. Pero estoy dispuesto a cenar lo mismo.

Doc aguardó a que hubiera terminado. Luego le dijo:

—Has estado comiendo una sola cosa, Monk.

—¿Sí? ¿Qué?

—Setas.

—¡Voto a tal! —gruñó Renny.

—Han descubierto el modo de disfrazar el gusto y el aspecto para evitar la monotonía, supongo —comentó Johnny.

—Pero... ¿cómo puede uno alimentarse exclusivamente de setas? —inquirió Monk.

—Sin duda alguna, esta gente ha tenido que adaptar su cuerpo a las circunstancias —dijo Doc—. Es probable que tengan otras plantas, aparte de las setas; pero serán de naturaleza parecida. Tal vez extraigan de ellas y de depósitos naturales el abono necesario para su cultivo especializado. Puesto que esta gente vive y está dotada de una vitalidad bastante asombrosa, podemos deducir, sin miedo a equivocarnos, que pueden extraer de lo que les rodea los elementos necesarios para conservar la vida.

—Este aire huele raro —agregó Renny.

—Creo que descubriremos que fabrican o por lo menos,

purifican el aire también, tal vez con oxígeno extraído del agua.

Monk parpadeó.

—Estos tipos no son tontos. Parecen coger cosas que nosotros sólo podemos lograr como experimentos de laboratorio, y aplicarlos para su uso diario.

Sona había aguardado con paciencia, pero se acercó por fin, tiró de la manga a Doc Savage, y les condujo a todos fuera de aquella habitación.

Una vez fuera, los hombres de Doc miraron a su alrededor, boquiabiertos.

Doc miró también con atención. Por todas partes se alzaban paredes lisas, bañadas en la suave neblina dorada. Eran blancas y fulguraban la áurea atmósfera.

Así como en el cuarto que acababan de abandonar todo estaba hecho de forma rigurosamente geométrica, allí las líneas rectas y las anchas curvas resultaban hermosas en su desnuda sencillez.

—¡Es… es bastante modernista! —tartamudeó Monk.

—Es el más impresionante ejemplo de arquitectura funcional que he visto jamás —dijo admirado, Renny, el ingeniero civil.

Doc dijo:

—Tenían que construir dentro de los limitados confines de esta caverna subterránea. Además, andando escasos de material de construcción renunciaron a todo adorno y fachada. En todos los casos, han empleado la menor cantidad de material posible.

Mientras miraban se dieron cuenta de una especie de chasquido débil y acompasado.

—¿Qué ruido es ése que se oye? —inquirió Long Tom.

Monk miró a su alrededor, intrigado.

—Sí; lo he estado notando yo también. Parece el tic-tic de un reloj.

—Es una clase de ruido que uno dejaría de notar después de acostumbrarse a él —dijo Renny.

Guardaron silencio unos instantes, escuchando el ruido que parecía temblar en la neblina dorada con amortiguada cadencia, semejante a la palpitación de un pulso lento.

Entonces Sona les guió por entre lisas y elevadas paredes, a lo largo de una avenida limpia como una patena.

Empezaron a ver las residencias de la extraña metrópoli. Estas se

alzaban hasta el techo de la arqueada caverna, cada piso un poco más atrás que el de abajo, al estilo de los rascacielos.

Parecían tan eficientes como el cuadro de interruptores eléctricos de una sala de dínamos.

Monk señaló un edificio de numerosas ventanas —evidentemente una fábrica— construido sobre un torrente subterráneo.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Parece el dibujo modernísimo de un pez eso que hay sobre la puerta.

—Sí, lo es —contestó Doc—. Ahí, con toda seguridad, someten a algún procedimiento los peces sacados del río. Es evidente que tienen otra cosa, aparte de las setas.

Long Tom señaló también.

—Ese edificio de allí, con esa especie de seta sobre la puerta, debe ser la fábrica donde se someten las setas a tratamiento.

—¡Vaya fábricas! —bramó Renny, admirado—. ¡Nada de humo, nada de polvo, nada de olor!

—No se desperdicia nada en parte alguna al parecer —comentó Doc—. Son fábricas tan eficientes y científicas como el sueño de un técnico.

Siguieron adelante y su grupo fue engrosándose con la llegada de nuevos individuos con gafas, que acudían de todas partes a contemplar el asombroso espectáculo de hombres llegados de otro mundo.

También se unieron a la muchedumbre mujeres enfundadas en vestidos poco menos brillantes y lustrosos que los de Sona.

Long Tom llamó la atención de sus compañeros hacia un grupo de estructuras alzadas en una especie de gran patio abierto. Dedujo que se trataba de edificios gubernamentales. Eran éstos tan rigurosamente funcionales como todos los demás.

El edificio más espacioso de todos era uno que se hallaba en el corazón de la metrópoli, y que parecía contener laboratorios científicos y que tal vez tuviese instalada también en su interior maquinaria para el tratamiento del aire empleado para respirar y para fines de iluminación.

Por lo menos, el aire era más fresco y más brillante en su vecindad. Era un edificio alto y circular, sobremontado de complicada serie de extrañas tuberías curvadas y conductos.

Este se llamaba en el idioma del lugar, según supieron más adelante, «Instalación Mecánica Central».

—¡Eh! —exclamó Monk—, esa especie de pulsación… ¿no os parece que suena mas alto ahora?

—Sí —contestó Doc—. No cabe la menor duda que ése es el lugar de donde sale el ruido.

Escucharon. El sonido poblaba la áurea atmósfera como los amortiguados latidos de un camión gigantesco.

Doc decidió:

—El ruido debe estar relacionado de alguna forma con la preparación del aire luminoso. Podría muy bien llamarse el latido del corazón de la metrópoli.

Sin previo aviso, oyéronse grandes gritos. Una algarabía maligna pobló el lugar. Resonaron terriblemente los ecos bajo la enorme cúpula de la caverna.

—¡Eso no tiene nada de latido! —gritó Monk.

—¡Ametralladoras! —exclamó Ham.

Sona quedó sobrecogida, pegada a Doc Savage en su alarma al oír tan desacostumbrado ruido. Los hombres que la escoltaban empezaron a revolverse, presas de enorme pánico.

—Suena como un ataque contra el edificio circular —dijo Doc, rápidamente.

Con dulzura, se separó de Sona e hizo una señal a los hombres de su escolta para que formaran un círculo protector alrededor de la princesa.

—¡Vamos! —les gritó luego a sus cinco ayudantes.

CAPÍTULO XVI

LUZ FRIA

EN la Instalación Mecánica Central, balas de ametralladora rebotaban contra la superficie lisa y redondeada de las paredes, redoblando como los palillos de un tambor. Los que disparaban estaban agrupados y, avanzando hacia el edificio, intentaban llegar a las puertas grandes.

Estas se habían cerrado al sonar la primera descarga. Eran enormes y parecían de torpe manejo; pero se habían cerrado sin dificultad.

Doc Savage vio a los que ametrallaban.

—¡«Relojes» Bowen y su cuadrilla! —exclamó, sombrío.

Delante de la Instalación Mecánica Central yacía una media docena de cadáveres, habitantes de la metrópoli, que sin duda habían visto aproximarse a los gangsters y habían dado una alarma que les costó la vida.

Los cadáveres estaban desprovistos de gafas.

Doc Savage torció a un lado, en dirección a lo que aparentemente era un almacén destinado a una especie de baldosa hecha de fibra prensada.

Las baldosas eran cuadradas, de unas seis pulgadas de lado y una de grueso.

Cogió varias de ellas y se las echó a sus ayudantes.

—¡Sujetadlas como si fueran pistolas!— dijo —. Esta luz amarilla engaña mucho. Tal vez podamos hacerles creer que tenemos aún nuestras pistolas super —ametralladoras.

La estratagema tuvo más éxito de lo que se había esperado. «Relojes» Bowen y sus hombres, nerviosos ya por el fracaso de lo que habían querido que fuese un ataque por sorpresa, vieron a Doc

y a sus ayudantes acercarse.

—¡Tienen esas pistolas super —ametralladoras!— aulló «Hamhock».

Dando alaridos, «Relojes» ordenó la retirada hacia uno de los edificios próximos destinados a vivienda. Hubo mucho jaleo y muchos disparos dentro, pero no tardaron en aparecer en el tejado «Relojes» y sus secuaces.

Desde allí, podían dirigir una lluvia ininterrumpida de disparos contra la Instalación Mecánica Central, sin peligro de que a ellos se les atacara desde arriba.

Las balas obligaron a Doc y a sus ayudantes a buscar refugio. Volvió a caer el plomo contra la Instalación Mecánica.

—¡Esos proyectiles no parecen poder perforar las paredes de la Instalación! —gritó Long Tom, mientras corrían, guareciéndose lo mejor posible, en dirección al edificio de la Central.

Corrían solos, porque los habitantes del vasto país subterráneo se habían apresurado a buscar refugio.

Más adelante se supo que existían fuertes cámaras subterráneas a las que huía la población en las raras ocasiones en que se hundía algún techo, aunque esto había ocurrido poquísimas veces durante los últimos siglos, debido al reforzamiento, por medios científicos, de la parte poblada del laberinto subterráneo.

—¿Qué pretenderán con atacar a la Instalación Central? —se preguntó Monk, en alta voz.

—Será algún plan fraguado por «Relojes» Bowen —dijo Renny —. Seguramente habrán conseguido gafas por mediación de Ool.

Los que manejaban las ametralladoras dispararon contra ellos. La distancia era demasiado grande para que pudieran tener resultado positivo sus disparos.

Unos momentos después empezó Doc a dar órdenes.

—Vamos a intentar lo siguiente —dijo—, vosotros cinco procurad entrar por la puerta de atrás de la Central y organizad a los que haya dentro para oponer resistencia.

Monk estalló:

—Pero… ¡si no sabemos hablar su idioma!

—Habladles por señas; parecen duchos en interpretarlas.

—¿Qué vas tú a hacer, Doc?

Este dijo sombrío:

—Veré si encuentro manera de silenciar esas ametralladoras.

Se alejó y, antes de que pudieran protestar sus ayudantes, desapareció por entre los extraños edificios.

—«Relojes» Bowen tiene nueve hombres con ametralladoras —murmuró Long Tom, dubitativo—. Doc no lleva armas. Tal vez lo pase mal.

—No te preocupes por eso —contestó Monk—. Yo apostaría a que consigue reducirlos al silencio.

Golpearon en la puerta posterior de la Central.

Un observador envuelto en larga capa negra les había visto acercarse evidentemente desde una especie de torrecilla situada encima del edificio.

Había visto también, al parecer, que formaban parte del grupo de la princesa Sona. Debía de considerarles de confianza, porque dio la señal para que les fuese abierta la puerta.

Esta se abrió en silencio lo bastante para que pudieran pasar y fueron entrando uno por uno, siendo Ham el último.

Cuando la puerta se cerraba tras él, una figura envuelta en capa negra corrió, frenética, hacia el edificio, gritando algo ininteligible para los ayudantes de Doc; pero no para los guardianes de la Central.

La puerta se cerró con tal furia, que pilló al siempre impecablemente vestido Ham y le arrancó toda la parte de atrás de la chaqueta.

El que había corrido hasta allí se quedó fuera.

Por extraño que parezca, Ham no se preocupó poco ni mucho de su estropeado traje. Poco antes de cerrarse la puerta, había vuelto la cabeza y descubierto algo que le preocupaba infinitamente más.

—¡Ool! —exclamó—. ¡Es Ool el que acaba de acercarse! Estaba vestido como esta gente de las cavernas. ¡Apuesto a que no le reconocieron!

Empezaron a rodearles los hombres de la Central. Su actitud nada tenía de amistosa.

—¿Qué les pasará a estos pajarracos? —murmuró Monk, inquieto.

—Debe ser algo que gritaría Ool —dijo Ham.

El terror del abogado estaba justificado, porque dentro de la Central sonaron ásperas órdenes en el mismo idioma que empleara

Ool, órdenes serenas.

AL igual que Ool, todos aquellos hombres parecían haber adquirido un dominio absoluto de sus emociones.

—¡Apostaría cualquier cosa a que Ool les ha dicho que somos de la cuadrilla de «Relojes»! —exclamó Monk.

Renny se golpeó los puños.

—Sí; con toda seguridad les habrá dicho que intentábamos engañarles, entrar y apoderarnos del edificio.

Un instante después, los hombres de la caverna rodeaban por completo a los cinco ayudantes del hombre de bronce.

Formaban un círculo impresionante, con sus capas oscuras, gafas negras, y rostros pálidos e inescrutables que, dado su color nacarino, no parecían del todo humanos.

—Y ahora… ¿qué? —gruñó Long Tom.

La respuesta vino enseguida. La mano derecha de aquellos hombres pareció flotar en el aire, revoloteando como una mariposa.

—¡Rayos! —exclamó Renny—. ¡Me gustaría que estuviese aquí Doc, para sacarnos del apuro!

*****

Después de haber mandado a sus hombres a la Central, Doc caminó apresuradamente por las extrañas calles y dio un rodeo para llegar a la parte posterior del fantástico edificio en cuyo tejado <Relojes> Bowen y sus hombres estaban instalados con sus ametralladoras.

Alzó la mirada. Vió de vez en cuando algunos de los gangsters cuando disparaba contra la Central.

La casa que había escogido «Relojes» para nido de sus ametralladoras era muy alta, hallándose su tejado cerca de la arqueada bóveda de la caverna.

Como la casa carecía de escaleras por la parte posterior, «Relojes» y sus hombres parecían creerse a cubierto de todo ataque en dicha dirección y, por consiguiente, concentraban toda su atención en la Central.

Una mosca humana de profesión, acostumbrada a escalar paredes, sin duda hubiese mirado la lisa y altísima pared y no hubiera intentado subir por ella.

Según las discusiones que hubo más adelante, ni siquiera los habitantes de las cavernas, pese a su fuerza y agilidad, creían posible semejante hazaña.

Pero Doc Savage escaló los primeros treinta metros en dos minutos clavados. Después de eso, su velocidad se redujo considerablemente.

Los hoyos de construcción que señalaban la parte inferior del edificio se hicieron menos pronunciados a medida que fue ascendiendo. Pero, aunque la velocidad del hombre de bronce se acortó, no se detuvo.

Siguió subiendo, sujetándose precariamente con los dedos, agarrado a hoyos que a veces parecían carecer de existencia.

Las ventanas no estaban tapadas con vidrios, ya que no había lluvia ni frío que pudieran entrar en el edificio; sólo existían persianas, sujetas con goznes, para asegurar el aislamiento.

El hombre de bronce hubiera podido ir más aprisa si hubiera usado las ventanas; pero, como no deseaba llamar la atención, las evitó por completo.

Para que sucediera lo que sucedió después, tanto hubiera valido que las hubiese usado.

Una mujer se asomó y le vio. El espectáculo del enorme hombre bronceado que escalaba la pared del edificio la asustó y, apretando contra ella a sus hijos, soltó una serie de chillidos. Esto ocurrió a pocos pisos del tejado.

Uno de los hombres de «Relojes», oyendo los gritos, se asomó. Llevaba gafas negras. Vió a Doc y dio un aullido.

«Ham-hock», con gafas también, corrió al lado de su compañero. Este último señaló.

—¡Es Mala Suerte en persona! —tartajeó el negro.

Parecía demasiado paralizado por la sorpresa para poder mover la pistola ametralladora. El otro hombre, sin embargo, se inclinó hacia fuera, bajó su arma y apretó el gatillo. Una ráfaga mortífera repiqueteó sobre la pared.

Entonces ocurrió una cosa sorprendente. La más profunda oscuridad descendió sobre la metrópoli.

—¡Se me han estropeado las gafas! —gritó «Ham-hock».

—¡Rayos! —exclamó el otro—. ¡Ha ocurrido algo!

Pero no dejó que la oscuridad le desviara de sus propósitos. Barrió la superficie de la pared con fuego de ametralladora, hasta descargar el arma por completo.

—¡Ya ha desaparecido! —gritó, en la oscuridad.

—¿Estás seguro de que no se ha metido por una ventana? —inquirió «Ham-hock».

—No había ninguna en diez metros a la redonda de él.

—¡Buena faena, muchachos! —cantó «Relojes»—. ¡Me habéis quitado un peso, de encima!

—Ya no tendrás necesidad de ese reloj de oro especial, jefe.

El reloj a que se refería «Ham-hock» era un nuevo ejemplar reservado exclusivamente para aniquilar a Doc Savage. Bowen incluso se había permitido el capricho de grabar el nombre del hombre de bronce en la tapa.

No había revelado en qué consistía la mortífera virtud del reloj, limitándose a asegurar que con él pondría fin a la carrera de Doc si se le presentaba una ocasión favorable.

—Es muy profunda la oscuridad —dijo «Ham-hock»—. Había creído al principio que se me habían estropeado las gafas; pero ahora he cambiado de opinión. Esa luz amarilla ha desaparecido por completo, ¿no?

La blasfemia de Bowen se oyó en la oscuridad.

—Esto no figuraba en el programa. Ool ha metido la pata ahí abajo, de lo contrario no hubiera ocurrido semejante cosa. Han hecho algo en la Central. De ahí es de donde sale la luz fría.

—No me gusta este sitio —gruñó «Ham-hock»—. Esta oscuridad no parece corriente. Parece caérsele a uno encima.

Se oyó un ruido agudo en la oscuridad, muy cerca. «Relojes» soltó una maldición.

—«Squirrel» —rugió:— ten esos dientes quietos o te los hago tragar de un puñetazo.

Cierto temblor de la voz delató que el jefe no se sentía muy feliz tampoco.

—¡No estoy asustado! —insistió <Squirrel>, con voz falsa—. No es más que una costumbre…

—¡Quítate esa costumbre o te rompo el bautismo!

A pesar de la amenaza de «Relojes» <Squirrel> le seguían castañeteando los dientes. De pronto dejaron de castañetear. La forma en que cesaron de hacerlo tenía algo de anormal.

—¡<Squirrel>! —llamó «Relojes», bruscamente.

No obtuvo contestación. La oscuridad pareció ceñirlos más, tan negramente intensa, que parecía lo bastante espesa para moldearla

con las manos.

«Relojes» soltó una maldición, y volvió a llamar, nervioso. Al no recibir respuesta, alargó los brazos, buscando en la oscuridad.

Encontraron a «Squirrel» Dorgan; le encontraron echado sobre el parapeto del tejado, muerto.

«Relojes» se deshizo en salvajes blasfemias y «Ham-hock» entonó un canto a su predilecta diosa de la Suerte, usando así, cada uno de los dos, el método más apropiado para conservar el valor. Los demás gangsters se agruparon.

—Debe haber sido un colapso cardíaco —gruñó uno de ellos—. «Squirrel» siempre ha tenido corazón de gallina. —Se interrumpió bruscamente su voz y sonó un golpe, como el de un cuerpo que cayera. «Relojes» y sus hombres buscaron rápidamente a tientas y encontraron un cuerpo inerte.

—¡Es Joe! —gimió «Ham-hock».

—Joe nunca padeció del corazón —dijo Bowen, con aspereza—. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Reinó un silencio de cementerio, preñado de tensión, mientras los gangsters se apelotonaban más y más, como si en las tinieblas una amenaza invisible estuviese apretando en torno suyo un nudo corredizo.

—¡He encontrado una cosa! —dijo la voz de «Honey» Hamilton.

—¿Qué es? —inquirió «Relojes»—. ¿Dónde?

—Clavada en el cuello de Joe. Cuesta trabajo arrancarla. Parece una bola pesada, con una especie de espina atravesada...

—¡Suéltala, «Honey»! —gritó el jefe—. ¡No te arañes con ella! Sea lo que fuere, debe estar envenenada para haber podido anotar a Joe de esa manera.

Se oyó un ruido detrás de «Relojes», algo así como si se descargara de repente un montón de roca.

El jefe giró sobre sus talones.

—¡«Ham-hock»! —aulló—. ¿Te han dado a ti?

No hubo contestación.

—¡«Ham-hock»!

Aquella vez le respondieron.

—Es... estoy bien, jefe —tartamudeó el negro—. Pe... pero no lo hubiera estado si me hubiera pasado un poco más cerca.

—¿Si qué hubiese pasado más cerca?

—Una de esas cosas como la que «Honey» le arrancó a Joe del cuello. Sentí cómo me pasaba rozando la cara en la oscuridad.
—¿Por qué diablos no lo dijiste?
Se oyó un leve sonido sibilante por encima de la cabeza de «Relojes». Se agachó instintivamente, soltó otra maldición, y se tiró al suelo como «Ham-hock», para aprovechar la protección del parapeto.
—¡Tumbaos todos! —ordenó—. ¡Están llenando el aire de dardos envenenados! ¡Los están disparando con armas de aire comprimido u honda, o alguna otra cosa!
De bruces sobre el tejado, los hombres escucharon con pánico cómo silbaban por encima de ellos los proyectiles, muchos de los cuales se estrellaban contra el parapeto.
«Ham-hock» aulló, lastimeramente.
—Lo que yo quisiera saber es por qué nos hemos metido con la Instalación Mecánica.
—Fue idea de Ool —contestó «Relojes»—. Si nos apoderamos de la instalación, nos hacemos dueños de toda la población. Es el corazón de su existencia. El techo del edificio está reforzado para que no pueda hundirse. Es el lugar más fuerte de la caverna.
—¡Ojalá no hubiésemos venido nunca aquí arriba! —aseguró «Ham-hock».
—Bueno, y ¿qué quieres que hiciéramos? —exclamó «Relojes», con ira—. Los hombres de Doc Savage nos cortaron la retirada. Oye, sinvergüenza, ¿estás criticando, acaso, mi sistema de hacer las cosas?
—No; me parece que las cosas van estupendamente bien así.
Durante todo aquel tiempo, el «latido» de la máquina de la Central había seguido oyéndose rítmicamente en la oscuridad.
«Ham-hock» respiró con fuerza, inhalando tres veces seguidas, en rápida sucesión. Luego exclamó:
—¿No parece como si se hiciera más lento ese tic-tac?
«Relojes» escuchó.
—Sí —asintió:— y ya no disparan tantos dardos de ésos. Con toda seguridad creerán que nos han matado ya. Aguardad a que vuelvan a dar su luz amarilla... alguien va a llevarse una buena carga de plomo.
El jadeo de «Ham-hock» se estaba haciendo tan ruidoso ya, que

hasta ahogó el ruido de la máquina de aire de la Central. Y no era el obeso negro el único que hallaba dificultad en respirar. Todos jadeaban. Empezó a parecer un concurso.

La voz melosa de «Honey» Hamilton inquirió, entre jadeo y jadeo:

—¿No le... parece a alguno de... vosotros... que empieza a... costar trabajo... respirar?

Todos contestaron afirmativamente.

<Ham-hock> preguntó, a su vez:

—¿Podrá tener esto... algo que ver... con el tic-tac ese...? Suena... la mar de despacio ahora.

«Relojes» soltó blasfemias por ráfagas. Parecía carecer del necesario aliento para maldecir todo lo que hubiese querido.

—Has acertado, <Ham —hoc>— jadeó —. EL tic-tac ese regula el aire aquí. Lo que están haciendo es... enrarecerlo aquí... arriba... bajo la cúpula... donde estamos nosotros... Es peor que... abajo...

Rompió a toser.

—¡Quitándonos el aliento de la propia boca! —exclamó <Ham-hock>, asustado—. ¿Que clase de gente es ésta? Larguémonos de aquí.

Se quitaron las gafas negras, obtenidas de los hombres a quienes mataron cerca de la Central, e hicieron uso de sus lámparas de bolsillo.

Una escalera rotatoria conducía a la planta baja del edificio. Montaron en ella con las lámparas siempre en movimiento, y dispararon varias veces por el camino contra cabezas asomadas, curiosas.

Una vez en la planta baja, salieron a la caverna y echaron a andar rápidamente, empleando las pistolas de vez en cuando. <Ham-hock>, que había recobrado parte de su valor ya, disparó varia veces la escopeta lanzagranadas.

El aire era más respirable allá abajo.

«Relojes» Bowen parecía saber exactamente dónde quería ir. Torció bruscamente a la derecha, y llegó a una pared muy lisa. Se detuvo y gritó:

—¡Arriad! Y... ¡no enseñéis ninguna luz!

—¡Va! —contestó una voz, desde arriba.

«Relojes» se movió de un lado a otro, buscó a tientas y agarró

una escala de cuerda que acababan de descolgar. La probó con su peso y luego empezó a subir.

—Vamos —gritó a los otros:— no os olvidéis de subir las pistolas ametralladoras de Joe y de <Squirrel>.

Seis metros más arriba, se introdujo por una estrecha grieta practicada en la roca. Permaneció junto a ella mientras subían los otros. Los fue contando a medida que pasaban a su lado, jadeando y dando resoplidos.

—¡Qué diablos! —estalló—. ¡He contado uno de más!

Ordenó que fuera izada la escala. Luego iluminó el túnel de piedra caliza y techo bajo, con su lámpara de bolsillo.

—¿Dónde está Ool? —preguntó.

—Aún no ha vuelto —contestó el que había arriado la escala—. Oye, ¿qué ha salido mal?

—¡Todo! —rugió «Relojes».

Aquel túnel corría en una dirección que acababa por permitirle establecer comunicación indirecta con el laberinto de túneles llamada Tierra de los Perdidos.

Alimentaba aquel pasillo la misma corriente de aire que circulaba por la Tierra de los Perdidos, en realidad, aire gastado que escapaba de la ciudad subterránea.

La lámpara de «Relojes» iluminó el rostro de sus hombres. Todos estaban allí menos Ool y los dos que habían muerto en el tejado aquel.

El haz luminoso no descubrió a ninguna otra persona más.

—Me equivoqué yo —murmuró, por fin—. Hubiera jurado haber contado una persona más.

Pero «Relojes» no se había equivocado, porque, en efecto, había contado una persona más. El tercero en subir la escala detrás del jefe había sido el que sobraba.

Era Doc Savage. El fuego de ametralladora no le había tirado de la pared del edificio. Al caer la oscuridad y amenazarle la lluvia de balas, se había dejado caer seis metros y saltado tres metros hacia un lado, aterrizando sobre una gruesa tubería que entraba en el edificio procedente de otro de enfrente.

Por el rabillo del ojo se había dado cuenta exacta de la situación de dicho conducto aéreo, segundos antes de faltar por completo la luz.

Había calculado el salto con precisión. En la oscuridad, había chocado contra la tubería, de modo que pudo asirla con los brazos y subir a ella.

En silencio, había reanudado su ascensión y saltado al parapeto en la oscuridad. Se hallaba allí cuando murieron los dos gangsters como consecuencia de la herida inferida por los dardos envenenados.

Había seguido al jefe hasta la escala. Y se hallaba, en aquel momento, en el pasaje, agazapado detrás de un montón de fragmentos de roca y justamente fuera del alcance de la luz de la lámpara de Bowen.

CAPÍTULO XVII

LA CELADA

SIN tener la menor idea de la proximidad de Doc Savage, «Relojes» Bowen sacó un frasco del coñac Napoleón de ochenta años que se había llevado consigo. Se bebió la mitad en dos tragos y luego dio el resto a sus hombres.

El lento fuego del licor hizo poco por endulzar el genio del jefe. La rolliza mano tiraba continuamente de la cadena del reloj y vagaba de un lado para otro, maldiciendo a todas las cosas que tenía a la vista y muchas de las que no tenía. Especialmente maldijo a Ool.

«Honey» Hamilton intentó defender débilmente al asesino.

—No fue culpa de Ool que nos tropezáramos con esos hombres cerca de la Instalación Mecánica Central, jefe —señaló.

—Ya lo sé —gruñó «Relojes»—. Pero podía haberse quedado a ayudarnos.

Uno de los gángsters, hombre de ojuelos por demás brillantes, frunció el entrecejo y dijo:

—Hay muchas cosas raras en este sitio.

«Honey» Hamilton carraspeó levemente.

—«Relojes» —dijo:— los muchachos me han pedido que te pregunte una cosa por ellos.

—¿Ah, sí? ¡Desembucha! ¿Quién te lo impide?

—Es sólo que éste está resultando ser un asunto la mar de sangriento —explicó Hamilton, en tono de excusa—. Eso es igual. No pensamos echarnos atrás. Pero se nos ha ocurrido que ya va siendo hora de que sepamos exactamente por qué corremos tantos riesgos.

—¿No os dije que veníamos en busca de un tesoro que nos haría

infinitamente más ricos que el hombre más rico de América? —dijo Bowen.

—Sí; nos dijiste eso —asintió otro—. Pero eso no nos dice gran cosa.

«Relojes» rió con aspereza.

—Conque queréis detalles, ¿eh?

—Eso es —contestó «Honey».

El jefe se encogió de hombros.

—Bueno… pues vinimos a buscar luz.

Los hombres se agitaron.

—¡Qué luz ni qué niño muerto! —dijo uno, con un resoplido.

«Relojes» continuó:

—La luz amarilla que hay en esta población, para hablar con mayor exactitud.

—¿Eso dorado que vemos con las gafas? —inquirió «Hamhock»—. ¿Nos estás tomando el pelo?

—Sigue, «Relojes» —le instó «Honey»—. Aún no entendemos ni jota. ¿Cómo le sacamos pasta a esa substancia?

—¡Atontado! —exclamó el jefe—. ¿No comprendes que la fórmula de este aire dorado vale más que todo el oro que hayan sacado de la tierra?

—No —respondió la melosa voz de Hamilton:— que me ahorquen si lo comprendo.

—Según me ha contado Ool —prosiguió Bowen—, sus antepasados se retiraron a estas cavernas hace miles de años huyendo del frío. Hace unos centenares de miles de años, éste era un país bastante cálido. Luego empezó a helarse todo como está ahora. Eso no ocurrió de la noche a la mañana. Tardó miles de años en suceder.

»Sea como fuere, los antepasados de esta gente descubrieron medios para protegerse. Tenían que fabricarse luz para ver. Pero, para cuando el hielo se presentó, estaban preparados. Habían aprendido a hacerse el aire también, Ool dice que tienen en la Instalación Mecánica Central suficientes depósitos de aire líquido para refrigerar toda la ciudad de Nueva York.

—¿Qué hacen con él? —inquirió «Honey»—. He leído cosas del aire así. Hiela una pelota de goma de una manera que se rompe como sí fuera de cristal.

«Relojes» contestó:

—Lo usan para hacer con él aire para respirar. Algo como lo que nosotros hacemos en los submarinos, seguramente.

—¡Sí, señor! —interrumpió «Ham-hock»—. A mí me metieron en unos de esos submarinos durante la Guerra Europea. Yo sé algo de submarinos.

—¡Cierra el pico! —gruñó «Relojes»—. El color amarillo que tiene la atmósfera aquí no es más que una especie de fosforescencia. Se produce sometiendo el aire a un tratamiento. Luego se proyecta sobre él un rayo X o algo así. En otras palabras, que los habitantes de estas cavernas han convertido en realidad uno de los sueños de los hombres de ciencia. Han perfeccionado un método para producir la llamada luz fría sobre una base práctica.

»En su Instalación Mecánica Central tratan las partículas de aire de una manera que las hace luminosas cuando se las mira a través de unas gafas especiales. Eso, en resumen, es lo que ocurre.

Uno de los hombres se agitó, inquieto.

—Es una bonita lección de historia. Pero… ¿dónde encaja el tesoro?

—¡Imbécil! —exclamó Bowen—. ¡No tienes imaginación suficiente ni para esquivar una bala! ¿No comprendes la que representaría en América… en Europa… en todas partes… el que nos presentáramos con una fórmula para fabricar luz fría? ¡Arruinaríamos a todas las compañías de electricidad del mundo! ¡Les haríamos pagar un ojo de la cara!

La voz de «Honey» sonó con insistencia.

—Ool, según le he oído yo dar a entender, tiene ideas aún más grandes que ésa.

—Ool tiene una imaginación magnifica —rió el jefe.

Sacó un reloj del bolsillo por la punta de la cadena y empezó a hacerlo girar inconscientemente.

—Y yo también la tengo —agregó—. Pienso seguir adelante con Ool. Iremos hasta donde pueda llevarnos el dinero. Y eso será bien lejos.

—Lo que es seguro también es que vas a levantarte a alguno un chichón como una casa —protestó «Ham-hock»—, si no dejas de dar vueltas al reloj de esa manera.

«Relojes» volvió a guardarse el reloj.

—Tienes razón, «Ham-hock». Nos estamos anticipando a los acontecimientos. Tenemos que asaltar la Central primero, con éxito.

«Honey» Hamilton, meditando profundamente sobre lo que acababa de oír, se había puesto a pasear, tarareando algo entre dientes.

No estaba muy seguro de que pudieran atracar a las Compañías de electricidad, ya fuera vendiéndoles el secreto o exigiéndoles dinero para no usarlo.

Pero «Relojes» debía tener razón. «Relojes» tenía cabeza de comerciante.

Bowen enfocó uno de sus relojes con la lámpara de bolsillo.

Entonces «Honey» dejó de soñar despierto. Siguió tarareando, sin embargo, y continuó unos pasos más allá. Luego dio, la vuelta y regresó lentamente al grupo. Le dijo algo a «Relojes», hablando por la comisura de los labios.

«Relojes» le oyó. Su rostro se tornó pálido como la cera, pero ninguna luz le daba en la cara; conque nadie se dio cuenta. No le contestó a «Honey», sino, que siguió hablándole a «Ham-hock».

Hizo una pausa y consultó su reloj de pulsera.

—Estoy citado con Ool dentro de hora y cuarto, por este pasaje, en el cuartito que hay a la derecha —dijo—. Voy a sentarme a descansar.

Se sentó. Los demás le imitaron. A una orden suya se agruparon en estrecho corro, con las lámparas preparadas y las pistolas ametralladoras sobre las rodillas.

—Uno nunca sabe cuándo puede presentarse alguien por aquí —gruñó, a modo de explicación.

«Ham-hock» se estremeció.

—La manera con que esta gente mueve la mano me hace pensar en las serpientes que intentaban picarme los pies descalzos cuando era niño, en Georgia —dijo—. ¿Matará Ool con sólo tocar?

—Daría mucho por saber eso yo también —confesó «Relojes», agriamente—. Nunca me lo ha querido explicar.

Siguieron hablando. Luego «Honey» Hamilton, a una seña de Bowen, se puso en pie y paseó un rato. Iba tarareando algo al regresar.

Dijo en voz que todos oyeron aquella vez:

—Está bien.

—¿Qué es lo que está bien? —preguntó «Ham-hock»—. ¿De qué estáis hablando?

«Relojes se volvió al obeso negro, con furia.

—¡De ti no, «Ham-hock»! Me dijiste que habías matado a Doc Savage, ¿no?

—¡No, señor! El que dijo eso fue Joe, el que murió.

—¡Doc Savage estaba aquí, escuchando todo lo que decíamos! «Honey» le vio, hace unos momentos, cuando se encendió una de las lámparas de bolsillo. Volvió y me avisó en voz baja.

Nadie dijo una palabra. Se les había helado la lengua, porque temían más al hombre de bronce que a los lanzadores de dardos de la caverna. «Relojes» se echó a reír.

—No os apuréis tanto —dijo—. Esa cita de que hablé no es cierta.

—¡Ay de mí! —gimió «Ham-hock».

—Savage no sabe que se trata de una superchería —prosiguió Bowen—. Cree que lo que ha escuchado es cierto. Anda ahora preparándose para pillar a Ool. Pero Ool estará aquí dentro de muy poco. Y arreglaremos las cosas para que Ool acabe con Doc Savage. Y esta vez se obrará sobre seguro.

Uno de ellos dijo, con hosquedad:

—«Relojes», yo nada quiero tener que ver con ese asunto. Ese tipo de bronce nos trae la mala suerte. ¡Qué rayos! ¡Hemos intentado matarle veinte veces ya!

—¿Te estás volviendo blanco? —preguntó «Relojes», burlón.

—Sí; cuando de él se trata, sí. Y no me da vergüenza confesarlo.

—Ni a mi tampoco —asintió otra voz, hosca y desafiadora.

«Relojes» Bowen no se enfadó. Ni siquiera profirió una maldición.

Sorprendió a todo el mundo echándose a reír.

—No os preocupéis, muchachos —dijo—. Comprendo vuestros sentimientos. Ninguno de nosotros volverá a correr riesgos con ese hombre. Le dejaremos todo el trabajo sucio a Ool y a cualquiera de esos cavernícolas que quieran correr el riesgo.

Hizo una pausa, y agregó:

—Porque no sé si sabéis que Ool tiene algunos amigos aquí.

Doc Savage aguardó en el cuartito de la cita. «Relojes» había desempeñado bien su papel; el hombre de bronce no tenía la menor

sospecha de que se trataba de una trampa. Permaneció silencioso, metido en un nicho del cuarto cubierto de rocas.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, porque no tardó en repercutir en el cuarto el ruido de pasos que avanzaban por el pasaje. EL ruido se aproximó.

Doc se preparó.

Se probó las gafas, las encontró inútiles aún y se las subió a la frente. Sin duda seguía cerrado el aparato que proyectaba el rayo, mediante el cual se hacia luminoso el aire.

Al irse acercando los pasos, una mancha de luz bailó en el techo, a poca distancia. La persona que se aproximaba había doblado los últimos recodos del retirado túnel.

Un instante después, la luz de una lámpara de bolsillo brilló dentro del cuarto. El que la llevaba llegó a pocos pasos de Doc, se detuvo, sacudió la lámpara, la golpeó con la mano, como si creyera que así funcionaria mejor, y, por fin, volvió los rayos hacía su cara mientras examinaba el reflector.

Era el rostro de Ool.

Doc dio un salto.

Con la precisión de un tigre, aterrizó inmediatamente detrás del hombre.

Asió los brazos de Ool por debajo de los codos; sus pulgares se clavaron en la carne. Col quedó imposibilitado. El hombre había empleado segundos nada más en llevar a cabo toda la maniobra.

Colocando la lámpara en un hueco de la pared, Doc examinó cuidadosamente las manos de Ool, sobre todo la derecha. Nada halló.

El hombre habló y, a pesar del dolor que debía estar experimentando, su tono había perdido muy poco de su habitual entonación.

—Mi mano derecha le interesa, ¿no es cierto, hombre de bronce? —preguntó.

Doc no respondió. —Le aguarda a usted una sorpresa— prosiguió Ool, serenamente —. Tenía interés en capturarme, tanto interés que no oyó a mis hombres que tan cerca están.

Doc Savage se puso en tensión. El otro se dio cuenta de ello.

—Actualmente está rodeado por un <vaex> de hombres — anunció—. En su idioma, ese número equivale al total de los dedos

que tiene un hombre normal en manos y pies… ¡veinte!

EL hombre de bronce cogió de pronto la luz y miró a su alrededor. Era cierto. La entrada de la cámara estaba atestada de hombres de rostro blanco, envueltos en oscuras capas.

Los recién llegados avanzaron lentamente. Y, al acercarse, sus manos derechas se alzaron en el vago gesto de mariposas que tan natural era en ellos.

—Más vale que no ofrezca resistencia —le aconsejó Ool—. No es nuestro propósito matarle en este momento.

Expresaba su voz una certidumbre fría que no permitía creer que mintiese.

Doc Savage hizo lo único que podía hacer: dejar que le apresaran.

Ool se apartó y movió los brazos para restablecer la circulación. Dio una orden a sus compañeros y éstos echaron a andar por el túnel, con el hombre de bronce en medio, hasta que llegaron a una pared lisa que cerraba por completo el paso.

Uno de los hombres dio unos golpes especiales y, en respuesta a la señal, se descorrió lentamente un trozo de roca.

Doc y los que le rodeaban pasaron. La puerta se cerró silenciosamente detrás de ellos. Para que pudiera andar con mayor facilidad, le fueron entregadas unas gafas, porque la luz fría había vuelto a funcionar.

Al ponérselas, vió que se hallaba de nuevo en la metrópoli de fantásticos edificios.

La pulsación que parecía el latido deL corazón de la ciudad volvía o oírse más fuerte y el lugar entero parecía haber vuelto a reanudar su acostumbrada vida.

Muchos de los habitantes se acercaron a mirar al hombre de bronce. No parecían animados de sentimientos muy amistosos.

Doc fue conducido a una cámara de uno de los edificios gubernamentales; lugar que era evidentemente un calabozo. Le dejaron solo, cerrando la puerta con llave, y le permitieron que conservase las gafas negras.

La habitación era grande, con un tabique alto al otro extremo. AL otro lado del mismo descubrió otros prisioneros: sus cinco ayudantes.

—Y a Habeas Corpus —murmuró Monk, después de los primeros

saludos y explicaciones—, le han metido en la cárcel a él también.

El encuentro de Doc Savage con sus hombres hubiera sido menos animado de haberle sido posible escuchar otra reunión que tenía lugar en el palacio ejecutivo. Allí Ool se hallaba ante el dictador Amos.

Amos, padre de Sona, llevaba una capa roja como símbolo de su exaltada posición.

El dictador Amos ocupaba una especie de trono bajo que llenaba un sitio del salón del trono, junto a una gigantesca estrella de catorce puntas, pintada, al parecer, en el suelo y cubierta de una substancia opalescente.

Alrededor de las puntas de la estrella estaban colocadas las sillas de los miembros de consejo del gobierno, el Nonverid, que llevaban capas un poco menos chillonas.

Ool se hallaba de pie en el centro de la estrella, de cara al dictador.

—Mi arrepentimiento es grande —dijo.

—Es justo que así sea —replicó lentamente el dictador—. Te has distinguido en el pasado por tu codicia y tu traición y por tu loca sed de apoderarte de las riendas del gobierno. Fue por este último motivo, precisamente, que fuiste desterrado al Stor, los batallones de trabajadores. Cuando intentaste sublevar a todo el Stor, se te mandó a la Tierra de los Perdidos.

Ool habló con acento contrito.

—Me he arrepentido —dijo—. Y lo he demostrado trayéndote al gigante y a los otros cinco hombres, junto con el extraño insecto que tiene piel y que llaman «cerdo».

—¿Dices que esos cinco están aliados con los otros que nos atacaron con sus varas extrañas que rugen y matan? —preguntó el dictador.

—Sí —mintió Ool, solemnemente:— les vi juntos en la Tierra de los Perdidos. Me uní a ellos y aprendí su idioma, que es sencillo. Y durante días enteros intenté que se perdieran por las cavernas desiertas. Pero, por último, se negaron a escuchar mis consejos y hallaron este lugar.

En aquel punto Sona alzó la voz con vehemencia.

—Esas palabras no son ciertas —afirmó—. Este hombre, Ool, que siempre ha causado disturbios, es uno de los jefes de los

hombres que llevan las varas que hacen ruido y matan. Los seis que ahora tenemos prisioneros, el hombre grande de piel rara y los otros cinco, no son nuestros enemigos, sino los de Ool y de los otros.

Ool dijo, en tono ofendido:

—Es cierto que yo me hallaba con esos hombres cuando tú fuiste apresada en las cavernas exteriores y que obré como si fuera uno de ellos. Pero… ¿no he dicho ya que intentaba engañarles?

El dictador dijo:

—Deliberaremos sobre la cuestión de la veracidad de tus afirmaciones.

Ool echó la cabeza hacia atrás y permaneció rígido unos instantes, con la vista alzada. Aquella parecía ser la equivalencia de una reverencia de nuestro mundo.

—Solicito una gracia en premio de mis servicios —dijo.

El dictador no parecía muy entusiasta.

—¿Cuál es? —inquirió.

—La fórmula de la <luz fría>, que sólo tus científicos conocen.

—No la podrás comprender —le contestó Amos—. No fuiste instruido en ese ramo de las ciencias. Es más, recuerdo que eras un muchacho muy estúpido e indomable que aprendía muy poco.

Ool frunció levemente el entrecejo al oír el reproche.

—¿Y si me hicieras el honor de darme la fórmula? —insistió.

—¿Para qué la quieres?

—Siento sed de conocimientos —fue la mejor excusa que se le ocurrió a Ool.

—Extraña sed es esa, teniendo en cuenta tus antecedentes —le respondieron—. Tu petición es denegada. Si quieres que te hablemos con sinceridad, desconfiamos de ti.

Ool no supo disimular muy bien su desencanto. Hizo una reverencia.

—Tengo otra gracia que pedir —dijo.

—¿Cuál es ésa?

—El gigante de bronce y sus cinco compañeros son peligrosos. Para el bien común de mi pueblo, pido que se les dé muerte. Esa es la gracia que pido.

El dictador Amos reflexionó.

—Es asunto sobre el que ha de deliberar y emitir juicio el Nonverid —dijo.

Ool había adquirido un vicio en el mundo exterior. Profirió una blasfemia que debía haber oído en labios de los hombres de «Relojes» Bowen.

Entonces Amos agregó algo que sirvió para disipar un poco su malhumor.

—Parece ser que ese gigante y sus cinco compañeros son enemigos nuestros. Es igualmente probable que el Nonverid decretará su muerte.

Ool, para disimular su satisfacción, echó la cabeza hacia atrás y repitió el extraño saludo.

—¿Cómo será decretada la muerte? —preguntó.

—De la forma tradicional —contestó Amos.

—Está bien —dijo Ool.

Y salió de la cámara andando hacia atrás.

CAPÍTULO XVIII

FRIO ATERRADOR

UNA vez en el laberinto secreto de la Tierra de los Perdidos, de nuevo, Ool celebró una conferencia con «Relojes» Bowen y su cuadrilla.

—Tendremos que luchar —dijo.

«Relojes» objetó:

—Pero si yo creí que habías dicho que a ese Nonverid, o como le llames, ponía persuadírsele...

—Ese viejo imbécil de Amos se opuso terminantemente a ello. No entregarán la fórmula sin lucha.

Bowen tiró nerviosamente de la cadena de reloj.

—Nuestras pistolas no sirvieron de gran cosa la última vez.

—Haremos nuestros planes con mas cuidado —contestó Col—. Nos apoderaremos de la Instalación Mecánica Central con la ayuda del Stor.

—¿Stor? —gruñó «Relojes»—. ¿Qué es eso?

—Trabajadores.

—Yo no he visto a ninguno trabajar gran cosa —intercaló «Hamhock»—. La mayoría no hacía mas que descansar. Me gustaría a mí un trabajo como el que ellos tienen.

—El Stor no cuenta con muchos individuos —explicó Ool—. Pero son amargados y malos. Los usaremos. Era lo que yo tenía pensado.

—¿Quiénes son esos tipos del Stor, exactamente? —insistió «Relojes».

—En tu país los llamarían criminales —le dijo Ool.

—¿Cuándo empezamos eso?

—Savage va a ser condenado a muerte por el Nonverid, según

espero. Eso simplificara las cosas. Aguardaremos a que haya sido quitado Savage del paso.

—Espero que no tendremos que aguardar mucho.

—Es fácil. Es muy probable que estén sentenciando al hombre de bronce en este mimo instante.

*****

En el calabozo en que Doc Savage y sus cinco ayudantes estaban encerrados reinaba bastante desaliento.

EL larguirucho Johnny paseaba de un lado para otro, como había dicho Monk un momento antes, «como un esqueleto perdido».

El hecho de que estuviesen escuchando una sentencia no les hacía efecto alguno, porque no entendían una palabra.

El dictador Amos estaba hablando.

—Conque nuestro consejo de gobierno, el Nonverid, ha deliberado y decidido que sois enemigos nuestros —decía—. Se considera, por añadidura, que vosotros fuisteis total o parcialmente responsables de la muerte de ciertos ciudadanos, y, como es costumbre en casos de asesinato, seréis ejecutados en público, para escarmiento y aviso.

Dicho esto, dio media vuelta y se fue.

Amos había hablado en el idioma local, del que Doc Savage y sus hombres no entendían una palabra. El hombre de bronce, generalmente capaz de adquirir conocimientos superficiales de lenguas extrañas en muy poco tiempo, había hallado aquélla especialmente obtusa. Pero dijo:

—Algo serio era. Se notaba por su expresión.

Monk dijo:

—La muchacha esa a quien ayudamos, esa que llaman Sona o algo así… tal vez pueda ella ayudarnos. Yo creo que le ha cogido simpatía a Doc.

—No creo que pueda hacer ella nada en este asunto —dijo Ham.

Había una abertura por un lado del cuarto, destinada a la ventilación; un agujero cuadrado, grande, cubierto por una fuerte celosía de fibra prensada.

Doc y sus compañeros se pusieron a intentar romperla, aunque sin el menor éxito.

Tiraban de ella con todas sus fuerzas cuando Sona apareció silenciosamente al otro lado, y luego se dirigió a la puerta.

—¡Seré yo profeta! —sonrió Monk.

La voz de la muchacha parecía música cuando habló en un susurro con el centinela, que contestó con breves frases, sacudiendo la cabeza negativamente.

Por fin, sin embargo, hizo un signo afirmativo, murmurando algo entre dientes. Abrió la puerta y entró la joven.

Se acercó a Doc, vaciló, y luego posó una mano en su brazo. Su exquisito rostro estaba muy serio. Asió la mano derecha del hombre de bronce e hizo unos gestos, como si estuviera sujetándole algo en la mano.

Hizo lo propio con cada uno de los ayudantes de Doc.

—Me siento la mar de bien cuando me coge ella la mano —rió Monk—. Pero… ¿qué demonios intenta enseñarnos?

La muchacha cogió a continuación la mano de Doc y se la movió de la misma manera que hacia Ool.

—¡Voto a tal! —exclamó Renny.

Sin decir una palabra, la muchacha salió del calabozo.

Doc Savage se puso en pie de repente.

—Yo creo que la muchacha intentaba decirnos cómo iban a matarnos —dijo—. Pero eso me da una idea.

Llamó a todos a su alrededor y habló con ellos en voz baja.

Se acercó a la celosía e hizo una seña al centinela para que se acercara. Éste obedeció, no teniendo la menor idea de que Doc pudiera alcanzar tan lejos.

Cuando la mano izquierda del hombre de bronce se introdujo por los huecos y asió su brazo, los ojos del centinela parecían a punto de saltársele de miedo.

Y, al hacer Doc un movimiento ondulante con la mano derecha, capituló por completo. Abrió la celosía.

Doc y sus hombres fueron vistos casi inmediatamente por los hombres que se hallaban en el corredor. Estos corrieron a cerrarles el paso; pero Doc y los suyos, sacando el mayor provecho posible de lo que habían visto, hicieron movimientos horribles al correr hacia delante.

Llevaban la mano derecha alzada de la manera tan conocida de aquella gente. Todos se retiraron del paso.

Atrás, en la cárcel, empezó a sonar un penetrante batintín, señal de alarma que se oía a gran distancia por la fantástica caverna.

Empezaron a llenarse las calles de gente.

—No podremos llegar a las cavernas exteriores —dijo Doc, de pronto—. Procuraremos meternos en la Instalación Mecánica Central.

Recorrieron casi todo el camino sin que fuera amenazado seriamente su progreso; pero les vieron muchas personas.

De vez en cuando eran lanzados contra ellos dardos envenenados semejantes a los que habían producido la muerte a los dos gángsters de <Relojes> Bowen, siendo éstos disparados con extraños tubos de aire comprimido.

Cuando se hallaron cerca de la Central, los ayudantes de Doc se colocaron a ambos lados suyos para formar una cuña volante. Corrieron adelante, yendo Monk un poco más atrás, con su cerdo.

Los de la Central debían haber creído imposible que seis hombres solos pudieran llegar hasta allí y no habían cerrado las puertas.

Antes de que se dieran cuenta de cuán posible era, Doc se hallaba ya cerca de la entrada. Alargó el brazo y derribó a un enemigo de un puñetazo.

Si Monk se hubiese contentado con el golpe de Doc, lo que ocurrió a continuación tal vez no hubiese sucedido. El químico, sintiendo la fiebre de la lucha, se desahogó apartando a la aturdida víctima de un empujón.

Esto le ocupó una fracción de segundo nada más; pero fue lo bastante para dar tiempo a otro enemigo para propinarle un golpe con uno de sus dardos, esgrimido a manera de cuchillo.

Monk se desvió hacia la puerta. El dardo raspó su chaqueta y no le hirió de milagro.

Pero Habeas Corpus no se salvó. Ante la horrorizada vista del químico, el dardo envenenado se le clavó al cerdo en el cuello.

Habeas emitió un agudo gruñido y casi inmediatamente se quedó exangüe bajo el brazo de su amo. Doc arrastró al enfurecido Monk hacia dentro y cerró la puerta. Siguió asiendo a Monk con la mano derecha. Los pocos hombres que había en la Central se limitaron a lanzar gritos, sin oponer resistencia alguna.

Subieron unos escalones. El químico seguía llevando el exánime cerdo.

Llegaron a unas habitaciones grandes que parecían laboratorios.

—¡Mirad! —bramó Renny.

Por entre el revoltillo de aparatos científicos, Renny había visto varios de los artículos que ellos habían llevado consigo al abandonar el dirigible.

Era evidente que todo aquello había sido transportado allí para ser analizado y estudiado, puesto que muchas de las cosas serían, sin duda, para los habitantes de las cavernas tan extraños como enseres o instrumentos de otro mundo.

Recogiendo sus cosas y armándose con sus pistolas super — ametralladoras, abandonaron el laboratorio. Doc apoyó una mano en el hombro de Monk.

—Más vale que dejes a Habeas —le dijo—. Necesitaras las dos manos para luchar.

—¿Dejar aquí a Habeas para que le hagan la disección estos paganos? —exclamó el químico, con un resoplido—. ¡Quiá!

Doc no volvió a mencionar el asunto.

—Preparaos —ordenó a sus ayudantes.

Abrió levemente la puerta, atisbando hacia el corredor que conducía a otra parte de la Central. Inmediatamente cayó dentro un chorro de algo.

Doc cerró la puerta de golpe, saltó hacia el fondo del laboratorio y arrastró a los dos consigo. El aire parecía haberse llenado de pronto de un frío brusco y cortante. Aparecieron manchas grises sobre la puerta de fibra y se fueron extendiendo.

—¡Brrrr! —exclamó Renny, tiritando—. ¿Qué se ha hecho del calor?

—¡Que me superamalgamen! —gritó Johnny—. ¡Aire líquido!

—¿Uh? —murmuró Renny.

—Aire comprimido hasta reducirlo a estado de líquido —dijo Johnny—. Si se deja evaporarse produce un frío terrible.

Long Tom miró hacia Monk.

—¿Mala cosa? —inquirió.

—El aire líquido es lo bastante frío para helar casi cualquier cosa —murmuró Monk—. Seguramente lo emplean para renovar el aire de la población y tendrán tuberías cerca de esta puerta.

Los extraños ojos dorados de Doc recorrieron el cuarto con su mirada. No había más salida que la puerta. Las ventanas daban a una superficie tan lisa que ni el propio hombre de bronce podía

escalar. Aquellas paredes estaban infinitamente mejor trabajadas que las del edificio vivienda.

Ham se acercó a Monk, que seguía sujetando el cuerpo de su cerdo. Para Monk lo que le había sucedido a Habeas era el golpe más fuerte, la mayor desgracia que le había ocurrido en mucho tiempo.

Ham dejó caer una mano sobre el brazo del químico.

—Monk —dijo, lentamente:— no sabes cuanto lo siento. En realidad, nunca he sentido nada de la antipatía que he fingido contra ese cerdo.

—Ya lo sé —murmuró Monk—. Ya lo sé...

Ham alargó la mano y acarició las cerdas del lomo de Habeas. Entonces ocurrió algo inesperado. El cuerpo del cerdo se estremeció. Sus enormes orejas se agitaron débilmente; de su largo hocico salió un leve gruñido.

Doc y los demás se acercaron. Los ojos de Monk contemplaban el fenómeno con incredulidad. Habeas Corpus sacudió la cabeza, empezó a menear las larguiruchas patas.

—¡Está resucitando! —exclamó Monk, roncamente.

A los pocos minutos Habeas pudo tenerse solo en el suelo. Sus ojuelos vieron a Ham. Gruñó un saludo amistoso y echó a correr hacia él.

El abogado le dirigió una mirada torva.

—¡Monk! ¡Llévate de aquí a esa loncha de tocino!

—¡Dijiste que te era simpático Habeas! —respondió Monk.

—¿Cuándo he dicho yo semejante cosa? —preguntó Ham, en tono belicoso—. ¡Que no se acerque a mí ese garaje de pulgas!

Doc había estado observando con atención la resurrección de Habeas e hizo unos comentarios sobre el fenómeno.

—Saca tu laboratorio portátil, Monk —dijo—. Vamos a hacer unos experimentos.

Mientras los demás montaban guardia junto a puertas y ventanas, Doc y Monk se pusieron a trabajar sobre Habeas.

Trabajaron mucho rato, rodeados de minúsculos tubos de ensayo y pequeñísimos pomos de productos químicos extraídos del laboratorio portátil que llevaba Monk en la mochila y que era un laboratorio analítico completo y asombrosamente compacto.

Los habitantes de la caverna vociferaban sin cesar, pero no

tomaban medida drástica alguna.

Doc Savage trabajó aprisa. Haciéndole falta determinadas substancias, echó una mirada al enorme laboratorio, observando la multiplicidad de aparatos.

Reconoció el objeto de muchos de ellos; aun cuando se diferenciaban mucho en aspecto de los que Doc, por ejemplo, poseía en Nueva York, su funcionamiento era fundamentalmente el mismo.

Otros le dejaron intrigado en los breves instantes que pudo dedicar a examinarlos y quedó convencido de que, en muchas cosas, aquel extraño pueblo estaba más adelantado, científicamente, que las llamadas civilizaciones del mundo exterior.

Los hombres aquellos no poseían, al parecer, sistema alguno de escritura, o, si lo poseían, no lo usaban, porque había grandes recipientes a un lado, llenos de carretes, clasificados, de un alambre rígido y brillante; mientras que cerca de ellos se veían unos aparatos que parecían fonógrafos.

Reconoció en todo aquello un mecanismo para registrar la palabra en alambre por un procedimiento magnético.

A medida que fue transcurriendo el tiempo los cavernícolas se fueron impacientando más. La violencia de sus ataques creció de punto.

Practicaron agujeros en las paredes y, aunque Doc y sus hombres dispararon algunas balas de misericordia por los agujeros, los hombres aquellos acabaron por lograr introducir por ellos una especie de tubos por los que empezaron a disparar chorros de aire líquido.

Al evaporarse condensaba la humedad del aire, haciendo que se alzaran nubes de vapor.

La mayor parte del aire líquido entraba por agujeros del techo. Parte de él cayó sobre un montón de fibra blanda, como algodón, que Doc había usado para curar al cerdo.

La fibra cayó de la mesa, tocó el suelo con un golpe seco y, habiéndose helado sólidamente, se rompió en millares de partículas.

—¡Vaya si es fuerte eso! —exclamó Ham.

Doc probó las puertas. Resultaron estar cerradas todas por fuera.

—¡Brrrr! —tiritó Monk—. El rendirnos significará, seguramente, que nos quitarán la vida.

EL rostro de Doc tenía una expresión fría.

Siguió golpeando la puerta, como dando a comprender que se entregaban.

—No podemos quedarnos aquí —dijo.

Sacó una botella de buen tamaño y ordenó a sus hombres que bebieran todos de ella. Lo hicieron con muecas de repugnancia al probar el verdoso contenido. Luego Doc bebió también.

Ninguno hizo preguntas. Sabían que la botella estaba llena de una substancia que Doc había preparado en el laboratorio. Tenía un sabor horrible.

No tardó en ser abierta la puerta, pero sólo lo necesario para que pudieran ir saliendo uno por uno y fueron asidos por una cantidad tal de hombres, que toda resistencia hubiera resultado inútil. Fueron desarmados y registrados.

Se pasaron la mar de tiempo examinándoles la mano derecha, quedando intrigadísimos al no encontrarles nada.

—Creían de verdad que podíamos matar a la gente agitando las manos como Ool —murmuró Monk.

Ham dijo:

—Lo que a mí me preocupa es qué harán de nosotros ahora.

Había una gran muchedumbre en las calles —una muchedumbre ominosamente inquieta que rodeó a Doc y a sus ayudantes al ser éstos conducidos a los edificios gubernamentales.

No entraron en ellos, sin embargo; sino que se dirigieron a un enorme anfiteatro que había detrás y en cuyo centro se alzaba una plataforma bastante grande. Esta era lo suficientemente alta para que pudiera verla la multitud.

—¡Voto a tal! —bramó Renny—. Parece como si fueran a usarnos a nosotros como escarmiento de los demás.

CAPÍTULO XIX

LA EJECUCIÓN

LAS ceremonias que siguieron fueron desagradablemente expresivas. Sin atar, pero impotentes, porque les conducían tirando de cuerdas sujetas al cuello, las muñecas y los tobillos, Doc Savage y sus cinco hombres fueron arrastrados ignominiosamente a la plataforma y subidos a ella.

Al ser expuestos así a la vista de todo el mundo, se alzó un insistente rumor.

La multitud clamaba en su idioma nativo y, a juzgar por el tono, exigía que se apresuraran los acontecimientos.

Las voces ahogaban por completo el sonido de la máquina Central que dejaba oír de continuo su tic-tac, pero al aproximarse el momento culminante, el rumor fue apagándose, aun cuando los ecos persistieron unos segundos más.

Por fin éstos se desvanecieron también y cayó sobre el lugar un silencio interrumpido tan sólo por la pulsación de la máquina.

Seis hombres fuertes y media cabeza más altos que los demás habitantes de la metrópoli subterránea se adelantaron, colocándose uno al lado de cada uno de los ayudantes de Doc y al lado del hombre de bronce.

Envueltos en capas con capuchón, y con sus pálidos rostros, sombríos e inescrutables, adornados de gafas negras, parecían la personificación de la propia muerte.

Cada uno de ellos llevaba un estuche de fibra prensada.

El dictador Amos se presentó en escena a la cabeza de una procesión en la que figuraba su propia hija Sona, los miembros del Nonverid o consejo de gobierno y varios funcionarios de menor cuantía. Todos ellos ocuparon su puesto en la plataforma.

—¡Maldita sea...! —gruñó Monk—. ¡Si pudiéramos hablarle siquiera a esta gente...!

El dictador, envuelto en una capa rojo sangre, se colocó frente a los prisioneros, con los miembros del gobierno a ambos lados, y Sona inmediatamente detrás de él.

La joven parecía estar discutiendo. Había estado discutiendo ya al llegar.

Sus palabras eran vehementes, pero el dictador respondía a todas con un gesto que parecía ser el equivalente a una negativa entre ellos, una especie de convulsión de los hombros.

Entonces la muchacha intentó correr hacia los prisioneros, gritando algo, con ira. La asieron y la obligaron a retroceder.

—¡Buena chica! —bramó Renny—. Está haciendo todo lo que puede por nosotros.

El dictador dio una orden, y los hombres de los estuches se acercaron aún más, abrieron los estuches y sacaron unos objetos brillantes y delgados. Eran dardos envenenados.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¡Los verdugos!

Amos dio otra orden. Los verdugos dieron, bruscamente, un salto.

Doc y sus ayudantes fueron pillados, hasta cierto punto, por sorpresa.

Habían esperado más preliminares. Forcejearon, tiraron, pegaron. Pero había varios hombres agarrados a cada una de las cuerdas y los tumbaron en un santiamén, reduciéndolos a la impotencia.

Los dardos se clavaron en sus cuerpos. El efecto fue parecido al que experimentara <Beery> Hosmer en Nueva York al morir en el escaparate de la dulcería. Doc y sus hombres se estremecieron durante unos instantes.

Luego fueron debilitándose sus movimientos y, cuando aflojaron las cuerdas con que los habían sujetado, ya no se movían en absoluto.

El dictador Amos dijo en su idioma:

—Se ha hecho justicia.

Sona exhaló un agudo gemido.

En la parte exterior del coro formado por la muchedumbre se

separó un hombre y, marchó a toda prisa. Era tan grande el interés que despertaba la ejecución, que nadie se dio cuenta de ello.

El hombre que tan furtivamente se había marchado se dirigió, por tortuosos caminos, a un lugar en que se encontró con Ool.

«Relojes» Bowen y sus hombres, que estaban reunidos con un considerable número de miembros del Stor, o batallón disciplinario de trabajadores.

—El hombre gigante y sus cinco compañeros están muertos —dijo el mensajero hablándole a Ool.

—Está bien— —respondió éste.

Luego, hablando en inglés, le anunció a «Relojes»:

—El hombre de bronce ha sido ejecutado. Asaltaremos la Institución Mecánica Central ahora mismo. Una vez lleguemos al edificio, nos abrirán la puerta miembros del Stor que trabajan en combinación con nosotros. La Central es fuerte podemos defenderla y sostenerla. Y cortando el calor del aire y la «luz fría», como tú llamas, podremos imponer condiciones.

—Vamos —dijo Bowen.

Avanzaron. Sin el menor escrúpulo, sin el menor sentimiento humanitario, mataron al primer cavernícola que les descubrió, con una ráfaga de disparos.

Al oírse el aterrador estampido de la pistola ametralladora, la multitud reunida en el lugar de la ejecución pareció volverse loca.

El dictador conservó la serenidad y envió varios escuadrones de hombres a que ocuparan los edificios que dominaban los accesos a la Central.

Estos iban equipados de los pequeños tubos neumáticos que disparaban los dardos envenenados.

«Relojes» Bowen anuló la amenaza de los dardos mediante un sencillo procedimiento. De acuerdo con un plan preconcebido, sus hombres y él asaltaron cierto edificio, obteniendo grandes hojas de la fibra prensada de construcción.

El material pesaba muy poco y los dardos no podían perforarlo. Servían de escudo. Empezó el avance sobre la Instalación Mecánica Central.

Surgieron complicaciones que les ayudaron, complicaciones que ellos habían preparado. Los miembros del Stor que estaban trabajando —no habiéndoseles permitido presenciar la ejecución—

empezaron a amotinarse.

Habían logrado hacerse con dardos y tubos neumáticos, y se pusieron a destruir también por su cuenta.

Desde las fábricas, corrieron, por rampas, hacia los edificios viviendas.

Encima de uno de ellos, «Honey» Hamilton había montado un nido de ametralladoras.

Los habitantes de la caverna hicieron repetidas descargas de dardos envenenados, pero éstos resultaron bastante inútiles, ya que las rampas estaban protegidas por paredes de cerca de un metro de altura y <Honey> Hamilton estaba agazapado tras un parapeto.

Los asaltantes se acercaron más y más a la Instalación Mecánica Central.

<Honey> disparando, con habilidad eliminó la peor parte de la oposición.

Los del Stor que había dentro de la Central se abalanzaron sobre sus guardianes, inutilizándolos. Abrieron las puertas de par en par y se situaron en ellas, dando aullidos de bienvenida así como consejos.

Parecía como si «Relojes» Bowen y sus hombres dentro de breves instantes fueran a entrar.

Pero hubo una interrupción.

El dictador Amos había tomado personalmente el mando de un pelotón escogido para ver si conseguía contener el asalto.

Había formado un grupo compacto con sus hombres, que atacó en masa procurando mediante una fuerza mayor abrumar a «Relojes» y a sus hombres.

«Honey» Hamilton, para no verse aislado encima del edificio, había descendido y corría, calle arriba, con su guardia.

La suerte hizo que fuera a parar detrás del pelotón del dictador. Un instante después, todos luchaban cuerpo a cuerpo.

«Honey» Hamilton logró apartarse, dando gritos. Puso un nuevo cargador en su pistola ametralladora y, para que el rebote no le arrancara el arma de las manos, lo sujetó al cinturón que llevaba puesto.

Aquel momento de retraso, fue su perdición.

El propio Amos se abalanzó sobre él. Tenía un dardo en la mano y estaba intentando introducirlo en el tubo neumático.

Abandonó la idea por encontrarlo demasiado lento y tiró el dardo hacia el gangster como si fuera una azagaya.

«Honey» intentó esquivarlo; pero no llegó a tiempo; Porque el dardo le dio en la cara, donde quedó clavado y moviéndose a cada salto.

Pero no saltó mucho rato el gangster. Sus ojos perdieron su brillo; durante un instante se leyó en ellos una expresión de aturdimiento, como si su cerebro luchara por comprender algo.

Luego se cerraron. La pistola ametralladora se le escapó de las manos, quedando colgada del cinto. «Honey» rodó por el suelo.

Amos intentó coger la pistola ametralladora; pero las correas y el cinturón le resultaron demasiado complicados. Renunciando a quitarla, alzó el cadáver sin dificultad y lo usó a modo de escudo.

A continuación, tuvo un golpe de suerte, o tal vez no fuera suerte, porque había observado atentamente la posición de las manos al disparar. Halló el gatillo.

El arma sembró la destrucción entre amigos y enemigos por igual. Sonaron gritos; cayeron hombres. Proyectiles mal dirigidos llegaron hasta el techo de la caverna, se estrellaron y volvieron a caer como lluvia de plomo. El ver cómo se volvía contra ellos una de sus propias armas tuvo un efecto desastroso en los miembros amotinados del Stor. Vacilaron. Empezaron a retroceder.

—¡Aguantad! —gritó «Relojes», olvidando que no podía ser comprendida su orden.

Ool repitió la orden en el dialecto de la caverna; pero sin resultado visible.

Los del Stor seguían retrocediendo. La cuestión de seguridad personal exigía que «Relojes», Ool y los otros permanecieran en el centro, porque se estaba haciendo uso de los hombres del Stor como escudos humanos hasta cierto punto.

La pistola ametralladora del dictador agotó su cargador y dejó de sonar.

Aquello cambió la situación. Bowen soltó un rugido y corrió hacia adelante.

Había sacado su singular reloj, y lo estaba haciendo girar por la cadena. Con roncos gritos, los del Stor corrieron a ayudarle. La lucha acabó muy pronto, porque los dardos no podían competir con las ametralladoras.

EL dictador Amos fue hecho prisionero y con él varios miembros del Nonverid que le habían acompañado. Esto tuvo por resultado que quedó quebrantada por completo la resistencia.

Los habitantes de la caverna no eran una raza guerrera y, faltándoles el jefe, eran poco menos que impotentes.

Los asaltantes siguieron avanzando y tomaron la Instalación Mecánica Central.

Veinte minutos más tarde, en uno de los calabozos del edificio gubernamental, se hallaba prisionero el dictador Amos, con su hija Sona y todos los miembros del Nonverid y algunos otros dignatarios.

—Será preciso ejecutarlos a todos —dijo Ool—. Así estaremos seguros de que no habrá más jaleo.

Los miembros del Stor que llenaban el cuarto rugieron su aprobación.

—Seguro —respondió «Relojes»—, por mi no hay el menor inconveniente.

Ool tradujo las palabras, que fueron recibidas con aclamaciones por los miembros del Stor.

—Tengo una idea —dijo Bowen—. Haz que traigan aquí los cadáveres de Doc Savage y sus hombres. Los enterraremos a todos juntos.

Ool movió afirmativamente la cabeza y mandó gente en busca de los cuerpos.

—Aplazaremos la ejecución un poco —dijo.

—¿Por qué?

—Tal vez no se halle el secreto de la «luz fría» en los alambres de voz que hay en los archivos del laboratorio. Podemos averiguar el secreto estudiando la maquinaria, claro está; pero para eso necesitaríamos demasiado tiempo. Quizá nos resulte conveniente hacer hablar a alguno de estos prisioneros, para ahorrarnos el trabajo de hacer un registro.

Los hombres enviados en busca de los cuerpos volvieron mucho más pronto de lo que se les esperaba. Estaban excitados y hablaban a borbotones.

—¿Qué ocurre —preguntó «Relojes»

—¡Los cadáveres han desaparecido! —explicó Ool, sombrío.

CAPÍTULO XX

MUERTE HELADA

EL que no hubieran sido hallados los cadáveres de Doc Savage y sus ayudantes preocupaba a «Relojes» Bowen y sus compañeros; Pero no dejaron que eso estorbara sus designios.

Dejaron bien guardados a los prisioneros y se dirigieron a los laboratorios de la Central para examinar los «alambres de voz», como los llamaba Ool y ver si encontraban en ellos la fórmula de la ＜duz fría＞.

—La desaparición de los cadáveres nada significa —dijo «Relojes»—. Alguien se los llevó, he ahí todo.

—Me sentiría mucho mejor si viese enterrar a ese hombre de bronce con mis propios ojos —aseguró «Ham-hock» Piney—. Y no sé si me sentiría muy seguro aun entonces.

—¡Narices! —respondió Bowen.

«Ham-hock» se humedeció los gruesos labios.

—«Relojes», no llegaste a darle a Doc Savage el reloj que llevabas para él.

—Lo enterraré con él —respondió el otro.

El mecanismo de la Instalación Central pulsaba con regularidad y monotonía cuando llegaron a sus puertas.

Aun cuando parecía haber pasado ya todo, «Relojes» y sus hombres se habían llevado consigo un grupo de hombres del Stor, en cuyo centro caminaban para estar resguardados contra un posible e inesperado ataque.

Habían procurado recoger los dardos envenenados y los tubos empleados para dispararlos: pero sabían que aún quedaban muchos por ahí.

Cuando se hallaban cerca de la puerta de la Central, empezaron

a suceder cosas. Se oyó, de pronto, un rugido especial, un ruido tremendo que provocó un millón de ecos.

Bowen y los suyos habían oído aquel ruido en otras ocasiones.

—¡Mala suerte de bronce otra vez! —gimió «Ham-hock»—. ¡Ya sabía yo que no estaba muerto!

La hilera exterior de trabajadores del Stor estaba cayendo víctima de las balas de misericordia de las super —ametralladoras.

—¡Atrás! —rugió «Relojes»—, ¡a buscar dónde resguardarse!

En todo aquel jaleo, era imposible que hubiesen oído muchos; pero no necesitaban oírlo. Sobrecogiéndose instintivamente ante la devastadora lluvia de proyectiles, los hombres retrocedieron hasta doblar la primera esquina.

No todos pudieron llegar. Una veintena completa del Stor había caído.

Mientras Ool procuraba conseguir algo de organización, <Ham-hock> le dijo a Bowen:

—Me parece que vas a tener ocasión de usar ese reloj.

—Pero... ¡si yo creí que estaba muerto! —fue lo único que pudo gemir el jefe.

Retrocedieron, dando la vuelta al edificio, que era vivienda, y se situaron detrás de una rampa donde no podía alcanzarles el fuego de las pistolas super —ametralladoras.

Ool y «Relojes» celebraron una conferencia. Luego el primero, que conocía la metrópoli, indicó una ruta mediante la cual podrían llegar a la puerta más cercana de la Instalación Central.

«Relojes» ordenó que se pusieran tambores nuevos en las pistolas ametralladoras. Se colocó con sus hombres en el centro de los miembros del Stor que quedaban, y empezó la marcha.

Llegaron a la puerta de la Central sin que el grupo de Bowen hubiese tenido una sola baja y con la pérdida de una tercera parte de sus aliados del Stor nada más.

Esto fue debido a que dejaron de sonar las super —ametralladoras en cuanto se vió palpablemente que no podía impedírsele la entrada a la Central al grupo de Bowen.

El motivo de aquella interrupción en el fuego no tardó en verse. Doc Savage y sus ayudantes habían retrocedido, entrando también en la Central; pero por otra puerta.

Empezaron a sonar disparos en el interior.

«Ham-hock» Piney no hacía más que murmurar:
—Ese hombre de bronce no es humano.
La verdadera explicación de cómo se las había arreglado Doc para librarse de la muerte, seguramente le hubiera resultado incomprensible a «Ham-hock» porque implicaba el empleo de numerosos productos químicos; es decir, la preparación de un antídoto.
El hecho de que Habeas Corpus no hubiese muerto de resultas del pinchazo del dardo indicaba que el veneno no era necesariamente tan mortal como habían creído en un principio. La salvación de Habeas no era tan extraña entonces, pues los cerdos están inmunizados, con frecuencia, contra las mordeduras de culebra, debido, posiblemente, a su grasa. El trabajo de Doc en el laboratorio mientras les sitiaban había tenido por objeto el preparar el antídoto que había hecho beber a sus hombres poco antes de ser capturados.
En realidad, la inoculación aquella no había resultado tan eficaz como habían esperado, ya que todos ellos perdieron el conocimiento al serles clavado el dardo en el lugar de ejecución.
Pero el suero aquel había impedido que muriesen y habían vuelto en sí al poco rato. La confusión reinante durante la lucha les había permitido escapar sin ser vistos.
—¡Cuánto desearía yo estar de vuelta en casa! —gemía «Ham-hock».
Renny bramó:
—¡Lo va a desear mucho más como logre yo echarle el guante!
El grupo de «Relojes» Bowen se hallaba abajo, detrás de unas enormes hileras de tubos que parecían estar muy aislados y ser muy fuertes.
—Intentaremos cogerlos —dijo Doc, sombrío.
Había una serie de travesaños —mal podían llamarse escalera— a la derecha.
Subían por entre numerosas tuberías más y pasaban junto a grandes depósitos. El tictac de la Central alcanzaba un volumen enorme allí.
Llegaron a un punto desde el que podían ver, a sus pies, un cuarto de máquinas y allí descubrieron de dónde salía el tic-tac.
Era un gigantesco compresor que funcionaba con movimientos

rítmicos, que hacían funcionar, a su vez, enormes pistones.

Siguieron adelante. El grupo de «Relojes» les vió dos veces. Menudearon las balas. A Doc le produjeron una fuerte rozadura en una pierna.

De pronto «Relojes» y Ool formaron a sus aliados del Stor en un grupo y les obligaron a cargar.

Subieron los del Stor la escalera, dándose cuenta de que se les estaba empleando, más que nada, como escudos, pero temiendo más las amenazas que sonaban a sus espaldas que una muerte posible delante.

—¡Voto a tal! —exclamó Renny—. ¡Son capaces de cortarnos el paso!

El ruido de los disparos resultaba terrible en el interior de la Central. En varios lugares, hombres de la caverna, que no luchaban, estaban lanzando alaridos. Algunos parecían estar luchando con miembros del Stor.

Doc Savage y sus hombres llegaron a un pasadizo estrecho cuyo parapeto brindaba algo de protección. Se agazaparon tras él y sacaron sus pistolas.

Las ráfagas de super —ametralladoras pararon en seco al grupo de «Relojes».

Los escudos vivientes del Stor se mostraban más vacilantes. Se pararon. Se resistieron a avanzar. «Relojes» les colmó de improperios. «Ham-hock» Piney estaba demasiado asustado para servir de gran cosa. Ool hacía feroces movimientos con la mano derecha, amenazando a los del Stor.

Bowen contempló, con torva mirada, el lugar en que se habían parapetado los hombres de Doc. Por debajo de aquel estrecho paso había una caída a plomo de sus buenos quince metros y, al pie, maquinaria en movimiento.

—¡Ahora es cuando entregaré ese relojito especial! —exclamó, rechinando los dientes.

Se metió una mano en el bolsillo.

El reloj que sacó era aquel que tantas veces asegurara a su cuadrilla que estaba destinado especialmente a Doc Savage. Su tamaño era mayor de lo corriente. Echó hacia atrás la mano, para tirarlo.

Doc Savage le vió.

—¡No lo haga! —aconsejó.

—¡Vaya si lo haré! —aulló Bowen.

Con rápido movimiento de pulgar e índice, el jefe de los gangsters retorció la parte de arriba, como si estuviera dándole cuerda. Se oyó un leve zumbido en el interior del reloj. Echó hacia atrás el brazo y se preparó a lanzarlo.

Es dudoso que «Relojes» comprendiera, exactamente, lo que ocurrió después. Ool, presintiendo, a buen seguro, las intenciones de su compañero, alargó desesperadamente la mano para impedir que lo tirara.

Sus brazos chocaron.

El reloj salió disparado hacia arriba, aterrizando en un laberinto de tuberías, casi encima de su cabeza.

«Relojes» aulló:

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Por qué…?

—¡Imbécil! —contestó Ool—. Esas tuberías contienen lo que vosotros llamáis aire liquido…

¡Buuum! El reloj era una granada pequeña, muy potente, y estalló.

Llovieron fragmentos de acero desde arriba. Se oyó un rugido agudo, no producto de la pólvora al estallar, sino de otra cosa, de algo gris y humeante que salió en grandes sábanas de las reventadas tuberías.

—¡El aire líquido! —aulló Ool—. ¡Corred!

Sus palabras fueron pronunciadas en el idioma de las cavernas. «Relojes» y sus gangsters no comprendieron, al principio, y, cuando comprendieron, era ya demasiado tarde, porque el aire líquido se estaba derramando sobre ellos y evaporándose, produciendo un frío increíble.

Envolvió a Ool y a «Relojes» y pareció congelarles donde se hallaban, porque la substancia aquella caía en cantidades tremendas, por centenares de litros.

Ool, sabiendo lo que iba a ocurrir, dio un salto y ganó un poco de distancia; pero se cayó al intentar meterse por entre unas tuberías y permaneció allí, con la mano derecha estirada por entre los tubos de forma que Doc y sus ayudantes la veían claramente desde donde se encontraban arriba. Doc tenía en la mano una pistola, con la que iba a disparar contra la granada antes de que

aterrizase, haciéndola estallar en el aire.

Cosa era ésta que había hecho en otras ocasiones; pero aquella vez, como hemos visto, no tuvo necesidad de poner a prueba su destreza.

La mano derecha de Ool revoloteó y se retorció durante un rato, luego se inmovilizó, porque el hombre se hallaba en el mismísimo paso del aire líquido.

Una especie de vapor se elevaba en enorme cantidad del aire líquido, llenando toda la Central.

Doc Savage y sus hombres, no pudiendo ver nada, retrocedieron, estacionándose en las puertas por si «Relojes» o alguno de sus hombres salía.

Pero no salió nadie.

*****

Unas diez horas bastaron para poner fin a la rebelión del Stor, fomentada por «Relojes» Bowen y Ool. Los hombres del Stor no hicieron frente mucho rato a las pistolas super —ametralladoras de Doc y de sus ayudantes.

El dictador Amos, su hija Sona y los miembros del consejo fueron puestos en libertad.

Puesto que había ya transcurrido tiempo suficiente para que se evaporara el aire líquido en la Central, Doc y sus ayudantes entraron para examinar los restos de «Relojes» Bowen, Ool y los demás.

El espectáculo no resultaba agradable. La temperatura increíblemente baja del aire liquido había hecho cosas extrañas con los cuerpos.

Uno de ellos, habiéndose helado, al parecer, mientras se hallaba echado sobre una tubería, hablase caído de allí luego y como quiera que, en aquel estado resultaba frágil, se había roto como si fuera de cristal.

Fue Monk el primero en examinar la mano derecha de Ool, que no había quedado muy afectada por el aire liquido, gracias a que se proyectaba por entre los tubos.

—¡Se hace la luz! —exclamó—. ¡Mirad!

El secreto de la extraña muerte que daba Ool con la mano era un poco complicado, pero fácil de comprender. Se trataba de un minúsculo cilindro neumático que descargaba un dardo y, como era

de un color casi igual al de sus manos, no se notaba a simple vista.

Lo llevaba sujeto con una cinta adhesiva muy fuerte que no se secaba nunca y, por consiguiente, podía quitarse y esconderse muy aprisa.

Esto explicaba, evidentemente, por qué no lo había hallado Doc Savage las veces que examinara las manos de Ool.

El dardo que usaba Ool era pequeñísimo y, salía propulsado con tal fuerza, que penetraba, como una bala, atravesando por completo la piel, dejando una herida que un examen corriente no permitía encontrar.

Aun cuando Doc y sus ayudantes no llevaban aquellos dardos minúsculos al escaparse de la cárcel, era evidente que el guardián, al ver el movimiento que hacían con las manos, había supuesto que Sona les había proporcionado un arma de aquéllas.

Era esto lo que le había asustado y por lo que permitió que se escaparan.

La lucha final entablada en la Instalación Mecánica puso fin a toda mala interpretación por parte de los habitantes de la caverna, ya que en ella Doc Savage había demostrado ser amigo.

El aprender su idioma hasta el punto de hablarlo pasablemente, requirió cerca de un mes.

No todo el tiempo se pasó en estudiar el idioma, sin embargo. Había otras cosas, experimentos con la extraña «luz fría», por ejemplo. Estos no resultaron muy animadores.

Resultó que aquel sistema de iluminar el aire de la caverna no era eficaz donde hubiera mucha humedad en suspensión. Esto la hacía poco menos que inútil para el mundo exterior.

El aire de la caverna estaba tan seco como el del Sahara y, aun así, resultaba demasiado húmedo a veces para que funcionara bien la luz.

—Funciona divinamente aquí —dijo Long Tom—. Pero no sirve para nada fuera.

Monk soltó un resoplido.

—Es una lástima que no supiéramos nosotros eso —dijo—. «Relojes» Bowen y Ool podían haberse quedado con el secreto.

Surgió entonces la cuestión de los habitantes de la caverna. Doc ofreció transportarles al mundo exterior, usando para ello el dirigible.

La gente de la caverna hizo muchas preguntas acerca del mundo exterior.

Doc respondió a todas ellas. Se enteraron de la existencia de tempestades, del calor del verano, de vendavales y ciclones, de los medios de transporte modernos. Luego lo discutieron entre sí.

—Nos quedamos aquí —le dijo el dictador Amos a Doc Savage —. El mundo vuestro no nos suena muy atractivo. Pero sí queremos pediros un favor.

—¿Cuál?

—Guardad secreta la existencia de este lugar. El revelarla no puede traernos más que preocupaciones y disgustos.

Doc asintió. No era aquél el único secreto fantástico que guardaba. Parecía como si ejerciese él algún misterioso atractivo sobre las cosas fantásticas.

La partida de Doc Savage causó bastante sentimiento.

El asombroso hombre de bronce había hecho impresión, sobre todo entre los miembros de los grupos científicos, que hallaban sorprendentes sus conocimientos.

Era evidente, por añadidura, que Sona sentía mucho más que nadie su marcha.

Y de ahí nació otra complicación cuando Doc y sus ayudantes, habiendo sido guiados hasta la hendidura en que reposaba su dirigible y puesto en condiciones el motor, se disponían a despegar.

Habeas Corpus había desaparecido.

Hubo un jaleo imponente. Se retrasó la marcha mientras Monk corría como un loco de uno a otro lado buscando su puerco.

Por fin volvió a aparecer con Habeas debajo del brazo.

—¿Dónde está Ham? —aulló—. ¡Le voy a retorcer el cuello a ese picapleitos!

Ham, con mucha prudencia, había procurado desaparecer de vista.

—La princesa quería un recuerdo de nuestra visita —prosiguió Monk, furioso—. —Y… ¿qué va y hace Ham? ¿No lo sabéis? ¡Pues el maldito picapleitos ese le regaló a Habeas Corpus!

Luego, bruscamente, sonrió.

—Si me hubiera querido a mí como recuerdo —agregó—, tal vez me hubiera quedado. Pero… ¿dejar mi puerco? ¡No hay de que!

FIN

Título original: *The Land Of Always —Night*